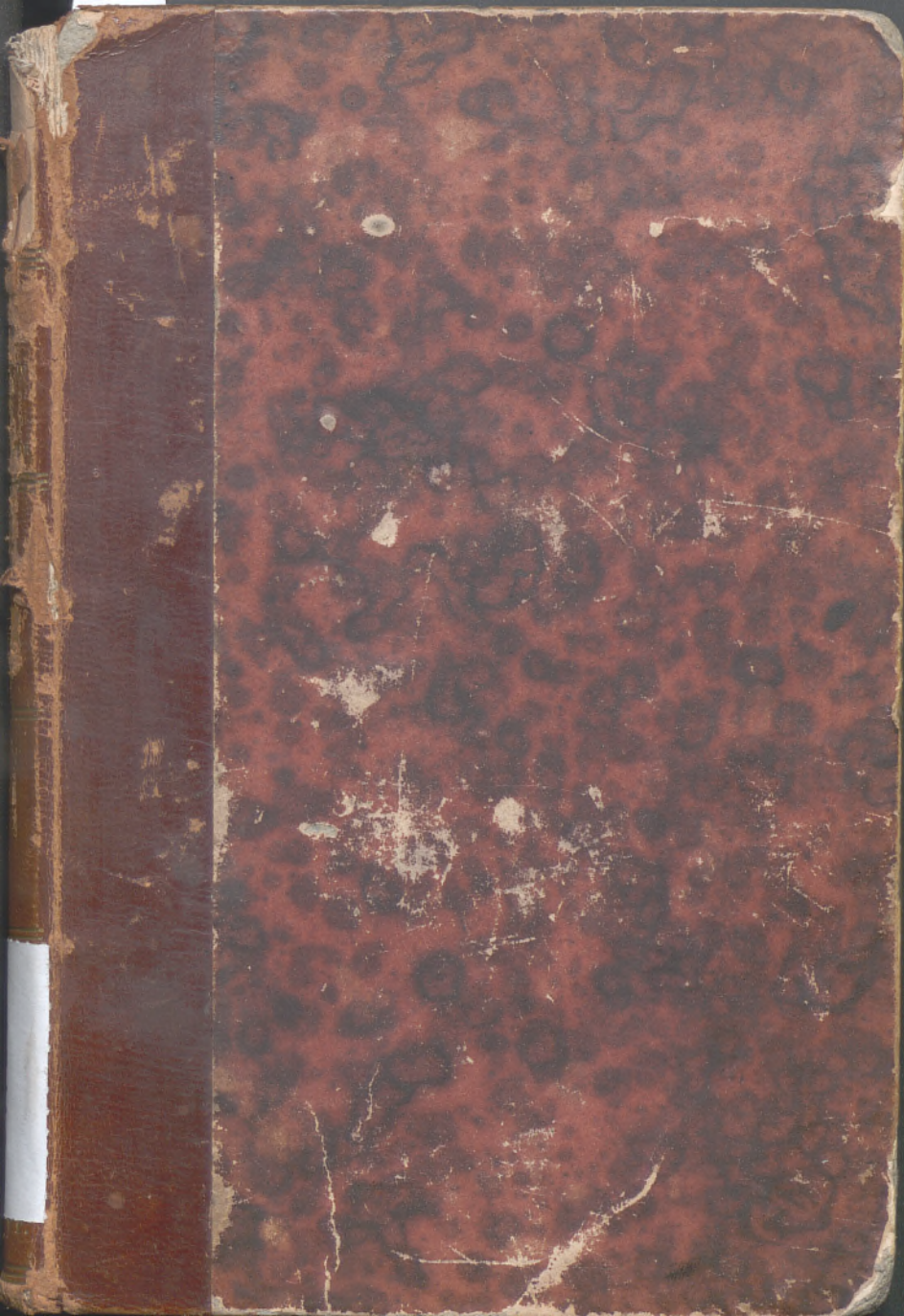
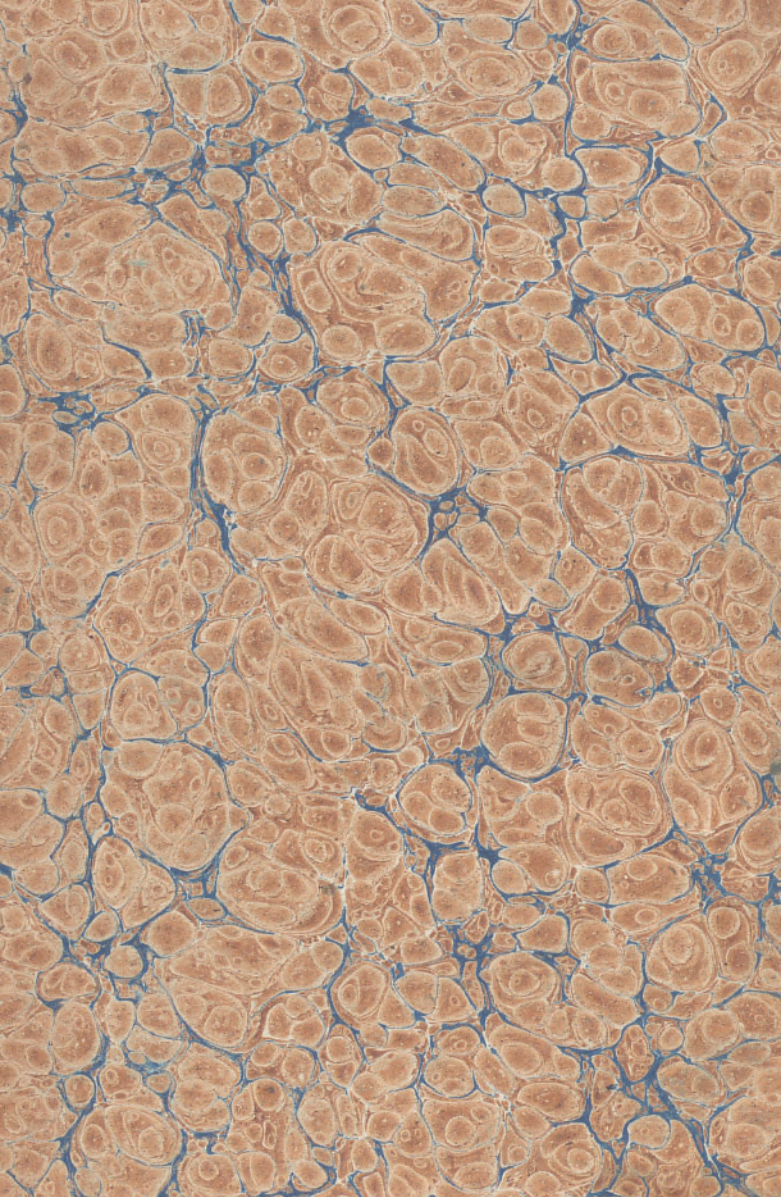
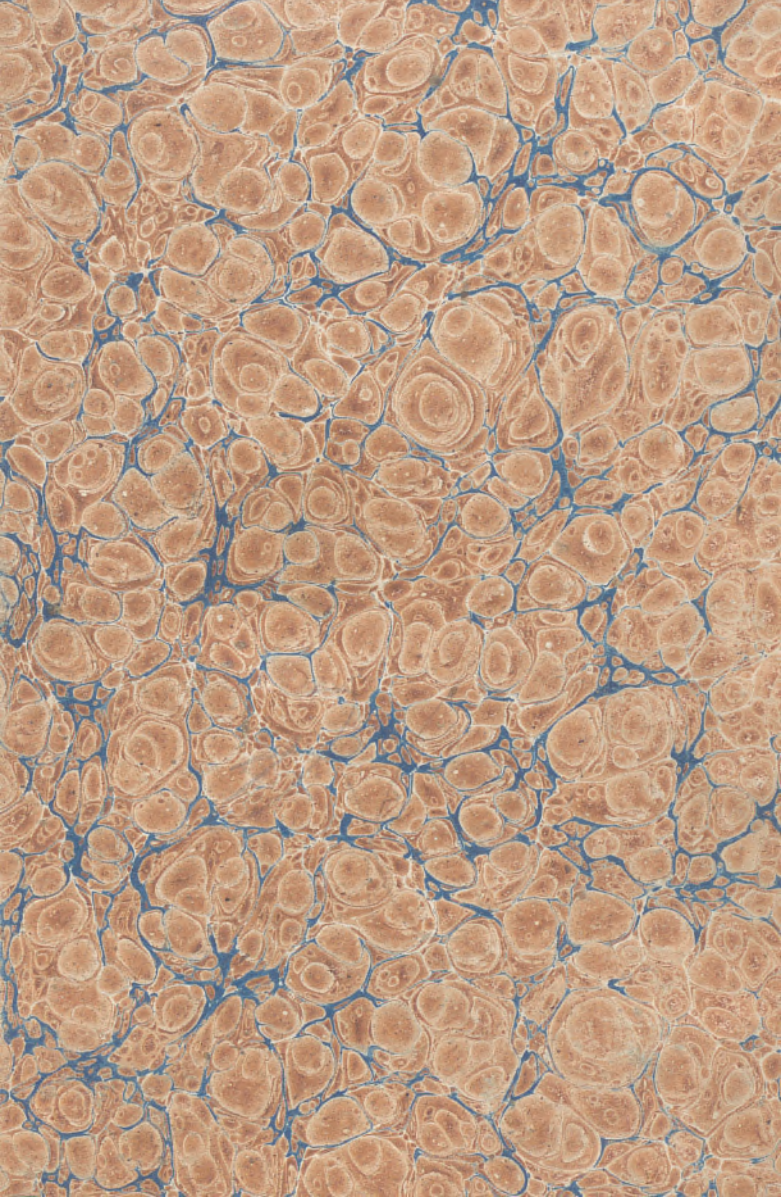








1- 290pp 3bm
2- 1h 211pp 2bm

UNA AVENTURA
DE FELIPE IV.

UNA AVENTURA

DE FELIPE IV

Don a Com

UNA AVENTURA
DE
FELIPE IV.



UNA AVENTURA
DE
FELIPE IV.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR M. MAUREL DUPEYRE.

TRADUCCIÓN

DE DON J. F. SAENZ DE URRACA.

Ilustrada con láminas.



MADRID.

MURCIA Y MARTI, EDITORES,
calle de la Cruz Verde, 12 pral.

1862.

Es propiedad de los Editores.

Madrid 1862.—Imp. de la Galería Literaria á cargo de Castillo
calle de la Cruz Verde, n. 12 y 16.



UNA AVENTURA

DE FELIPE IV.

I.

Felipe III rey de España habia muerto, y se verificaba en las calles de Madrid la ceremonia siguiente:

El hijo y sucesor del difunto monarca, el joven rey Felipe IV, que solo contaba diez y siete años de edad, salia del alcázar en medio de una inmensa comitiva de sacerdotes para dirigirse á la iglesia de las Descalzas. Los pendones de la Inquisicion abrian la marcha. Detrás del Santo Oficio caminaba el joven rey vestido con riguroso traje de luto, é iban en pos de él, el clero de la coronada villa, y las corporaciones religiosas. Las calles de la carrera estaban colgadas de negro, y las puertas de las casas cerradas.

Las campanas de todas las iglesias, doblaban con fúnebre compás. Las calles estaban cortadas de trecho en trecho por barreras destinadas á interrumpir la circulacion y que se abrian unas despues de otras, para dejar franco el paso á la procesion régia, los soldados presentaban las armas, y los transeuntes se detenian y se arrodillaban descubriéndose con la mayor devocion. El canto fúnebre iba prolongándose de calle en calle.

En ninguna se veia á un hidalgo de la corte, á un magnate; con arreglo á una antigua costumbre, los cortesanos, para sujetarse al luto del nuevo rey, se habian encerrado en sus casas, ó retirado á algunos conventos. Por lo general permanecian asi durante quince dias ó un mes sin presentarse en público, pero los que temian algun revés de fortuna, debido á la variacion de reinado, se sepultaban en el retiro por mas tiempo, necesitando lisonjear mas la melancolía de su nuevo dueño. Así, pues, no se veia en la calle un lujoso ferrezuelo, ni una espada de caballero, ni un sombrero con plumas.

Hallábanse asomadas á una ventana dos mujeres vestidas de negro que miraban á la sombría comitiva; una de ellas, con la cabeza inclinada hácia adelante en el mayor recogimiento cual si estuviese rezando, decia á la otra en voz baja.

—¿Sabes, Flérída, cómo ha muerto el rey?

—¿Ha muerto acaso de una manera particular?

—¡Ha muerto tostado!

—¡El rey de España!

—El conde de Povar, testigo ocular del suceso, es quien lo ha referido delante de mí. El rey estaba en consejo con sus ministros, y como hacia mucho frio, habian colocado delante de S. M. un gran brasero, cuyo calor le daba tan de cerca, que tardó muy poco en correr el sudor por su rostro. El rey ya sabes que era de un carácter muy sufrido, y no se quejó. El conde de Povar, dijo al duque de Alba, gentil-hombre de cámara, que mandase retirar el brasero. El duque de Alba contestó que seria faltar á la etiqueta, y que eso correspondia al duque de Uceda, sumiller de Corps. Enviaron á llamar al duque de Uceda; pero no estaba en palacio, y hubo de buscarle por todo Madrid. Antes de que le encontrasen habia muerto el rey de un derrame de sangre al cerebro.

—¿Sin haberse quejado? ¿Sin que ninguno de los que se hallaban presentes tomase sobre sí el separar el brasero?

—Hubiera sido faltar á la etiqueta histórica.

—Eso se llama morir como verdadero rey de España.

—Si no se andan con cuidado, causarán ahora la muerte de Felipe IV, con todas las prácticas austeras que le imponen desde la muerte de su augusto padre.

Mira, Flérída, cuán pálidas están las mejillas de su Majestad, y cómo se vé en sus ojos el brillo de la fiebre. ¡Qué lástima! ¿quieren hacer pronto la misma ceremonia con Felipe IV? por lo que á mí hace, deseo que eso concluya. ¡Ah! ¡los reyes de España no deberian morir, pues cuesta mucho trabajo á los vivos llevar su luto!

—Calla, Inés, ¡si te oyesen!...

—Pero... ¿qué sucede allí? dijo esta inclinándose hácia afuera.

Los fúnebres cantos se habian interrumpido bruscamente, la cabeza de la procesion retrocedia con cierto desórden en las banderas y pendones, y algunos soldados se precipitaban para cerrar el paso.

Entonces se vió aparecer por el extremo de la calle una comitiva de ginetes: un caballero lujosamente ataviado y cabalgando en un brioso y arrogante potro, caminaba delante; su séquito era numeroso.

—¡El conde de Saldaña! exclamaron á un tiempo ambas mujeres; y se coloreó vivamente el rostro de la que habia referido la muerte de Felipe III.

Habiendo cerrado los soldados las barreras delante de los caballos, la comitiva se detuvo en la esquina de la calle por donde iba á desembocar á la que recorria la procesion. El conde de Saldaña mandó á los que le acompañaban que se arrimasen á la pared,

y luego, descubriéndose aguardó á que pasase la comitiva del rey.

Un rumor sordo recorrió toda la inmensa columna de curas y frailes, y luego la procesion volvió á ponerse en marcha, continuando sus interrumpidos salmos.

El conde aguardó, afirmado en los estribos, á que hubiese desfilado toda la procesion por delante de la cabeza de su caballo; en seguida mandó que le abriesen la barrera y pasó seguido de todos los suyos. El ruido del galope de sus caballos se perdió por un lado, mientras que los cantos de la iglesia se iban por otro.

—El conde de Saldaña de seguro está loco, repuso una de las dos mujeres. ¡Venir á cruzarse así, ruidosamente, con el dolor del rey! ¿Quiere, acaso, completar la ruina de su casa? ¿No es bastante, todavía, que su tío el duque de Lerma, primer ministro de Felipe III, haya sido estrañado del reino? ¿que los principales miembros de su familia, el duque del Infantado, la condesa de Ledesma, hayan recibido en la última semana la orden de salir de Madrid en el término de veinte y cuatro horas? El mismo, ¿no ha sido despojado del cargo de caballerizo mayor? ¡Y ahora se le ocurre ir metiendo ese estrépito con hombres y caballos en medio del lúgubre silencio que reina en Madrid! ¡Ya se puede asegurar que otros que se

hallan menos en peligro que él están á estas horas encerrados en los cláustros procurando que los olviden!

—¡No estoy por los que buscan el olvido! Prefiero los hombres que gustan de ponerse en evidencia.

—¿Acaso es necesario, para acordarse del conde de Saldaña, que insulte de ese modo á la razon y á la prudencia?

—Pues qué, ¿ha de humillarse é implorar misericordia porque sus enemigos son omnipotentes?

—Ten cuidado no venga una de estas noches á darte una serenata en medio de la temporada de luto.

—¿Crees que le quiero porque le juzgue tímido?

—¡Oh! ya recuerdo lo que me referiste. Cuando el año pasado llegaste de Cádiz á Madrid para ingresar en la servidumbre de la Reina, la camarera mayor, mujer de gran experiencia, para precaver á las jóvenes camaristas contra los peligros de la corte, les hacia todas las noches narraciones espantosas de mujeres engañadas y de seductores de quienes era preciso huir á toda costa. El conde de Saldaña era el demonio á quien exorcisaba y conjuraba diariamente con mas fervor. Fácilmente se comprenderán los errores que acerca de él contaba por el solo hecho de que todas os enamorásteis de él. Era mujer muy hábil la camarera mayor.

—Sí, la felicito por ello.

—Pero ¿no tenia razon, querida amiga? ¡Cuán peligroso es para una infeliz mujer el amor de esos hombres temibles!

—¡Qué triunfo Flérída, cuando se llega á subyugar á esos corazones! ¡Reinar sobre los que mandan, dominar á los que hacen temblar á los demás, es un goce completo, sin igual! ¡Es la ambicion del corazon de la mujer que se eleva siempre á lo mas temido! ¡Si mas arriba de ese amor viese yo mayor peligro, Flérída, creo que le buscaria!

—¡Me haces estremecer, Inés!..... ¿Sabes, acaso, á dónde va el conde de Saldaña, poco menos que atropellando al rey y á la Inquisicion?

—Sí, sale al encuentro de su amigo el conde de Bassompierre, que debe llegar hoy en calidad de embajador estraordinario de Francia, encargado por su soberano Luis XIII de cumplimentar al rey Felipe IV por su advenimiento al trono.

El conde de Saldaña, mientras de esta suerte hablaban de él, salia de la ciudad. La gente arrodillada en las calles durante el paso de la lúgubre comitiva del rey, seguia con la vista la brillante escolta del conde de Saldaña, con esa mezcla de admiracion y espanto que inspira siempre un rasgo de audacia.

El conde iba hablando en alta voz con un jóven que cabalgaba á su lado; su acompañamiento escuchaba con profundo silencio.

—¿Me preguntas, Rodrigo, lo que es en Francia el conde de Bassompierre? escucha y juzga.

En cuanto á su figura hé aquí lo que ha dicho de él Marion Delorme, mujer inteligente en la materia. «Entre los hombres notables de la corte, Mr. de Guise tiene la estatura mas perfecta, Mr. de Chevreuse las mejores formas, Mr. de Termes es el mas decididor, Mr. de Montmorency el mas airoso en sus modales, Mr. de Bassompierre el mas hermoso y el mas galan.»

En cuanto á sus triunfos en amor hé aquí un hecho que podrá darte una idea de ellos. El año pasado, temiendo que fuesen á prenderle por un asunto de Estado, quemó una mañana en su cuarto mas de seis mil cartas de mujer.

—¡Seis mil cartas de mujer! exclamó don Rodrigo lleno de admiracion; preciso es que las mujeres escriban mucho en Francia.

—Acaso no hubiese veinte de una misma, Rodrigo. En cuanto á hospitalidad, ha llegado á decirse en París como refran que Bassompierre es en la corte lo que Bel-Accueil en el romance de la Rosa.

En fin, por lo tocante á la cortesanía y galantería, figúrate la del amo por el siguiente hecho de un lacayo suyo. Al pasar este un dia por el patio del Louvre, vió que una señora le atravesaba sin que nadie le llevase la cola del vestido, segun la moda

de la época, y en seguida fué á cogerla exclamando que «no se diría que un individuo de la servidumbre del señor conde de Bassompierre dejaba caminar así á una señora arrastrando el vestido.» Bassompierre lo supo; y en el momento mismo nombró al lacayo su ayuda de cámara. Hé ahí, señores, algunos rasgos característicos del hombre á quien salimos á buscar; daos por advertidos.

—¿Le conocísteis en vuestros viajes?

—Sí, en Italia, en Suiza, en Alemania y en Francia vivimos durante muchos años como hermanos sin tener mas que una espada y una bolsa común. Así, pues, juzgo muy natural y oportuno que el primer semblante amigo que Bassompierre vea al llegar á Madrid, sea el mio. Adelante, señores, creo que ya llega.

En lo alto de una cuesta, en medio de un torbellino de polvo, y del alegre ruido de cascabeles y chilladoras campanillas, apareció un coche arrastrado por seis mulas poderosas.

—¡El es! exclamó el conde de Saldaña.

En medio de aquel estrépito se oyó una voz que gritaba:

—¡Pardiez, ese es Saldaña! ¡Eh, cochero! para un momento, haz el favor, deten tus mulas para que abraze á mi amigo Saldaña.

Y abriéndose la portezuela, saltó Bassompierre al

camino. Saldaña habia echado pié á tierra, y ambos se abrazaron como compañeros que experimentan verdadera y franca alegría al encontrarse.

—Vive Dios que me traes una escolta digna de un Rey, querido Saldaña, y es esa mucha bondad por cierto, dijo Bassompierre. Sin embargo, no te doy las gracias porque sabes muy bien que si fueras á París, mi casa entera se arrastraria por sí sola hasta Fontainebleau para salirte al encuentro.

—Luego, quitándose el sombrero con suma gracia y cortesía, saludó á la comitiva diciendo:

Siempre he pensado, señores, que la hospitalidad de España es la primera del mundo.

En seguida se agarró del brazo de Saldaña y le preguntó:

—¿Y vuestra corte, como está en este momento?

—¡Muy lúgubre!

—¡Ah! ¡Diantre! ¿Se lleva á grande extremo el luto? Pero dime ante todo, ¿es cierto el rumor que he oido en el camino? ¿ha sido desterrado tu tío el duque de Lerma?

—Su destierro fué la primera orden que firmó el nuevo rey!

Ese gran duque de Lerma, á quien ví tan poderoso en España hace diez años, cuando verifiqué mi primer viaje á Madrid! Ese hombre ante el cual se

inclinaban todas las cabezas como ante el mismo rey, y que desde tan elevada altura dominaba á toda la multitud palaciega... Pero veo que no será sino una de esas órdenes que se sorprenden en el paso de un reinado á otro, y que arranca la intriga á la inespereñcia de un príncipe. Por lo demas, siempre es desagradable la posicion del primer ministro de un rey que ha muerto. Te ruego que subamos juntos á mi coche, y así me pondrás un poco al corriente de la situacion antes de que llegue. En primer lugar, querido amigo, ¿me has buscado la casa en Madrid?

—Me parece era cuidado ocioso y bastante inútil, puesto que tienes la mia; pero no has querido acceder á mi deseo, y por lo tanto, no hablemos mas de ello.

—El embajador de Francia no podia alojarse en tu casa, querido Saldaña; ya que no puedes acostumbrarte á tener en cuenta el carácter solemne de que vengo revestido, descuida, que no por eso dejo de estar acreditado en España cerca de tu persona por la amistad.

—He tomado para tí el palacio de Medina-Sidonia, y viviremos al lado uno de otro.

—Muy bien, lo celebro; entretanto, sentémonos y hablaremos al lado uno de otro tambien. Sube al coche.

Así lo hicieron ambos amigos, y Saldaña prosiguió diciendo:

—¿Conque, segun eso, vienes efectivamente enviado por Francia para traer á España el pésame y la felicitacion?

—Sí, querido mio, héme constituido en embajador fúnebre; contestó Bassompierre tendiéndose en los almohadones.

Y las seis mulas volvieron á arrastrar el coche con poderoso esfuerzo. La escolta del conde de Saldaña le seguia á galope.

Dejemos á este coche llegar á Madrid: muy pronto volveremos á encontrar á ambos amigos en la corte. Hé aquí lo que en esta ocurría durante aquel espacio de tiempo.

El rey salia de las Descalzas al frente de la misma comitiva que le acompañara á la ida; las ceremonias religiosas celebradas en la iglesia habian durado mas de dos horas. El jóven monarca, con el semblante contristado y severo, regresaba á Palacio, en medio de profundo recogimiento y silencio.

De improviso, una jóven con la cabellera suelta y desordenada, cayó á sus plantas, arrastrada, ó mas bien precipitada por un hombre, tambien de pocos años, y casi tan pálido y descompuesto como ella. Alzó las manos hácia el rey, y dijo con voz ahogada:

—¡Proteccion, señor!

En seguida cayó de espaldas desmayada.

El rey, la procesion, la comitiva, todos se habian

detenido bruscamente; despues del primer momento de confusion, Felipe IV preguntó con voz turbada:

—¿Proteccion?... ¿Contra quién, señora?

—¡Contra el conde de Saldaña, infame y vil seductor! contestó el jóven con voz vibrante de cólera y emocion.

Al oir el nombre del conde de Saldaña, volvió á circular un rumor sordo y prolongado por toda la procesion.

—¡El otra vez! murmuró el rey; y luego, alzando la voz, añadió: ¡os prometo proteccion y justicia, señora!

La jóven yacia inanimada en el suelo; la levantaron, y en medio de un desórden y confusion inesplicables, la trasladaron al patio del alcázar.

Felipe IV, siguiendo el ejemplo de los curas y frailes que le rodeaban, se habia santiguado repetidas veces. Subió por las escaleras de palacio atemorizado y colérico á la vez. La reina madre y las damas de la corte habian salido á recibirle. Los salones estaban llenos de religiosos.

El gran inquisidor, de pié delante del rey y con el brazo alzado hácia el cielo, decia con voz imponente y grave:

—Señor, es preciso que V. M. haga un escarmiento ejemplar. ¡Como la campana de Huesca, que en un dia terrible se oyó por toda España, es preciso que

vuestra justicia retumbe por toda la monarquía. El luto de V. M. y las sagradas ceremonias de la iglesia han sido profanadas hoy por un doble escándalo. En la hora en que comienzan los nuevos reinados los pueblos aguardan los primeros actos de la autoridad para saber á qué lado han de inclinarse, si al de la sumision, ó al de la licencia. Señalad la senda del deber, señor. Es preciso que España vuelva al estado glorioso de respeto y de silencio en que le habia puesto vuestro ilustre abuelo Felipe II, y puesto que un doble ultraje cometido en el mismo dia conduce ante V. M. al partido de la impiedad y de la arrogancia en la persona del mas audaz de todos sus jefes, castigad, señor, con mano fuerte!

Un prolongado murmullo de aprobacion siguió á las palabras de aquel hombre temible.

—Padre mio, contestó el rey inclinándose, ya veis que estoy cual vos escandalizado. ¿Qué debo mandar? Siempre me hallaré dispuesto á seguir vuestros piadosos consejos.

—Señor, puesto que una mujer ha pedido á V. M. proteccion y justicia, quien quiera que sea esa mujer, y por muy alta posicion que ocupe el delincuente, mandad que el seductor se case con ella públicamente, á la faz de toda España. Si ella es indigna de esa reparacion, tanto mas ejemplar será la humillacion del criminal: que ceda todo ante la voluntad del rey.

—Padre, dijo Felipe IV, volviéndose hácia un personaje de siniestra fisonomía, que estaba á su lado, escribid la órden y que se le comuniqué inmediatamente al conde de Saldaña. ¿Se sabe el nombre de esa mujer?

—Señor, contestó escribiendo con el presuroso celo del odio, el fraile á quien se dirigía el rey y que habia sido el preceptor de su juventud; se llama Mariana de Córdoba. Ha sido trasladada á una de las salas de palacio, en donde se le están prodigando los cuidados necesarios. Tan luego como haya recobrado el sentido, se la sacará de la régia morada, que no debe mancillar con su presencia, y aquellos salones se purificarán por medio de ceremonias espiatorias: ¿quiere V. M. firmar la órden?

El rey con un movimiento febril estampó su firma al pié del escrito que le presentaban.

En medio del lúgubre silencio que reinaba se oyó la voz de un ughier que gritó:

—S. E. el conde de Saldaña.

Y el conde entró con la cabeza erguida.

II.

La entrada inesperada de Saldaña, produjo entre los circunstantes un estremecimiento universal. La multitud de frailes y cortesanos que ocupaban la estancia y la entrada de la galeria, se apartó para franquear el paso al conde, y todas las miradas se fijaron en su rostro con ardiente curiosidad; habíase restablecido el silencio mas profundo.

El conde adelantó hácia el rey y dijo con voz serena y grave:

—Acabo de saber, señor, que mi nombre ha sido lanzado á los piés de V. M., y vengo á saber lo que puede ser eso.

El jóven monarca, poco acostumbrado todavía á

ostentar en público la sangre fría propia de un rey, y turbado por la solemnidad de aquella situación imprevista, se puso muy encarnado, adelantó dos pasos, y perdiendo por fin toda su serenidad, contestó con estremada violencia:

—Sabed que España ha de volver al glorioso estado de gravedad y compostura que estableció mi illustre abuelo D. Felipe II, y para un escarmiento ejemplar, semejante al de la campana de Huesca, que retumbó un día en todos los ámbitos de la monarquía, sirva de aviso á la nación entera, conde de Saldaña, ante el Santo Oficio aquí presente, os mando que os caseis con doña Mariana de Córdoba, que ha implorado mi justicia contra vos. Y como quiero ver por mí mismo como se cumplen mis órdenes, os emplazo para dentro de dos meses en la real capilla de este palacio, que tal es mi voluntad.

En seguida, atravesando la estancia en el mayor desórden, salió el rey por la galería.

El conde de Saldaña habia quedado inmóvil al escuchar aquellas órdenes imperiosas. De pié en medio del salon, paseó por la multitud una mirada impasible y severa, y la vió salir ruidosamente por todas las puertas. Los frailes, al pasar por delante de él, se inclinaban profundamente.

El padre Alvaró se adelantó, y presentándole un papel, le dijo:

—De orden de S. M.

Despues de lo cual le hizo un saludo silencioso.

Solo quedaba ya en la estancia la marquesa Inés de Feria. Estaba inmóvil y pálida, y parecía haberse quedado estupefacta. El conde se dirigió hacia ella y le cogió una mano diciendo:

—¡Inés!

La marquesa pareció despertar de un sueño, y soltándose indignada y enfurecida, exclamó:

—¡Dejadme!

Luego deteniéndose en medio de la galería y volviéndose hacia el conde, lanzó una carcajada nerviosa y desapareció.

Saldaña quedó un momento con la vista fija en la puerta por donde habia salido la marquesa; en seguida miró al papel que tenia en la mano, le leyó, le dobló, y bajando lentamente por la escalera, salió del alcázar.

Diez minutos despues estaba en casa de Bassompierre.

—¿Qué es lo que acaban de decirme, querido Saldaña? preguntó Bassompierre saliendo al encuentro de su amigo.

—¡Castellanos! ¡Castellanos! ¡raza degenerada! exclamó el conde de Saldaña arrojando con rabia su sombrero lejos de sí; raza digna de mayor desprecio aun del que le manifiestan! ¿Querrás creer, Bassom-

pierre, que todos los nobles de España están arrodillados hace un mes en los conventos, haciendo de su bajeza y cobardía un cálculo de fortuna ante el reinado que acaba de inaugurarse? ¡y luego estrañarán que la nobleza envilecida sea pisoteada! ¡Vive el cielo que nuestros dueños son harto generosos! ¡Si me hallase yo en su lugar aplastaría con el talon de mi bota todas esas cabezas que no anhelan sino besar el suelo! —¡Sigue, amigo mío, sigue! dijo Basompierre con dulzura, desahógate cuanto quieras, que eso te conviene.

—¡Oh altivez de nuestros padres! ¡Oh Bernardo del Carpio, noble caballero! dónde está el tiempo en que gritabas: «¡A caballo, á caballo, mis valientes, que el rey D. Alonso de Castilla me ha ultrajado!»

—O el tiempo, dijo Bassompierre, en que el Cid exclamaba: «¡Oh rey! me lo pagareis á no ser que os vayais al cielo» ¡Ay, Dios! razon tienes, que va degenerando la nobleza.

—¡Mi nombre entregado al escarnio de toda España!

—Puedes alabarte de ello pues ya es general la risa en Madrid,

—¿A quién has oído reir? ¡Sus nombres, sus nombres!

—¡Oh! los nombres mas bonitos de España, querido, Cármen, Isabel, Leonor... Nunca has entreteni-

do tan agradablemente á esas señoras; logras un éxito prodigioso.

—Bassompierre ¿quieres acabar de hacerme perder la paciencia?

—No te enfades: en todas nuestras aventuras de Francia y de Italia, te dejé representar siempre el papel de apasionado, y tú me dejabas en paz con mi serenidad y alegría. ¿Nos fué mal alguna vez con ese sistema? ¿Por reírme á menudo llegué á darte algun mal consejo? Voy á cerrar las puertas. Deliberemos con calma. ¿Con qué, segun parece, el rey quiere casarte?

—¡Héla ahí, esa orden insolente! exclamó Saldaña, sacando el papel de su bolsillo, y arrojándolo con furor en medio de la habitacion.

Bassompierre se levantó, cogió la orden y se puso á leer tranquilamente su contenido, que decia así: «Mando al conde de Saldaña, y es mi real voluntad, que en el término de dos meses se case con doña Mariana de Córdoba.—Yo el Rey.»

—¿Vamos, qué me dices?

—Que es clara y terminante.

—¡Mariana! esa mujer á quien amaba tan ciegamente!

—¿Mariana? ¿quién es? aun no me habias hablado de eso, hipócrita.

—Es que á todos, aun á tí, ocultaba yo esa felicidad.

cual un avaro oculta su tesoro. Era una alegría grata y misteriosa que mantenía yo al abrigo de las miradas de todos. ¡Se parecía tan poco á las demás mujeres!

—¡En efecto, es una niña muy discreta!

—¡Pérfida y fementida, ella también! ¡oh, mujeres! ¡raza nacida para hacer traición!

—Acerca de esa opinión hay unanimidad completa: ¿sospechas los motivos que hayan podido inducirla á dar esa campanada?

—¿Debo yo acaso averiguar los motivos? Veo el ultraje, y con eso me basta.

—Toma, guarda tu papel.

—¿Qué quieres que haga yo con esa orden?

—Toma: el rey te dispensará la honra de firmar tu contrato de boda, y esos pergaminos siempre se guardan. Toma, te digo, que nadie sabe lo que puede suceder.

—La sorpresa y la indignación no me dejan siquiera la serenidad suficiente para pensar. Piensa tú por mí, Bassompierre. Tú, el hombre de las situaciones desesperadas, ¿qué me aconsejas?

—¡Diablo! lo que me pides es cosa muy delicada, contestó Bassompierre. Soy embajador, querido, y Francia no puede intervenir en manera alguna en los asuntos interiores de España. Pero en todo caso, conoces el objeto de mi misión: dar el pésame, y te lo doy muy sincero.

—¿Será preciso, dijo Saldaña bruscamente, que añada tu indiferencia á la suma de mis desgracias?

—¡Cuán loco eres! ¿no ha sido siempre la política seguida por Francia, tender la mano á los oprimidos? Vamos, procura permanecer sentado. ¿Me pides que te diga lo que has de hacer? prosiguió Bassompierre paseando lentamente por la habitacion. ¡Diablo! ¡diablo! cuando un hombre como tú ó como yo, que nunca hemos pensado en este mundo sino en pasar la vida alegremente, cae en un lazo como el que acaban de tenderte, y en el que estás cogido, el peligro es espantoso. ¡No hay que aguardar del prójimo ni auxilio ni compasion, porque tiene hartas revanchas que tomar y se torna feroz! No son ya risas de particulares lo que se oye, sino de naciones enteras, mujeres olvidadas, maridos engañados, amantes burlados, toda la familia humana rie á porfía. No hay que hacerse ilusiones: ese es el precipicio por cuya orilla vamos caminando, nosotros los envidiados y los triunfantes. Si un dia se nos desliza el pié, se desploma el mundo entero sobre nuestras cabezas, y nos aplasta. Así, pues, tenemos que protegernos á nosotros mismos. Si un golpe de fortuna ó de génio no viene á favorecernos, somos perdidos.

—¡Juro á Dios que España no ha de reirse de mí!

—¿Qué medio hay para impedirlo, querido? Hé ahí lo que se trata de encontrar y no es fácil. Mientras

llega alguna inspiracion buena, en la actualidad solo veo para tí dos partidos que puedas adoptar.

—¿Cuáles son?

—El primero, casarte.

—¡Cómo, un hombre á quien meten en la cárcel por deudas! ¿Has jurado acabar de volverme loco?

—Querido amigo, busquemos un remedio heroico para tu situacion deplorable. Acaso el heroismo de la resignacion por parte tuya desarmaria al pueblo español, que es muy aficionado á las cosas extraordinarias. Al venir he leído por el camino algunos trozos de nuestro *Romancero*, y en particular el romance del *Casamiento del Cid con Jimena*. Escucha algunos versos, que son muy apropiados á tu situacion:

A su palacio de Búrgos

Como buen padrino honrado,

Llevaba el rey á yantar

A sus nobles afijados.

Salen juntos de la iglesia

El Cid, el obispo y Lain Calvo,

Con el gentío del pueblo

Que les iba acompañando.

Por la calle adonde van

A costa del rey gastaron,

En un arco muy polido

Mas de treinta y cuatro cuartos.

En las ventanas alfombras
En el suelo juncia y ramos,
Y de trecho en trecho habia
Mil troyas al desposado.
Salió Pelayo hecho Toro
Con un paño colorado,
Y otros que le van siguiendo
Y una danza de lacayos
Tambien Antolin salió
A la Gineta en un Asno
Y Pelaez con begigas
Fuyendo de los mochachos.
Diez y seis maravedís
Mandó el rey dar á un lacayo
Porque espantaba á las fembras
Con un vestido de diablo.
Mas atrás viene Jimena
Trabándola el rey la mano.
Con la reina su madrina,
Y con la gente de manto.
Por las rejas y ventanas
Arrojaban trigo tanto
Que el rey llevaba en la gorra,
Como era ancha, un gran puñado,
Y á la homillosa Jimena
Se le metian mil granos,
Por la marquesota, al cuello,

Y el rey se los va sacando.

Envidioso dijo Suero

Que lo oyera el rey, en alto:

Aunque es de estimar ser rey,

Estimara mas ser mano...

—¿Acabarás esa burla cruel? exclamó el conde de Saldaña.

—Burla no es. Me pides un consejo: examino muy seriamente los partidos que puedes adoptar, y como digo, uno de ellos consiste en someterse á la voluntad del rey. Asi te evitarás mil contratiempos por parte de la corte y del gobierno. Te casarias algo militarmente, es cierto; cuando tu mujer no estuviese contenta de tí, te amenazaría con el rey. Pero á ese precio puedes procurarte una existencia sin peligro alguno y muy dilatada. Cuando te vean, como al Cid, conducido al altar por el rey, con ese aparato del favor, acaso no rian mucho. Así, pues, te lo repito, ese es uno de los partidos que puedes adoptar.

—¿Y el segundo? dijo Saldaña con una violencia contenida; sin duda será mas agradable que el primero.

—El segundo, contestó Bassompierre friamente, es el de resistirte.

—¡Resistir, sí, de seguro!

—Resistir franca y resueltamente. Creo que en la

historia de vuestro país teneis un ejemplo adecuado á esta circunstancia: el duque de Alva, abuelo del duque actual, ¿no sacó á cañonazos de una fortaleza real en plena paz á su hijo D. Fabricio, á quien el rey queria casar tambien contra su voluntad con una dama de la corte, prefiriendo incurrir en el delito de cobardía á cometer una bajeza?

—Sí, y toda España lo aplaudió, porque ese era sentimiento propio de un español. Pero la nobleza de hoy en dia no tiene ya el poderío de entonces.

—Ha perdido especialmente un recurso admirable.

—¿Cuál es?

—Los moriscos, á quienes en el reinado anterior tuvo tu tio el duque de Lerma la mala ocurrencia de espulsar de España. Cuando en Castilla ultrajaban á un noble, al menos encontraba la venganza en las cercanías de Granada.

—¿Te has hallado tú alguna vez en un caso análogo, en que hayas tenido que resistirte?

—Sí, con la hermosa María de Eutraigue, la hermana de la imperiosa querida de Enrique IV, familia terrible que, solo por el hecho de tener un pié detrás del trono de Francia, trataba con insolente orgullo á la gente pobre. Todas las mañanas me hacian amenazas de muerte si no me casaba con ella en el mismo dia.

—¿Y despues?

—Despues fué á parar el asunto á los tribunales, y hace cuatro años que estoy pleiteando. Ahora se halla pendiente el pleito de la resolucion del parlamento de Normandía.

—¿Y si te condenan?

—Apuraré todos los recursos de jurisprudencia.

—¿Y si pierdes el pleito en última instancia?

—He estudiado mucho el capítulo de los contumaces.

—Siempre estás alegre en el peligro. Envidio tu carácter francés.

—Pues bien, haz por adquirirle. Conviértete en francés.

—¿Qué?

—Es tu único recurso: se echa á los moriscos, pero no se echa á los Pirineos.

—¿He de pasar á Francia?

—¿Temes la emigracion? Dentro de dos meses me reuno contigo. Entretanto, el conde de Gramont te recibe en Bayona, te acompaña y te divierte. Permaneces entre nosotros seis meses, un año si es menester.

—¡Pero huir!

—¡Ah! ¡Hé ahí la gran palabra con que nuestros enemigos nos obligan á hacer las mayores necesidades! ¿Prefieres quedarte á merced de ellos? Tu tío el duque de Lerma, ¿no está ya desterrado? ¿No está ya

perseguida toda tu familia desde la muerte de Felipe III? Tú mismo, ¿no ves que esto es una ocasion que han aprovechado con alivez, para perseguirte? ¿Quién sabe si será un lazo que ellos te hayan tendido? Y te dejarás coger en él, como una criatura inesperta, bajo el pretesto de no huir! ¡Huir! ¿pues qué otra cosa hacen todos los héroes populares de España, en vuestros romances, en vuestras comedias de capa y espada, cuando se encuentran en un lance apurado? ¿Y qué situacion puede ser mas apurada que la tuya? Para librarse de sus enemigos, harto poderosos, salvan la frontera de Francia ó de Portugal. El público los aplaude todas las noches con furor, ¿y por qué? porque saben muy bien que se van para volver terribles. ¡Tú volverás!

—No puedo acostumbrarme á esa idea.

—¿Vamos, intentas resistirte, sí ó no?

—Sí por cierto.

—Entonces, ¿cómo vas á conciliar esas dos cosas, resistir y quedarte? Vamos, ¿no contestas? En efecto, te desafio á que lo hagas. Así pues, no hay término medio: quedarte equivale á someterte y entregarte; resistirte es marcharte.

—Lo conozco, pero...

—Pero la revancha, esa probabilidad suprema de los jugadores desgraciados, ¿vas á perdonarla á tus enemigos?

—¡Ah! ¡Si la fortuna me la ofreciese!

—Para eso es preciso que conserves entera libertad de accion. Este reinado principia ahora; todos los principios son altamente rectos y virtuosos. Dejemos, pues, que trascurra el tiempo. En el Louvre encontrarás á una compatriota, á Ana de Austria que intercederá por ti para con su hermano Felipe IV. Yo me quedo en España y trabajaré por otro lado.

—¿Qué piensas hacer?

—¡Ah! exclamó Bassompierre deteniéndose bruscamente en medio de su paseo, me ocurre una idea que probablemente será excelente, porque es de las mas audaces. ¡Pardiez! ya tengo lo que necesito.

—¿Qué es?

—Aun no lo tengo bien pensado y definido, pero sin duda lograré aclararlo... Sí, sí, pero para eso la primera condicion indispensable es que te marches. ¡Ya, nada escucho! Marcha, te digo, lo demás corre de mi cuenta.

—Pero tambien creo que me debe importar algun tanto.

—¿Tienes confianza en mí, sí ó no?

—¿Y me lo preguntas?... Con que segun eso, Bassompierre, me aconsejas resueltamente que me marche.

—Sí.

—¿En mi lugar, lo harías?

—Si me hallase en tu lugar, estaría corriendo ya por el camino de Bayona, y esto por una razon muy sencilla, que á cualquiera se le alcanza: á ninguna costa se debe dejar adquirir hábitos de despotismo á los reyes jóvenes ni á las mujeres. Seria establecer un precedente deplorable. Así, pues, por interés general, véte. ¿Me dejarás ámplios poderes?

—Sí, ilimitados, como á mi mejor amigo.

—Muy bien. Ahora una pregunta: ¿dónde vive la joven, que ha sido causa de todo esto?

—Cerca de la puerta de Fuencarral, en el primer balcón de la derecha.

—¿Y el nombre? Ya le he olvidado.

—Mariana de Córdoba.

—¿Es muy bonita?

—¿Por qué me haces esas preguntas?

—Oye, me vas á dejar encargado de una liquidacion bastante complicada, y necesito adquirir datos muy prolijos y exactos. ¿Es muy bonita?

—¡Demasiado!... es una morisca á quien á fuerza de abnegacion y de amor logré salvar de la proscripcion de su raza. Es natural de Valencia. La habia yo ocultado en Madrid, en una casa retirada en donde nadie conocia su origen. ¿Me preguntas si es hermosa? Tú que me citabas nuestros antiguos romances castellanos, habrás leído aquel en el que el rey D. Juan I de Castilla, al llegar delante de los castillos de los reyes mo-

ros, lleno de admiracion al verlos, pregunta á Abenamar, el cual le contesta:

El Alhambra es esa, señor

Y la otra es la Mezquita;

Los otros los Alixares

Labrados á Maravilla.

El moro que los labró,

Cien doblas ganaba al dia,

Y el dia que no los labra,

De lo suyo las perdía:

Desque los tuvo labrados,

El rey le quitó la vida.

Porque no labre otros tales

Al rey del Andalucía.

¿Su belleza? Es única como la de los castillos, de su raza. ¡Ay! ¡amigo mió! la amaba yo con pasión y con delirio: inconstancia, devaneos, todo creo que lo hubiera yo olvidado al fin por consagrarme tan solo á ella.

—Aun no te has marchado. ¿Te detienen los impulsos de tu corazón? Quédate y cástate.

—¡Pérfida, nunca! Acaso la ceguedad de mi amor, me hubiera conducido algun dia á olvidar por esa mujer su raza y mi antigua nobleza, y á casarme con ella, lleno de amorosa embriaguez á la faz de España entera; pero despues de tal traicion y ante esa órden insolente...

—Dices que es morisca? ¡Pardiez! pues ahí tienes un recurso escelente para salir de apuros, contesta al rey que es morisca, que nunca se ha obligado á un grande de España á casarse con las hijas de Mahoma, y queda cogido en sus propias redes el inquisidor general.

—¡Perderla, entregarla á la proscripción de que la he salvado! ¡No... no, nunca! que sea el peligro para mí y no para ella; prefiero marchar.

—¿Estás decidido?

—Sí, sin vacilación alguna.

—Te tendré al corriente de todo allá en Francia.

—¡Ah, sí, te lo ruego!

—Otra pregunta todavia. ¿Vive esa jóven con su familia?

—Solo tiene un hermano, un furioso que vuelve ahora de Méjico en donde era soldado, y de quien sospecho que proceda el giro violento que ha tomado este asunto. ¡Ah! me ha de pagar muy cara, algun dia, la traicion de su hermana.

—¡Bueno, queda aplazado! por el momento, veamos los medios para que se verifique tu viaje. Tus poderosos enemigos tendrán fija la vista en tí: oye, uno de mis gentiles hombres, M. de Magny, marcha esta noche á Francia á llevar despachos mios; te disfrazas, formas parte de su comitiva... y corres por el camino de Bayona!

—¿Lo deseas así? ¡corriente! me entrego por completo en tus manos. ¡En el estado de arrebató en que me encuentro, conozco que soy incapaz de reflexionar en lo mas mínimo, solo una cosa te encargo, que no olvides, en cuanto hagas, mi altivez!

—Descuida, está confiada á manos de la Francia. ¡Pero, en nombre del cielo te ruego que nadie sospeche que he tomado parte alguna en tu fuga! ¡Ya comprenderás la necesidad de guardar el mas profundo secreto acerca de ese punto!

—¡Seguramente!

En el momento de salir el conde de Saldaña, que se hallaba violentamente conmovido, se detuvo, y fijando su mirada en el régio alcázar, que se veia por una de las ventanas, exclamó:

—¡Palacio en que se agitan los enemigos de mi casa, en el que han querido cubrirme de vergüenza y baldon, y al que estoy citado de un modo tan insolente, te juro que has de verme entrar por tus puertas mas altivo y audaz que nunca!

—¡Bien! ¡bien! repuso Bassompierre, todas esas cosas las dirás con mas comodidad desde allende los Pirineos. Te espero aquí esta noche á las doce.

A las doce de la noche salieron tres ginetes del patio de la casa de Bassompierre.

Uno de ellos era el conde de Saldaña disfrazado.

—¡Lo desearé así, corrientes! me esquivo por completo en tus manos. ¡Fuera el estado de necesidad en que me encuentro, conozco que soy incapaz de resistir en lo mas mínimo, solo me cosa lo encargo, que no olvides en cuanto hagas, mi amistad y mi secreto acerca de ese punto.

III.

—¡Seguramente! En el momento de salir el conde de Saldaña, que se hallaba violentamente conmovido, se detuvo y fijando su mirada en el tégio alcázar, que se veía por — Ahora que ya ha marchado Saldaña á Francia, dijo Bassompierre para sí, debo cuidar ante todo de no malquistarme con España. Los enemigos del conde, tan luego como lleguen á saber esta fuga, van á escitar la cólera del rey de una manera terrible. La orden se ha dado públicamente en presencia de toda la corte, y no podrán tolerar la desobediencia. Todas las intercesiones y los ruegos serán completamente inútiles. Además, Saldaña no es hombre que quiera doblegarse. Cólera de rey, cólera de mujer y cólera de amante musulman, son iguales. La situación me parece bastante difícil de manejar en este país de noble orgullo y venganza. En primer lugar, se trata de

no malquistarme con nadie. Recien venido y sin punto alguno de apoyo.....tengo que estar muy alerta y cuidadoso; ¿y cómo he de impedir que el rey mantenga formal propósito de hacer cumplir sus órdenes? Solo hay un medio, es el de crearle un interés diametralmente opuesto al cumplimiento de esas órdenes. La idea que me ha ocurrido es atrevida y delicada....¡Diablo! ¡Diablo.....Ahora que pienso en ella detenidamente, me parece sobrado insolente y audaz....¡Eh!....Mejor que mejor: algunas veces solo lo que se considera como imposible es fácil. Sí ¡vive Dios! procedamos por medio de las mujeres; es mi método favorito. Logra buen éxito en Francia, y no sé por qué razon haya de tenerlo malo en España. ¡Por vida mia que al ponerme en camino para venir á desempeñar mi embajada, no esperaba tener que encargarme de esta negociacion!

Tres dias despues de la partida de Saldaña, Bassompierre habia sido admitido en el palacio del Buen-Retiro á dar el pésame al jóven rey de España, en nombre del monarca francés Luis XIII, por la muerte de Felipe III; con este motivo se habia abierto el palacio por vez primera desde que la córté estaba de luto, y por la noche debia haber recepcion pública.

Bassompierre, terminada su audiencia, habia bajado á los jardines del Buen-Retiro, y paseaba por ellos

solitario y bastante meditabundo; de pronto se acercó á él un caballero magníficamente vestido que le dijo:

—¿Querria permitir el señor conde de Bassompierre á un compatriota suyo que se tomase la libertad de llevar su deseo de saludarle hasta el extremo de parecer indiscreto?

—¿Sois francés, caballero? dijo Bassompierre descubriéndose cortesmente.

—El marqués de Haudessac.

—Marqués, no tenga la honra de conocer vuestro título.

—Solo una cosa podria sorprenderme, caballero, y sería que le conociéseis.

—¿Cómo! ¿intentais con esas palabras dar una leccion de modestia en este mismo palacio?

—Nada de eso. ¿Podrá el señor conde de Bassompierre concederme un momento de conversacion?

—Con mucho gusto, ya os escucho.

—Ya sabeis señor conde, que nadie es profeta en su tierra.

—¿Acaso habeis llegado á serlo en España?

—Profeta no: solo marqués.

—¡Ah!

—Hé aquí en dos palabras mi posicion en España: ya lo veis, entro en todas partes.

—En efecto.

—En invierno permanezco con la corte en Madrid; en verano la sigo á Aranjuez; tengo la honra de jugar algunas noches en casa de los ministros, y tuteo á los grandes de España. La posicion es agradable y ventajosa. Pues bien, señor conde, con una sola palabra podeis hacérmela perder.

—¿Cómo así?

—Basta con que os pregunten por casualidad quién soy; si contestais que no me conoceis, me haceis un daño irreparable.

—Lo sentiria en extremo; sin embargo...

—Por eso lo he previsto, y por lo tanto vengo á ponerlos en estado de que contesteis, por si llegasen á preguntaros.

—Es lo que deseo.

—Hé aquí los datos que he de daros: me llamo Miguel y soy oriundo de una aldea de Gascuña.

—¿Es eso lo que deseais que conteste?

—¡No por cierto! Esto, señor conde, es una confesion franca y esplicita entre compatriotas. Hé aquí la verdad: yo vivia en Madrid de una manera bastante desagradable. Tenia una casa muy retirada en uno de los barrios mas estraviados de la ciudad, á la que solo venia por la noche, y á la verdad que esto no valia la pena de haber pasado los Pirineos. Varios franceses conocidos mios, pasaban tambien aquí una vida azarosa y llena de inconvenientes. Un dia los reuní y

les hice ver patentemente que lo que nos faltaba para medrar era poder aparentar una posicion desahogada, de que todos carecíamos. Les propuse nombrar á uno de nosotros marqués, y que los demás fuésemos su servidumbre; de este modo, con un poco de desparpajo, y de audácia, podríamos entrar en todas partes y nos iria mejor. La proposicion les pareció aceptable y oportuna, y fuí nombrado marqués.

—¡Marqués por eleccion! ¡diantre! muchos marqueses conozco que no lograrían serlo de ese modo.

—El resultado, ya os he dicho cuál ha sido, crear-me en la córte una posicion en extremo ventajosa.

—¿Y cómo os habeis compuesto para eso?

—¡Ah! señor conde, en primer lugar tengo catorce lacayos: al salir podeis verlos en el zaguan, vestidos con magnífica librea.

—Casi podeis decir que mandais una partida....

—No, solo es una pequeña novedad: criados que en vez de estar á sueldo, van á partir ganancias.

—¿Y son todos franceses?

—¿Sí, señor.

—¿Pero, cómo manteneis esa servidumbre?

—Ya he tenido la honra de deciros que juego algunas veces con los ministros, y frecuentemente con los diferentes personajes de la córte.

—¡Ah... ya!

—¡Oh! Señor conde, la timidez seria pueril en este caso; otros muchos lo han hecho antes que yo.

—Bien, ¿pero cómo os sosteneis en la corte?

—Por un medio muy sencillo.

—¿Cuál es?

—Gano siempre.

—El medio es singular.

—Infalible, señor conde. Siempre se procura obstinadamente detener á un hombre que tiene tantas revanchas que dar.

—¿De modo que vuestra ocupacion y vuestra fuerza aquí consiste en eso, en dar revanchas?

—Sí señor. Así paso sin temor y sin percance alguno de un reinado á otro, dijo el marqués inclinándose. Caen los ministros, destierran á los personajes influyentes, pero yo siempre puedo ofrecer mis servicios á un compatriota.

—¿Sabeis, marqués, que os encuentro en extremo curioso?

—Sois sobrado amable.

—¡Venir con esa sangre fria á contarme tales cosas!...

—¿Pues qué importa, señor conde?

—¿Acaso es tan proverbial mi discrecion?

—Eso en primer lugar, y luego que yo sé crear siempre lo que necesito.

—¿Y cómo es eso, gustais de explicarlo? dijo Bassompierre con altanería.

—Por un medio muy sencillo tambien.

—¿Que consiste?...

—En hacer que el hombre á quien yo llego á necesitar, necesite tambien de mí, como en las revanchas.

—¡Ah! ¿y quereis explicarme vuestro sistema?

—Podeis juzgarme fácilmente. Yo soy antiguo ya en España, y la tolerancia del señor conde de Bassompierre, puede ser útil. Este es recién venido á España, y puede necesitar mi experiencia consumada. Todos los dias se están viendo cambios de cosas desproporcionadas.

—¿Y para qué puedo yo necesitar vuestra experiencia?

—Nadie sabe lo que llegará á suceder, señor conde.

—A la verdad, dijo Bassompierre para sí, este es un perillan muy audaz y resuelto, y podrá servirme en un momento dado. Mi sistema no es rechazar en tiempo alguno los recursos que me proporciona la casualidad.

—El señor conde reflexiona, exclamó el marqués con perfecta sangre fria; esa es buena señal. ...

—Escucha, marqués, te aseguro que tambien comienzas á ser profeta, dijo Bassompierre, porque has adivinado perfectamente. Es muy posible que llegue á necesitarte.

—El señor conde me tutea: esa es aun mejor señal.
—¡Tú tambien tuteas á los grandes de España! Entendámonos de una vez; callaré, pero con una condicion.

—¿Cuál es?

—Que en presencia mia no has de robar al juego.

—¡Ah! ¡señor conde, robar un hidalgo! la palabra es algo dura.

—A la menor seña mia estarás á mi disposicion con tu gente.

—Sí, señor.

—¿Sabes manejar la espada?

—¡Soy marqués!

—Vive Dios, que bien merecerias serlo: nada te asusta.

—No he tenido la cuna de marqués, pero sí la vocacion.

—Pues bien, queda convenido; si alguna vez te necesito....

—No teneis mas que hacerme una seña.

—Ahora vete, que viene gente.

—No tengo razon alguna para temer que me vean en vuestra compañía, señor conde, dijo el marqués inclinándose con magestuosa lentitud antes de retirarse.

El rey habia aparecido al extremo de una calle de árboles, con su preceptor fray Alvaro.

—Ahora se trata de hacer que el rey tome parte en mi juego, dijo Bassompierre para sí, y se dirigió hácia el sitio por donde llegaba Felipe IV.

IV.

Felipe IV, al ver al embajador de Francia, mandó á su preceptor que se detuviese, y se adelantó solo por la calle de árboles.

El fraile sacó un libro del bolsillo y se encaminó por otra alameda.

El sol declinaba rápidamente hácia el ocaso; la brisa de la tarde comenzaba á agitar blandamente las hojas de los copudos árboles, y se sentía una frescura deliciosa.

Bassompierre llevaba una flor en la mano. Al acercarse al rey se inclinó con ese perfecto desembarazo que introduce una especie de igualdad en el respeto.

El rey tomó bruscamente la palabra.

—He llegado á saber, señor embajador, que uno de mis gentiles hombres, el conde de Saldaña, burlándose abiertamente de mi autoridad, se ha refugiado en Francia.* He mandado que escriban inmediatamente á mi hermano Luis XIII y á mi hermana Ana de Austria, para decirles que no concedan auxilio ni amparo á un súbdito rebelde. Os ruego que en vuestros despachos dirigidos á la corte de Francia manifestéis tambien mi resentimiento y mis deseos.

—¡Oh! ¡oh! decia Bassompierre para sí al oír aquellas palabras imperiosas y al ver la frente severa del jóven monarca; fray Alvaro me envia á su discípulo erizado de rudos apóstrofes. Nos veremos las caras, padre Alvaro, y Francia contra España.

—Señor, contestó inclinándose cuando el rey hubo acabado de hablar; en cuanto á los despachos, os aseguro que esta misma noche los enviaré ganando horas, porque me asocio por completo al desagrado de V. M.; pero ya sabeis, señor, que Francia es un país hospitalario.

—Ya sé, dijo el rey, que mi voluntad se detiene en mis fronteras. Pero si la persona del conde se pone fuera del alcance de mi poder, su familia y sus bienes quedan en mi reino, y haré un castigo ejemplar de que España conservará eterna memoria.

—Nadie comprende mejor que yo, señor, cuán

importante es para el bien de un Estado que la voluntad del monarca sea soberana y absoluta. Pero en la fuga del conde, ¿no habrá mas desesperacion que rebeldía?

—Veo desobediencia, y con eso me basta. ¿Por qué ha de haber desesperacion?

—¿No le ordenaba V. M. que se casase?

—¿Y qué?

—Bien claro se vé, señor que no sabe V. M. lo que es eso.

—¿Cómo?

—¡Renunciar á la vida tan agradable que llevaba!

—¡Vida escandalosa!

—Señor, permita V. M. al representante de Francia que continúe siendo francés, aun en medio de vuestra grave España. Así, pues, le diré, que al escuchar las palabras severas de V. M., hay una cosa que me aflige profundamente.

—¿Cuál es? dijo el rey deteniéndose sorprendido.

—Que V. M. tiene diez y siete años, y que todo esto es un asunto de amor.

—¿Habrá de tolerarse el desórden?...

—No señor, pero en Francia, nuestros reyes, para mostrarse despiadados con los jóvenes, aguardan á ser viejos. En la edad de las pasiones.....

—Un rey de España no puede tener pasiones.

—¿Quién os ha dicho eso, señor? exclamó Bassom-

pierre. Pues si el mas austero de vuestros ascendientes, Felipe II, tenia cuatro queridas.

Felipe IV retrocedió asustado.

—Señor embajador, exclamó muy sofocado, tales palabras, pronunciadas en mi palacio, serian un verdadero escándalo...

—Señor, contestó Bassompierre, ya he advertido antes á V. M.: son palabras francesas.

El rey caminaba muy agitado, y era evidente que en su imaginacion bullian tumultuosamente mil ideas contrarias entre sí.

Bassompierre dejó que durase un momento el silencio. Aspirando lentamente el perfume de la flor que llevaba en la mano, consideraba el rudo combate que daba á las ideas imbuidas por fray Alvaro. Felipe IV no se atrevia á levantar la vista, y seguia andando desaforado.

—¡Qué hermosa tarde! dijo Bassompierre aspirando voluptuosamente el dulce ambiente y mirando cómo se estremecian á lo lejos las ramas de los plátanos. Solo en España se puede pasar así del calor del dia á la dulce frescura de estas tardes. Felicito á V. M. por poseer tan divino reino.

El rey continuaba guardando silencio, pero Bassompierre veia que iba acercándose á él gradualmente. Caminaron un momento al lado uno de otro, y luego dijo el rey en voz baja y palpitante, y con

acento de suma curiosidad:

—¡Cómo! ¿mi abuelo tenia cuatro queridas?

—A la vez, señor, contestó Bassompierre con el tono mas natural.

—¡A la vez!

—¡Oh! lo que es sucesivamente, tuvo muchas otras.

El rey, muy turbado, miró al camino por donde se habia alejado su preceptor.

—¿Dónde habeis leído la historia de España, conde de Bassompierre? dijo.

—Pero ¿y vos mismo, señor, qué autores habeis leído?

—¡Mi terrible abuelo Felipe III! dijo el rey juntando las manos, ¡es imposible!

—Señor, si quiere V. M., voy á nombrárselas todas: primero la princesa de Eboli.....

—¡Basta, basta! ¡si nos oyesen!

—¿Por qué, señor? ¿no sois aquí dueño absoluto? Hé aquí las demás.....

—¡No, no!

—Pues bien, señor, si cerrais el libro de la historia, poned la mano sobre vuestro corazon, sobre ese corazon de diez y siete años, al que tanto han irritado contra el amor: ¿no sentís palpar en él... la indulgencia?

—Mas bajo, conde, ¡por Dios! nunca me han hablado en esos términos!...

—Pues bien, señor, contéstemelo V. M. como nunca ha tenido ocasion de responder á un español. Estamos solos en medio de estas alamedas silenciosas. Dentro de un mes habré dejado á España, y no quedará rastro alguno de nuestra conversacion. ¡Cómo señor! ¡regís uno de los reinos mas hermosos de la tierra, sois rey en el país de la poesía y de la belleza, os hallais en todo el esplendor de la juventud y del poder, y no se ven en torno vuestro sino rostros sombríos! ¡Cómo, señor! ¿en ese corazon de diez y siete años no se abrigan sino cuidados de dominacion solitaria?

—No sé en qué consiste, conde, dijo el rey ruborizándose; ¡pero me habeis inspirado desde el primer momento una confianza singular!

—¡Ah! señor, es muy sencillo: consiste en que hablo á V. M. con el lenguaje de la juventud. ¿Es posible que á V. M. le baste esa vida austera? ¿Es posible que nunca pasen ante su vista imágenes mas dulces y seductoras?

El rey miró á todos lados con inquietud, y dijo en voz baja:

—¿Me prometeis guardar secreto?

—¡Os lo juro!

—¡No jureis!... Sí, os lo confesaré, al leer algunas veces, solo, en lo mas retirado de los jardines de Aranjuez, esos libros de caballería que refieren las

aventuras de Castilla y de Granada, al ver siempre al lado de los caballeros, y al amor sirviendo de grito de guerra, muchas veces se me ha caído el libro de las manos y ha refluído toda mi sangre al corazón...

—Pues bien, señor, aun es mucho mas delicioso al pié de los balcones que en los libros: una seña misteriosa, una celosía que se abre, un suspiro y un beso en la sombra...

—¡Callad! ¡callad! exclamó el rey alejándose de nuevo con terror.

Bassompierre se puso á contemplar el diáfano azul del cielo.

—Ya ha salido la primera estrella, dijo.

Hubo un nuevo momento de silencio. Mientras el rey y el embajador caminaban lentamente por una calle de árboles, iban por otra fray Alvaro y una señora, conversando tambien hacia un instante, y parándose asimismo de vez en cuando. Bassompierre acababa de verlos, y tenia fija en ellos su mirada.

—Señor embajador, repuso el rey despues de haber vacilado algun tiempo para hacer su pregunta, ¿conoceis á la marquesa Inés de Feria?

—¿A la primera dama de honor de la reina madre? ¿La que va allí paseando, segun creo, con fray Alvaro?

El rey se volvió con viveza y miró hácia aquella parte.

—Si, ella es, dijo; ¿qué os parece?

—¡Diablo! pensó Bassompierre; ¿irán acaso las cosas por ese lado? Lo único que le faltaba al pobre Saldaña era ver unidos á sus dos enemigos mas encarnizados. ¡No por cierto, no sucederá así, padre Alvaro! eso trastornaría todos mis planes por completo.

—Señor, repuso en alta voz. ¿Ha leído V. M. la historia del buen rey D. Alfonso?

—No, dijo Felipe IV, sorprendido con aquella pregunta.

—Cuando conquistaba una mezquita á los moros, lo primero que hacia era mandar poner en ella una campana y hacer que la estuviesen tocando tres dias y tres noches consecutivas, para que nadie pudiese ignorar su conquista.

—¿Por qué me hablais de las campanas de D. Alfonso?

—Para ponerlos en guardia contra las de la marquesa de Feria, porque infaliblemente trataria á V. M. á manera de mezquita conquistada. A la primera mirada que V. M. se dignase fijar en ella, su vanidad lo publicaria ruidosamente por toda España.

—¡Cielos! exclamó el rey asustado.

—Y el mayor encanto está en el misterio. Mirad, señor, hablo en voz muy baja: ¿quiere V. M. ensayar alguna aventura deliciosa?

—¡Yo! exclamó Felipe IV aturdido por aquella proposición.

—De esa, nadie absolutamente sabría una palabra.

—¡Me haces estremecer! ¡Ir yo á una aventura!....

—Ya veríais, señor, cuán agradable era. Yo me pondría de centinela, por la noche, en una esquina de palacio; al extremo de los jardines hay una puerta pequeña, V. M. se deslizaría furtivamente por ella, embozado en ancha capa....

—¡Qué escándalo! ¡si os oyesen!....

—¡Eh! señor, la caballerisca España se regocijaría al ver que comenzaban de nuevo las hermosas tradiciones. ¿No convida la voz de todos sus poetas á la vida audaz y brillante?

—¡Salir yo de palacio por la noche!

—Cómo, señor, ¿nunca ha tenido V. M. la curiosidad de ver las calles de su capital por la noche cuando todo duerme?

—Nunca.

—¡Ah! señor, pues si es la cosa mas interesante que hay en España.

—Nunca me han hablado de eso. ¿Pues qué se vé?

—¡Cómo! ¿ha sido preciso que viniese á Madrid un extranjero para que V. M. supiese lo mas delicioso quizás que hay en su reino? Escuchad como habla do-

Pedro el Justiciero en una comedia de Calderón (1):

Toda la noche rondé
de aquesta ciudad las calles
que quiero saber así
sucesos y novedades
de Sevilla, que es lugar
donde cada noche salen
cuentos nuevos, y deseo
de esta manera informarme
de todo, para saber
lo que convenga

Ví recatados galanes,
damas desveladas ví,
músicas, fiestas y bailes...

—Pero... y el peligro de ser conocido?... dijo el
rey, cuyo carácter tímido se revelaba á cada paso.

—Si V. M. era conocido, diria como Don Pedro el
Justiciero:

. . . y deseo
De esta manera informarme
de todo, para saber
lo que convenga.

(1) *El Médico de su honra*, comedia en tres jornadas de don Pedro Calderón de la Barca. N. del T.

¿Qué podría contestar entonces el español mas rígido? Vamos, señor, V. M. se ha dignado hacerme los honores de estos jardines magníficos; permítame que le haga á mi vez los de su capital dormida.

—¡No, no, nunca me atreveré! dijo el jóven rey, turbado y deseoso á la vez.

—Señor, ¿no estaré yo á vuestro lado? Escuchad un suceso de la historia de España. Es el romance de D. Ramiro de Aragon, el rey Monje, al salir del cláustro:

En la batalla primera

Que con los moros habia,

Sus caballeros le armaron.

De fresca y fuerte loriga.

Cabalgara en su caballo,

El escudo le ponian

En el su brazo siniestro,

Y la espada sin vaina

Le ponian en el derecho,

Y los suyos le decian:

Las riendas tomad, señor,

Con aquesta mano misma

Con que asides el escudo,

Y ferid en la morisma.

—¡Oh! esta vez se cuál fué la respuesta de D. Ramiro, exclamó audazmente Felipe IV. Contestó:

Con esa tengo el escudo,
Tenellas yo no podría,
Ponédmelas en la boca,
Que sin embarazo iba.

—¡Bien! señor! exclamó Bassompierre, habéis dicho eso á las mil maravillas: ¡las riendas en la boca y adelante contra los moros!

—¡Silencio! dijo precipitadamente Felipe IV, que ya vuelve mi preceptor.

—¿Con que quedamos, señor, en que esta noche?...

—Ya me hablareis de ello detenidamente en palacio, durante la recepcion, contestó con viviza el príncipe, y añadió en voz alta, de modo que le oyese fray Alvaro, que ya se hallaba cerca.—No olvidéis, señor embajador, manifestar al rey de Francia, en vuestros despachos mi resentimiento por lo que os he dicho.

—Esta misma noche quedará obedecido V. M., contestó Bassompierre inclinándose profundamente.

—Señor, se hace tarde, dijo el preceptor lanzando á Bassompierre una mirada de desconfianza.

—Ya me retiro, padre.

El rey y fray Alvaro se alejaron juntos, dirigiéndose á palacio.

—¡A fé mia que el buen monarca, inesperto y cándido, muestra aficion á la fruta prohibida! dijo Bas-

sompierre para sí. Ya está abierta la campaña. Ahora es preciso que encuentre yo cuanto antes á mi providencial marqués de contrabando. Sin duda andará por esas inmediaciones.

Bassompierre se internó en el parque mirando á derecha é izquierda.

—El buen fray Alvaro me ha dirigido una mirada solapada que nada bueno anuncia, pensaba Bassompierre mientras caminaba por las calles de árboles. Su prolongado paseo con doña Inés, ¿tendrá por objeto contrarestar los efectos de mi entrevista con el rey? Estemos alerta por esa parte.

sompierte para sí. Ya está abierta la campaña. Ahora es preciso que encuentre yo cuanto antes á mi provincial marqués de contrabando. Sin duda andará por esas inmediaciones.

Bassompierre se internó en el parque mirando á derecha é izquierda.

—El buen fraile Alvaro me ha dirigido una mirada solpada que nada bueno anuncia, pensaba Bassompierre mientras caminaba por las calles de árboles. Su prolongado paseo con don Inés, tendrá por objeto contrastar los efectos de mi entrevista con el rey? Estemos alerta por esa parte.

Mientras Bassompierre busca por las alamedas del Buen-Retiro al marqués de Haudessac, referiremos lo que habia ocurrido entre fray Alvaro y la marquesa de Feria.

El instinto diplomático de Bassompierre en cierto modo no le engañaba. Hé aquí lo que hablaban el preceptor y la marquesa, mientras que en una calle de árboles cercana mediaba entre el rey y el embaajador la conversacion que acabamos de narrar; las dos conversaciones iban á encontrarse en un mismo punto, lo mismo que las dos calles de árboles.

El fraile, al separarse del rey, abrió un libro y se alejó leyendo. Caminaba con la cabeza baja, cuando

acertó á pasar junto á él la marquesa de Feria.

Algunas otras damas de la servidumbre de la reina madre paseaban por debajo de los árboles, disfrutando la hermosa tarde que hacia. La marquesa se habia apartado de ellas, cejijunta y preocupada, y pasaba cerca de fray Alvaro sin verle.

El preceptor de Felipe IV la detuvo con estas palabras:

—¿A dónde bueno, marquesa, tan distraida y grave?

Doña Inés se detuvo sin contestar. Sus mejillas estaban pálidas: su mirada era sombría y distraida.

—La marquesa de Feria tiene fundado motivo para estar irritada, dijo el fraile con tono sério. ¡En efecto, el ultraje es bastante sangriento!

—¿Qué ultraje? preguntó la marquesa con altivez.

—El mismo que estais pensando en vengar.

—¿Yo? repuso doña Inés con breve acento.

—Escusad conmigo todo disimulo. He tenido fija la vista en vuestro rostro durante la escena que tanto ha escandalizado en palacio. Os observé cuando apareció el conde de Saldaña, cuando se acercó á vos y cuando salisteis de la real cámara.

Doña Inés se detuvo, vacilante é indecisa. El vivo color purpúreo que teñia su rostro, su mirada brillante, su palpitante seno, todo en ella indicaba bien á las claras el estado de agitacion en que se hallaba

su alma. Parecia que sostenia una lucha interior entre dos encontrados opuestos sentimientos, y esta lucha era vehemente, apasionada; por fin pareció vencer uno de ellos, y la marquesa exclamó con voz ahogada por la cólera y entrecortada por la emocion:

—¡Pues bien!... ¡sí!... ¡escusemos todo disimulo... y tanto le voy á escusar, que acaso lo haga en demasía!... Es cierto, padre Alvaro, que la afrenta que me ha inferido Saldaña me ha llegado al alma y herido en la parte mas sensible de mi corazon, en mi amor y en mi orgullo. Cuando una dama de mi linaje escucha las galantes palabras de amor de un tan esclarecido caballero como el conde de Saldaña, podeis comprender, padre mio, que no es ya un misterio para nadie, y que todas las miradas, celosas las de los hombres y envidiosas las femeninas, están fijadas de continuo, con ardiente curiosidad, en ambos enamorados. Calculad, pues, si en nuestros amores, tan conocidos y divulgados, habrá echado una mancha indeleble y para mí vergonzosa, la circunstancia que ha llegado á divulgarse de que el conde de Saldaña requeria secretamente de amores con una doncella oscura y desconocida, al mismo tiempo que ostentaba públicamente los que tenia conmigo!... ¿Es decir, esto, que yo no servia sino para halagar su vano orgullo y su amor propio?... ¿Es que se habia cansado ya de mi apasionada ternura?... Ignoro aun

lo que de seguro podrá significar esa conducta del conde: no me meto tampoco á inquirirlo, que con sus efectos basta y aun sobra, para tenerme preocupada la mente, y acongojado y furioso el corazon. Ahora, lo importante, lo único, lo esclusivo para mí es la venganza; esa idea fija sustituye al descanso de mis pasadas tranquilas noches, que acaso se han ido para nunca mas volver; esa idea es cada instante mas pertinaz é insistente, no me deja serenarme un solo momento por el dia, ni en la corte, ni en lo mas retirado de mis aposentos, ni aun en el templo del Señor...

—¡Marquesa! exclamó fray Alvaro con severo acento.

—¡Perdonad, padre! ¡no sé lo que me digo! Conozco yo misma que hay momentos en que mi pasion vehemente é irritada, me arrebató el juicio.....! ¡No hay remedio, ello ha de ser! añadió la hermosa doña Inés despues de un nuevo instante de vacilacion. Esa idea fija me mataria si no consiguiese realizarla, y estoy decidida á poner en juego todos los medios imaginables para lograrlo, por aventurados y audaces que sean. Héme fijado en uno, y para ello cuento con vuestro apoyo y proteccion, padre mio.

—¿Contais conmigo, marquesa? dijo fray Alvaro con sutil sonrisa, pues creia adivinar una de esas intrigas cortesanas en que ya en varias ocasiones se

habia hallado mezclado, unas veces á pesar suyo y otras por voluntad propia, durante el anterior reinado. De poco puede servirnos un pobre y oscuro fraile que no tiene hoy mas título que el de haber sido preceptor, harto poco ilustrado por desgracia, de nuestro augusto monarca D. Felipe IV.

—¡Ah! ¡ese título es hoy el mas precioso para mí! prosiguió la marquesa. Vos, que tan profundamente conoceis el corazón del rey, que tan saludable y provechosa influencia ejercéis en su ánimo, podeis servirme de poderoso y sin igual apoyo, porque os repito que he formado un proyecto audaz, desatentado, que no he llegado á concibir por mezquinos cálculos de interés y engrandecimiento, ni por sentimiento alguno de impuros deseos, sino para satisfacer mi ánsia de venganza. Y sin embargo, padre mio, añadió con voz temblorosa y con hechicera espresion de timidez, no sé como revelaros mi plan sin ofender vuestros oídos y sin que mi pudor sufra el menor menoscabo.

La marquesa de Feria, no solo era la mas hermosa dama de la corte de Felipe IV, sino que, dotada de un carácter altanero y audaz, y de un talento poco comun en su sexo, ejercia una seduccion irresistible en cuantos llegaban á tratarla, y conmovia á su antojo los corazones, ya con sus miradas de indefinible encanto, ya con su decir fácil y elocuente.

La fingida espresion de timidez con que pronunció las últimas palabras, sus ojos medio velados por sus largas y arqueadas pestañas, su seno que parecia agitado por palpitaciones violentas, toda su postura llena de gracia y abandono, le hacian ser en aquel momento la mujer mas bella y seductora que pudiera imaginarse.

Todos los objetos de la creacion que Dios se ha complacido en marcar con el sello de la hermosura y de la perfeccion, al herir nuestra vista, producen en nosotros grata emocion, de distinto género segun sea nuestro carácter. En el hombre de imaginacion ardiente, engendran pasiones violentas, deseos vehementes; en el de apacible y sereno carácter, producen un tranquilo y dulce bienestar, y le predisponen á todos los buenos sentimientos. Fray Alvaro se sintió inclinado á la indulgencia, al ver á aquella hermosa pecadora que parecia estar ya de antemano arrepentida, aun antes de confesar su solo pensada falta.

—Hablad, señora, sin cuidado, le dijo, y antes aun que mi apoyo, tendreis mis consejos, si los necesitais.

—Pues bien, repuso la marquesa, os voy á abrir por entero mi corazón, padre mio. Siempre ha sido mi opinion emplear los remedios estremos para los males grandes y extraordinarios, y mi carácter, de

suyo altivo y violento, se escita mas aun con las contrariedades y los peligros, en términos que suele llegar á una altura que á las veces á mí misma me sorprende y maravilla. Eso es lo que ha sucedido en la ocasion presente, en la que á fuerza de buscar un medio para llevar á cabo mi intento, he hallado uno en mi mente, elevadísimo, aterrador casi; pero seguro, infalible: ese medio es... el amor del rey.

Fray Alvaro, no obstante el gran dominio que tenia sobre sí mismo, no pudo menos de dar un repulso y fijar una mirada de asombro en la marquesa, al oir estas palabras. Doña Inés, actriz consumada en ese gran escenario que llaman la corte, habia abandonado ya su apariencia de tímida turbacion desde que vió que habia producido la impresion por ella deseada, y en aquel momento contestó á la mirada del fraile con otra chispeante de gracia y de malicia, y con una sonrisa encartadora que dejaba brillar en todo su esplendor dos sartas de nacaradas perlas, encerradas en un óvalo de coral.

—¡Señora! ¿qué estáis diendo? exclamó por fin el fraile con acento grave, si bien espresaba mas asombro que cólera. Yo que he estado retrasando todo lo posible el momento en que llegasen á despertar las pasiones del príncipe D. Felipe, que hoy es nuestro muy amado soberano; yo que he procurado hacerle imitar por todos los medios imaginables á su grande y

noble abuelo D. Felipe II, poniéndosele constantemente por modelo...

—Nada de eso, padre mio, destruye mi plan, sino que, por el contrario, le fortifica mas y mas. El rey está precisamente en la edad en que, en nuestro hermoso suelo español, se declaran las pasiones con toda su fuerza. En vano habrán sido todos nuestros esfuerzos para adormecerlas, en vano que le hayais presentado, con pertinaz constancia, ese modelo de su tétrico abuelo: olvidará el preceptor y al modelo en el primer momento de apasionado arrebató, y sabe Dios en quien irá á fijarse el primer amor del rey... ¿No será mejor, padre mio, que una aliada vuestra sea quien obtenga esa distincion suprema?...

Y la marquesa pronunció estas palabras con encantadora zalamería.

El fraile nada dijo. Estaba ceñudo y meditabundo.

—Un ejemplo os probará, prosiguió doña Inés, que mis palabras no van del todo descaminadas. Habéis acostumbrado al rey desde su mas tierna infancia á dominar sus impresiones del momento, cualidad preciosa para todo hombre que vive en sociedad, pero mucho mas preciosa aun para el que ocupa el trono. Pues bien, ¿visteis la explosion de cólera que en él produjo la queja dada contra el conde de Saldaña? ¿Visteis cuán poco se cuidó de dormirse, no obstante

hallarse rodeado de toda la corte, y saber que todas las miradas se hallaban fijas en él?...

—¡Es verdad! murmuró el fraile; y habré de confesaros que ese incidente me puso en cuidado y me ha dado ya margen á profundas cavilaciones. Pero en fin, añadió, veamos cuál es vuestro plan.

Entonces se verificó una nueva trasformacion en la marquesa. Asi como á la pasajera primitiva timidez habia sucedido una espresion zalamera y agasajadora á la sazón, siguió un aspecto airado y colérico, solo que este era sincero y revelaba por entero el estado de su alma. Tenia encarnado el semblante, brillantes y chispeantes los ojos, contraidas las cejas, y las azuladas venas de su frente se marcaban con singular precision. Sus manos se crispaban á impulso de la cólera, y era tembloroso su acento.

—Ya os he dicho, padre, exclamó con voz sorda, que deseo vengarme á toda costa. Para lograrlo, nada mejor que obtener el amor del rey. Así conseguiré un doble objeto: escitar al soherano á que no ceje en su propósito de castigar al conde, obligándole sin tardanza á que se case con esa mujer, y tambien, aunque esto parezca sobrado hipotético, causar celos á Saldaña, haciéndole que sea desgraciado en su matrimonio forzoso. Realizado mi deseo de que el rey fije su atencion en mí, D. Felipe no necesitará grande estímulo para obligar al conde á que cumpla sus ór-

denes. Por muy apartado que esteis de la vida mundanal, padre mio, teneis sobrado conocimiento del corazon humano para no comprender que un hombre enamorado lo primero que anhela es apartar el mas leve estorbo que cree pueda perjudicar á su dicha, y D. Felipe casará á toda costa al conde de Saldaña.

El plan era maquiavélico; la mina iba bien abierta y en buena direccion, si en la vecina alameda no hubiese estado Bassompierre abriendo con mas premura aun, y con mas acierto, la oportuna contramina.

El fraile reflexionó un momento. Las palabras astutas é insinuantes de la marquesa le habian impresionado profundamente. Su razon rechazaba la proposicion de la marquesa; su interés le inclinaba á aceptarla. Viviendo constantemente en la atmósfera cortesana, no habia podido menos de resentirse algun tanto su carácter. Por fin, para vencer un escrúpulo postrero, preguntó:

—¿Cómo lograreis, marquesa, haceros amar del rey? ¿Supongo que no recurrireis á medios reprobados para conseguirlo?

La marquesa le miró frente á frente con singular espresion de estrañeza, y contestó:

—Vuestro sagrado carácter, padre mio, me permite hablaros sin fingida modestia. Sois el primer hombre, acaso el único, que pueda atreverse á hacerme tal pregunta. Una mujer de mi edad y..... po-

sicion no necesita recurrir á sortilegios ni malas artes para cautivar el corazon de un doncel, siquiera sea este el primero y mas illustre de la monarquía; si quiera ciña su frente una corona y se siente sobre un trono!... ¿Con que...! cuento con vuestro apoyo, fray Alvaro?...!

El fraile bajó la cabeza y murmuró con voz sorda:

—No os haré oposicion alguna en la realizacion de vuestros proyectos.... Es cuanto puedo prometeros.... ¡Adios, marquesa!

Y sin aguardar mas contestacion, abrió su libro y continuó su paseo leyendo.

La marquesa le miró alejarse, dibujándose en sus lábios una sonrisa de triunfo, y luego se marchó en direccion contraria á la que seguia el fraile.

—Porque los Príncipes estaban á la justicia del

—¡Oh! el rey, mi señor, es un buen cristiano

para no resignarse ante las montañas.

—Sí, pero, ¿y todas las personas que se propo-

nian tener en goce con asistir á la boda de vuestro

incomparable amigo? ¿Y los casados de un modo

tan ridículo?

VI.

—Creo, señora marqués, que la costumbre de

asistir á las fiestas de toros ha tomado cuerpo á las

damas de Castilla.

—¿Acaso no interesa á todos el ultraje hecho á

una mujer? ¿Defendierais, acaso, la indigna conducta

del conde? ¿Engañar cobardemente á una pobre mu-

chacha, que sin duda había creído en sus juramen-

tos?

Bassompierre, al dar vuelta á una calle de árbo-

les, se encontró frente á frente con la marquesa de

Feria, que iba poseída todavía por la emoción de la

conferencia que acababa de tener con fray Alvaro.

—¡Dios mío! ¡marquesa! dijo Bassompierre, diri-

giéndose hácia ella; ¿contra quien vais tan encoleri-

zada que estais tan pálida?

La marquesa, turbada en el primer momento por

aquel encuentro, se repuso en seguida y contestó

sonriendo:

—Contra vos. España está irritada contra Francia.

—¿Por qué?

—Porque los Pirineos estorban á la justicia del rey.

—¡Oh! el rey, marquesa, es harto buen cristiano para no resignarse ante las montañas.

—Sí, pero, ¿y todas las personas que se proponían tener un goce con asistir á la boda de vuestro incomparable amigo?... ¡Verle casado de un modo tan ridículo!

—Creo, señora marquesa, que la costumbre de asistir á las fiestas de toros ha tornado crueles á las damas de Castilla.

—¿Acaso no interesa á todos el ultraje hecho á una mujer? ¿Defenderíais, acaso, la indigna conducta del conde? ¡Engañar cobardemente á una pobre muchacha, que sin duda habia creído en sus juramentos, y en seguida huir para salir de apuros! ¡valor indigno de un noble! Pero que no se apresure á cantar victoria detrás de vuestras montañas; la venganza de España ha sabido ir mas lejos todavía.

—¿Cómo decís, marquesa?

—Que se acuerde de Antonio Perez. Tambien este huyó allende los Pirineos, y el puñal de Felipe II supo muy bien buscarle en Pau, en París y hasta en Inglaterra.

—Hé ahí una confidencia singular para ser hecha por una española á un extranjero.

—Si falta un medio, ¿no quedan otros mil?

—Veamos, ponedme al corriente de vuestros recursos.

—No habiendo surtido el puñal buen efecto para con Antonio Perez, ¿no llegaron hasta el extremo de encargar á una mujer hermosa y decidida que se hiciese amar de él, en Francia, para entregarle?

—¡Oh! marquesa, ¿dudo que las mujeres españolas, para vengarse de un traidor, empleen gustosas ese medio!

—No las conocéis.

—Ese es mi sentimiento!

—Estoy indignada por España. En cuanto á mí, ¿qué me importa? No tengo motivo alguno de odio contra el conde de Saldaña.

—¡Tanto peor para él, marquesa!

—Siempre teneis gana de chancearos.

—¿Aceptais mi brazo para volver á palacio?

—¡Oh! ¡oh! decia Bassompierre para sí, mientras acompañaba á la marquesa, hé aquí un rencor femenino que tambien habré de vigilar de cerca.

Los salones de palacio estaban llenos de gente. Era la primera recepcion pública que se verificaba desde la muerte del difunto rey, y la gravedad del luto daba aun mayor solemnidad á la rigurosa y severa etiqueta que se observaba en tiempo de la casa de Austria. Los cortesanos, vestidos todos de negro, hablaban poco y en voz baja. Las damas, en su ma-

por parte, permanecían silenciosas.

Con este motivo, el joven rey parecía estar muy poco alegre en medio de su corte. Sin embargo, al ver entrar al embajador de Francia, se ruborizó levemente y brilló su mirada, relámpago fugitivo que no pasó desapercibido para Bassompierre. Este se había parado cerca de la puerta, y paseaba su vista por los salones en que reinaba tan profundo silencio. Vió al marqués de Haudessac en medio de un grupo de grandes de España que permanecían cubiertos. La marquesa de Feria se había colocado en un grupo de damas de la servidumbre que estaban sentadas en taburetes, y que casi todas estaban preciosas con sus largos vestidos de terciopelo negro y sus gorgueras almidonadas.

—¡Qué lindas están! decía para sí Bassompierre mirándolas. El demonio de la tentación me incita ya á lanzarme á empresas amorosas..... ¡No! ¡no! ¡desechemos tales ideas! pertenezco exclusivamente á la amistad, por esta vez; ¡nada de complicaciones inútiles! Salvemos á mi amigo ante todo.....

En los salones había mesas de juego que aun estaban desocupadas. Nadie se había atrevido á colocarse en ellas por no alterar la solemnidad y seriedad que reinaba. Parecía que aguardaban una invitación del rey, pero este, distraído y meditabundo, permanecía inmóvil en su asiento.

Bassompierre se adelantó hácia las señoras, y cogiendo de sobre una mesa un cubilete con dados, dijo:

—Señora, ¿gustais de que España y Francia prueben fortuna una contra otra? Pero os advierto de antemano que en París, cuando jugaba, tenía una costumbre detestable.

—¿Cuál era? preguntó la marquesa de Feria.

—Ganaba de continuo. Antes de mi partida, la duquesa de Guisa me ofrecia pagarme una renta vitalicia de diez mil libras con la condicion de no volver á jugar con su marido.

—¿Y aceptásteis?

—No, marquesa, francamente, porque hubiera perdido demasiado.

El rey se habia aproximado.

—Si S. M. se dignase apostar en favor nuestro, dijo la marquesa de Feria inclinándose, acaso vengáramos un poco en Madrid al señor duque de Guisa.

—Observo, dijo Bassompierre, que las damas españolas tienen marcada tendencia á ponerse bajo la proteccion del rey contra nosotros pobres y simples hidalgos.

—La proteccion del rey, señora, dijo Felipe IV, ampara bastante mal en nuestros dias á los que la invocan.

—¡Oh! tenemos completa confianza en ella, señor,

contestó con viveza la marquesa.

—¿Entonces, dijo Bassompierre, tengo que jugar contra la señora marquesa y contra S. M. coaligados? A la verdad, señoras, que no me atrevo á invitar á nadie á que apueste por mí.

Los taburetes se acercaron á la mesa. Este movimiento dió la señal de comenzar el juego en las galerías.

En el fondo del salon se oyó una voz gascona que decia, en medio del ruido de las sillas que se colocaban junto á las mesas:

—Conde de Olivares, ¿tendré la honra de ofreceros vuestra revancha de ayer?

—¡Vive Dios! que me la debeis, marqués de Haudessac, contestó una voz grave.

—¡El bribon va á saquear á ese desgraciado! dijo Bassompierre para sí, y para tranquilizar su conciencia se sentó de modo que volviese la espalda al supuesto marqués para no poder verle siquiera.

—Diez doblones por la marquesa de Feria, dijo el rey apoyándose en el respaldo del asiento de la marquesa.

—Diez doblones por el conde de Basompierre, contestó una mujer jóven y encantadora, que se inclinó graciosamente sobre el sillon del embajador.

Bassompierre se volvió y saludó cortesmente, mientras que la marquesa de Feria se inclinaba tambien

ante el rey, con la mejilla levemente teñida de carmin.

Fray Alvaro, de pié á poca distancia de allí, fijaba en el rey y en la marquesa una mirada profunda y brillante.

—A vos os toca marquesa, dijo Bassompierre, dándole el cubilete con galante ademan.

La marquesa, con gracioso embarazo, lleno de coquetería, agitó el cubilete y echó diez.

Bassompierre echó doce.

—Ya veis, señora, dijo Felipe IV, de cuán poco sirve tener de su parte al rey.

—¡Perdone V. M.! replicó la jóven con viveza, que entonces se defiende una pertinazmente. Tripliquemos, conde de Bassompierre.

—Tripliquemos marquesa: doce.

—Aguardad: ¡doce!

—¡Ah! ¡ah! no cedéis fácilmente la victoria, marquesa. Doce otra vez.

—Decididamente, señora, dijo el rey, no se debe jugar contra Francia.

—Mantengámonos firmes, señor, ¡nueve!

—Ya os habia advertido, marquesa, dijo Bassompierre, que tengo la manó desgraciada para mis contrarios.

En aquel momento, en el extremo opuesto de la régia estancia se levantó un jugador exclamando:

—Es imposible ganar á este hombre?

—¡Vuestro desquite, conde! replica el acento gascon que ya se habia oido anteriormente.

Bassompierre se levantó y se dirigió al jugador incomodado.

—Conde de Olivares, dijo en alta voz, ¿quereis que os indique el medio que empleaba en Francia el mariscal Chatillon para disipar su mal humor cuando perdía jugando con el rey Enrique IV?

—Indicádmele, porque siempre pierdo.

—No pudiendo desahogar su cólera con el rey, y sintiendo, empero, gran necesidad de expansion, Chatillon bajaba á los jardines, y agarrándose á un árbol con ambas manos, le sacudía violentamente durante cinco minutos, lo cual le restituía su serenidad. Probad.

—Muchas gracias.

Bassompierre, aprovechando el movimiento que reinaba ya entre la multitud cortesana, se acercó al rey y le dijo en voz baja:

—Vamos, señor, ¿no halaga á ese corazon español la idea de la aventura?

—¡Silencio! dijo el rey mirando aterrado en torno suyo.

—¡Ah, señor, si yo fuese rey de Castilla!....

—¡No, no, nunca me atreveré!...

—¡La noche estará tan oscura, y yo aguardaría á

V. M. en la puertecita de los jardines con tan anchurosa capa!...

—¡Nos están mirando, conde de Bassompierre!

—Señor, me avisará V. M. con una frase cualquiera: por ejemplo, para hacer que concluya esta reunión, que amenaza prolongarse demasiado, diga V. M. en alta voz dentro de un momento, que se siente indispuesto. Yo sabré entonces lo que eso significa.

—¡Es imposible, no, no.... imposible!

—Vamos, marquesa, dijo Bassompierre acercándose de nuevo á la mesa de juego, os debo vuestro desquite, y S. M. se digna jugar un momento por mí contra vos. Sería experiencia curiosa, ver si teneis buena suerte contra S. M.

—Estoy á las órdenes del rey, contestó la marquesa inclinándose profundamente.

—Con mucho gusto, señora, dijo el rey sentándose enfrente de la marquesa, visiblemente turbado.

Bassompierre cruzó el salón.

—Marqués de Haudessac, dijo, ¿podeis escucharme un momento?

—Sí por cierto, señor conde, contestó el gascon con familiaridad.

—Dejad los naipes á uno de esos señores, pues solo tengo que hablaros breves palabras.

Haudessac guardó en sus bolsillos el monton de doblones que tenia delante de sí, cedió su sitio con

suma cortesanía á uno de los magnates que le rodeaban, y se reunió con Bassompierre.

—¡Escucha, tuno! dijo el embajador.

—Humilia V. E. á la nobleza francesa.

—Te necesito.

Ya lo habia yo previsto.

—Reunirás á tus lacayos, y os ireis todos á la puerta de Fuencarral, primer balcon de la derecha. Búscale bien.

—Le encontraré.

—Te establecerás allí con tu gente y darás la serenata mas ruidosa que se haya oido en tiempo alguno. ¿Tienes cantores en tu servidumbre?

—Y de voz muy agradable, por cierto.

—Cantad desaforadamente, hasta tanto que hayais hecho salir á los habitantes de la casa.

—¿Para qué es todo ese ruido, señor conde?

—Canta, marqués, y no hagas preguntas indiscretas que no tolero. Tengo fundados motivos para creer que caerá sobre vosotros, espada en mano, un hidalgo quisquilloso y violento. Contesta como es debido y que haya estrepitoso choque de aceros.

—¿Habremos de dejar fuera de combate á ese hombre?

—¡No por cierto, guárdate de matarle! Pero defende tu pellejo, tambien, porque será muy posible que vuelva á necesitarte.

—¿Habré de marchar inmediatamente?

—No, anda todavía un rato alrededor de las mesas, sin jugar, para que no te vean salir en seguida que concluyas de hablar con migo, y aun si quieres, puedes hacer visible alarde de tu independencia con alguna frase oportuna y propia de la clase á que aparentas pertenecer con tu título de marqués.

—¿Ha dicho V. E., puerta de Fuencarral, primer balcon de la derecha?

—Sí, ahora vete de mi lado.

El marqués marchó con perfecto desembarazo y donaire.

—¿Se atreverá el rey? pensó Bassompierre. Si retrocede, se pierde todo.

—V. M. está distraído y á la verdad que me facilita el ganar, decia la marquesa de Feria.

—No por cierto, señora, contestó el rey muy turbado, cual si despertase sobresaltado.

—¡Tiembla! ¿será mio, por fin? decia Bassompierre para sí observando á Felipe IV.

—¡Perder con todos! ¡es una mala suerte decidida! exclamaba en otro lado el conde de Olivares, levantándose por segunda vez de la mesa de juego.

Entonces se oyó la voz clara y sonora del marqués de Haudessac que decia:

—¡Pardiez! conde, creo que este es el momento

mas á propósito para bajar al jardín y sacudir los árboles.

Dió en seguida media vuelta y desapareció entre la multitud.

El rey se levantó de improviso, poniéndose muy encarnado.

—Padre Alvaro, dijo á su preceptor que estaba cerca de él, me siento indispueto.

—El rey está indispueto, señores, dijo el fraile en alta voz.

—¡Entonces, todo va bien! pensó Bassompierre.

Todos se habian levantado, y en un momento quedaron vacías las habitaciones del rey.

Bassompierre se acercó á Felipe IV, le saludó profundamente y salió.

—¿Qué siente V. M.? preguntaba el fraile agitando con solícito cuidado en torno del rey. Pronto, que avisen á los médicos de cámara.

—Es inútil, dijo el rey; abrid esa ventana, solo necesito tomar un poco el aire. Se me ha subido la sangre á la cabeza con el calor. No es cosa de cuidado.

Y el rey paseaba por la estancia, haciéndose aire con su pañuelo, mientras el fraile abria precipitadamente las ventanas.

—Gracias, padre Alvaro, dijo el rey, me siento mejor. Podeis retiraros.

—¡Dejar solo á V. M. en ese estado!

—Lo deseo así, buenas noches, no tengais inquietud alguna.

—Seria preciso que V. M. me lo mandase de un modo terminante....

—Sí, padre, os lo mando.

El fraile besó la mano del rey, y se retiró silencioso.

Felipe IV se acercó á una ventana y apoyó los codos en el antepecho, sujetándose la frente con las manos.

Debajo de él se estendian los jardines del Buen-Retiro, llenos de sombra y de frescura. Las ramas de los elevados árboles se inclinaban ante la brisa, y las hojas se estremecian con voluptuoso susurro. Mas allá brillaba una multitud de luces fijas ó movibles: era Madrid con sus ventanas y sus carruajes que corrian por la noche á llevar á sus dueños en busca de los placeres ó del sueño. El movimiento del dia concluía de espirar en un rumor sordo y lejano.

El joven monarca, inclinado sobre aquella noche misteriosa, se sentia por vez primera arrebatado en alas de la ilusion, y escuchaba en su alma, con una mezcla de embriaguez y de espanto, ese llamamiento tan delicioso y tan nuevo de la juventud. Hacia un momento que se hallaba sumido en tan deliciosa inquietud, cuando una campana de algun lejano monasterio resonó de improviso en medio del silencioso, lla-

mando sin duda á los religiosos á alguna oracion nocturna.

El rey se estremeció y se alejó bruscamente de la ventana. La campana continuó tañendo lentamente: Felipe IV, con la frente inclinada, escuchaba tembloroso aquellos ecos piadosos que parecian bajar sobre su cabeza para verter en ella la paz y serena calma habitual. Cuando cesó de oirse el grave sonido de la campana, el rey se dejó caer en un sitial, y quedó sepultado en profunda meditacion. Al cabo de un momento se levantó, pasó una mano por su frente como para apartar alguna idea que le asediara pertinazmente, y se dirigió con lentitud, no sin lanzar hondo suspiro, hácia la puerta de sus habitaciones interiores, para librarse de la turbacion que le causaba aquella velada solitaria y consagrarse al habitual reposo.

Pero de improviso resonó al pié de palacio el alegre rasguear de una guitarra, haciendo llegar sus armoniosos acordes al jardin, las castañuelas mezclaron su provocativo repiqueteo con una voz sonora y vibrante que lanzaba al viento enamoradas coplas. Eran unos estudiantes que regresaban del campo en direccion al jardin, dejando en pos de sí un eco de juventud y de alegría.

El rey quedó largo tiempo escuchando el canto y la música que se perdian en lontananza; se acercó gradualmente á la ventana como para escuchar las

últimas notas y volvió á apoyarse en el antepecho.

Al cabo de un momento se enderezó, miró hacia afuera, en donde todo estaba oscuro y tranquilo, se dirigió á una puerta situada en frente de aquella por donde estuvo próximo á retirarse, se caló precipitadamente el sombrero á los ojos y huyó por una escalera secreta.

Atravesó el parque, llegó á una puerta pequeña, la abrió, temblando como las hojas en los árboles, y se encontró en frente de un embozado que solo le dijo al oído estas palabras: «¡Viva el rey!» echándole una ancha capa sobre los hombros.



Algunos nois y volvió a apoyarse en el antepecho. Al cabo de un momento se enderezó; miró hacia afuera, en donde todo estaba oscuro y tranquilo, se dirigió a una puerta situada en frente de aquella por donde estuvo próximo a retirarse, se caló precipitadamente el sombrero a los ojos y huyó por una escalera secreta.

VII.

Atravesó el parque a una puerta pedregosa, la abrió, temblando como las hojas en los árboles, y se encontró en frente de un embudo que solo le dijo el oído estas palabras: «Viva el rey!» echándole una ancha capa sobre los hombros.

Volviendo entonces la espalda al Buen-Retiro, Bassompierre y el rey bajaron rápidamente por la pendiente de la colina en que estaba situado el alcázar, dirigiéndose hacia la ciudad. Esta solo se hallaba separada de palacio por el hermoso paseo del Prado de San Fermin, situado entre las puertas de Alcalá y de Atocha.

Presentáronse en esta última. Dos soldados se paseaban con la pica al hombro, dos veteranos de aquellos famosos tercios del Duque de Alva y de don Lope de Figueroa, de quienes dice Bossuet al hablar de Rocroy: «Quedaba aun aquella infantería temible

del ejército de España, cuyos crecidos y compactos batallones, semejantes á otras tantas torres que hubiesen podido reparar sus brechas, permanecían inalterables en medio de todos los demás combatientes derrotados y dispersos y vomitaban por todas partes torrentes de fuego.»

El rey, al pasar por delante de los centinelas, se habia ruborizado bajo su ancho castoñero. Apretó el paso y entró con su acompañante en la calle de San Gerónimo.

Eran mas de las doce. Algunos transeuntes, en muy escaso número, embozados en sus capas se deslizaban rápidamente á lo largo de las casas. Las calles estaban oscuras. La ciencia de los faroles se practicaba muy poco en aquel tiempo. Aunque la monarquía española se hallaba á la sazón en todo su esplendor, por la noche apenas se veía en las calles de su capital. Por lo demás, en aquella época toda Europa estaba indignamente alumbrada.

Era el tiempo en que las calles de París pertenecían á los ladrones, desde las seis de la tarde en adelante; cuando, segun se vé por los registros del parlamento, el *Guet de Paris* solo se componia de cuarenta y cinco hombres mal pagados, y que ni aun hacian servicio. Era, sobre poco mas ó menos, el tiempo en que Corneille escribia en su comedia *La Galeria de Palacio*, representada en 1634.

«Tres rateros á quienes he encontrado hácia la mitad del puente, todos con espada en mano, han querido acorralarme, y á no ser por algunos amigos que me han auxiliado, acaso hubiese sido inútil mi resistencia.»

Bajo este punto de vista, Madrid se hallaba en la misma situacion que París, y la Santa Hermandad nada tenia que echar en cara al *Guet*.

Cuando Bassompierre y el rey hubieron andado algun tiempo apresuradamente y con el mayor silencio, Bassompierre se detuvo, diciendo:

—Respiremos un poco, señor. Si continuamos caminando con este paso precipitado y ruidoso, el solo resonar de nuestras espuelas, bastará para despertar á los alguaciles.

—Conde, dijo el rey con voz muy conmovida, ¿creeis que nadie nos haya conocido ni seguido?

—¡Eh! Señor, repuso Bassompierre parándose delante del rey y riendo, ¡qué trágico y encubierto va V. M.! Por mi alma que cualquiera tomaria al mancebo mas apuesto y galan de Castilla por el severo rey don Pedro el Justiciero cuando decia á su bufon con tono siniestro: «Cada vez que me hagas reir, te darán cien escudos; pero si hasta dentro de un mes no me he reido, te arrancarán los dientes.» ¡La espada algo mas rabbitiesa, señor! ¡ese sombrero menos calado á los ojos! Felicito á V. M., porque ese traje de aventu-

ras le está á las mil maravillas. ¿Qué podemos temer? Madrid está harto dormido para ocuparse de nuestros asuntos.

—¿Qué hora es? preguntó el rey.

—La una de la mañana, señor, contestó Bassompierre.

—¡La una! murmuró el rey.

—¿Es la vez primera que V. M. visita su capital á tales horas? Pues bien: miradla, señor, desde lo alto de la cuesta en que ahora nos encontramos. Ved, los que mas han retrasado su descanso apagan ya sus lucés. Apenas se percibe sobre tal ó cual tejado alguna ténue claridad. ¿Qué hacen los que á su luz están velando? Apostemos, señor, á que serán algunos escriptorcillos de bohardilla que están compilando con deliciosa fruicion la crónica de D. Pelayo, pobres diablos que encargan á sus lectores el cuidado de dormir por ellos, y que así pueden pasar sin acostarse. Allá abajo, en medio de aquella sombra densa, corre tranquilo el Manzanares. ¡Duerme en paz, Madrid! el rey de las Españas vela esta noche tu reposo. ¿No es hermoso este espectáculo, señor? ¿No vale tanto, por lo menos, como el sueño mas curioso que pudiera tener V. M. en este momento en el fondo de la alcoba de Felipe II? Es la hora en que se levanta la gente misteriosa de la noche.

En el fondo de una calle oscura se oyó á lo lejos

el sonido dulce y armonioso de una guitarra.

—¿Qué es eso? preguntó el rey.

—Una serenata que da uno de vuestros vasallos á su amada. Señor, á estas horas, los maridos duermen y los amantes velan.

—A la verdad que no será fácil oír á ese; apenas se atreve á tocar las cuerdas.

—¡Oh! las mujeres tienen el sueño tan ligero como el corazón.

Permanecieron un momento inmóviles, escuchando silenciosos aquel llamamiento tímido.

—¡Es delicioso! dijo el rey. ¿Dónde estamos ahora, conde?

—Cerca de la puerta de Fuencarral, señor. Dirijámonos por este lado.

—¿Cómo conocéis tan bien las calles de Madrid?

—Estuve ya en él hace unos diez años, cuando tenía próximamente la edad de V. M. Algunas veces me pierdo de día, pero nunca me sucede eso por la noche, porque entonces paseaba mucho las calles á estas horas.

Cruzaron unas cuantas calles, luego una plazuela, y por fin llegaron junto á la puerta de Fuencarral.

Bassompierre se dirigió de manera que quedase la puerta á su derecha, para orientarse con arreglo á las indicaciones que le habia hecho el conde de Saldaña.

—Ya estamos en el terreno, dijo para sí; la puerta

de Fuencarral está ahí, y el primer balcon de la derecha es este. Bien; entonces en esta casa es en donde vive la hermosa Mariana. El marqués y sus criados no parecen todavía; pero imagino que no pueden estar lejos.

—Conde, ¡viene gente! dijo el rey precipitadamente.

Cinco ó seis embozados desembocaron, en efecto, por una de las calles laterales. El rey habia inclinado hácia adelante el ala de su sombrero, y se habia subido el embozo hasta los ojos.

—¡Alejémonos! dijo en voz baja.

—No tan pronto, señor, contestó Bassompierre, porque esos hombres creerian que les teníamos miedo. Sin duda es mi gente, pensó; mantengámonos en las cercanías, y aguardemos los acontecimientos.

Se alejaron lentamente por una calle inmediata.

Los recién llegados se posesionaron de la especie de plazoleta que habia en frente de la casa de Doña Mariana de Córdoba.

—¡Alto! dijo el de la capa mas larga.

Todo el grupo se detuvo con una precision militar.

Esa claridad ténue que arrojan las estrellas, y que en otro tiempo hizo que el Cid descubriese á los moros en el momento en que desembarcaban en la playa de Valencia, iluminó vagamente en la sombra unas fisonomías poco españolas, rostros burlones y

audaces, que indudablemente habian venido del lado opuesto de los Pirineos.

El jefe se separó del grupo y paseó su mirada en torno suyo.

—Puerta de Fuencarral, dijo para sí, ya estamos en ella. El primer balcon á la derecha, héle ahí. Aquí es el punto señalado. Recapitulemos primero nuestras instrucciones, porque se trata de no hacer la menor necedad. Obligar á salir de la casa á un hidalgo furibundo, y armar cierto estrépito de choque de aceros; pero sin matar á nadie. ¡Diablo! ¿cómo hemos de concluir entonces? He olvidado preguntarlo. ¡Sin matar á nadie! A propósito: ¿y si sale una dama gozosa y dispuesta á enternecerse, qué habré de hacer? ¡A la verdad que son instrucciones bien pensadas! Si todo se hace así en la diplomacia, no me estraña la mala inteligencia que suele haber en los tratados. Pero eso no es cuenta mia: me han encargado una serenata ruidosa, y la tendrán. Lléveme el diablo si adivino lo que quiere conseguir el señor de Bassompierre, con ese modo de proceder.

Adelantó algunos pasos hácia su gente.

—Vamos, dijo, colocaos en frente de ese balcon, templad las vihuelas y lanzad vuestra voz al viento.

Abriéronse por delante las capas y salieron cinco guitarras de debajo de los embozos.

—Atencion y voz sonora, si gustais.

Entonces es tal ó un coro formidable en medio del silencio de la noche.

Hubo una pausa despues de la primera copla, y se oyó perderse el eco en una multitud de direcciones, por todas las calles adyacentes. Nadie se movió en la casa.

—Que sueño tienen tan pesado, dijo el marqués con voz serena. Vaya la segunda estrofa y hagamos un esfuerzo mas con los pulmones.

Y comenzó de nuevo el terrible quinteto.

—Creo que se han movido por ahí dentro, dijo el director de orquesta. Repetir el estribillo con estrépito.

Entonces se abrió bruscamente la puerta de la casa, y apareció un hombre entre dos criados que llevaban teas encendidas.

—¡Ah! dijo el marqués para sí, ¡ese es el hombre!

El hermano de Mariana, D. Hernando de Córdova, de pié en el umbral de la puerta, preguntó con voz clara y fuerte:

—¿Os dirigís á esta casa?

—Puerta de Fuencarral, primer balcon de la derecha; no puede ser sino aquí, contestó el marqués con sangre fria.

—¿Qué quereis? repuso Hernando con acento imperioso y breve.

—¿Va ahora á entablar un diálogo? dijo el marqués para sí.

Y por única contestacion hizo un gesto enérgico á su gente, que entonó con mas fuerza que nunca el estribillo de la cancion, cubriendo, como el ruido de un redoble de tambores, toda tentativa de interrogatorio.

Una voz de mando rápida, «¡espada en mano!» dominó aquel ruido, y D. Hernando, seguido de sus dos criados, se arrojó sobre los músicos. Entonces comenzó un estrépito de armas terrible, mezclado con el chisporroteo de las teas que los criados agitaban con la mano izquierda, mientras que con la derecha repartian tajos y mandobles.

Bassompierre y el rey aparecieron de nuevo repentinamente junto á la puerta de Fuencarral.

—¡Un combate! exclamó Bassompierre. Pronto, señor, desenvainad la espada.

—¿Qué estais diciendo?... repuso el rey con ansiedad; ¡semejante escándalo!.. Huyamos, Bassompierre!

—Señor, ¿quereis dejar que en presencia vuestra se degüellen vuestros súbditos?...

Y Bassompierre, desenvainando ruidosamente su espada, marchó en derechura hácia los que peleaban.

—¡Seis contra tres! ¡es una villanía! gritó. ¡Por aquí, caballero, por aquí! añadió volviéndose hácia el rey.

Ya no le era dado á Felipe IV vacilar. Decidiéndose valerosamente, echó al aire su tizona y siguió á su compañero.

—¿Qué gente es esta? dijo el marqués para sí al verlos llegar.

Una ventana se abrió bruscamente, se asomó una cabeza de mujer, se oyó un grito, y la ventana volvió á cerrarse precipitadamente.

—¡Ah! pensó el marqués, ¡esa debe ser la mujer!

Bassompierre y el rey se habian puesto de parte de Hernando de Córdova.

—Adelante, caballero, decia Bassompierre, el buen derecho está de esta parte, puesto que es el mas débil.

—Gracias por el auxilio, señores, decia D. Hernando.

El combate se hizo mas vivo.

—¡Vamos, tuno, fuera de aquí! dijo Bassompierre manejando la espada con una mano y quitándose con la otra el sombrero de modo que le conociesen.

—¡El conde de Bassompierre! ¡murmuró el marqués! ¡muy bien! ya comienzo á comprender.

Y volviéndose hácia los suyos, dijo:

—¡Huyamos!

Los cinco artistas echaron á correr á un tiempo.

—¡Cobardes! gritó D. Hernando, y se lanzó á per-

seguirlos seguido de sus lacayos. Todos desaparecieron en un momento por las calles circunvecinas.

El rey y Bassompierre habian quedado solos en el sitio del combate. El rey envainó su espada, diciendo con semblante sério:

—¡Esto es una locura, conde!

—¡Locura bastante pintoresca, señor! contestó Bassompierre, riendo con su alegría comunicativa.

—Todo Madrid va á despertar, replicó Felipe IV, sintiendo que se desvanecía su gravedad. Vámonos, conde.

—¡Ocultarnos de ese modo á la gratitud de ese buen hidalgo, señor! Eso no debe hacerse. Le pertenecemos en este momento por el favor que le hemos dispensado.

—¿Pensais lo que decís?

¿Qué teme V. M.? D. Felipe IV será por esta noche el caballero de Auney, francés jóven y noble que viaja para instruirse. Atencion, caballero, que ya vuelve nuestro hombre.

En efecto, Hernando de Córdoba entraba de nuevo en la plazoleta con sus criados.

—Qué tal, caballero, dijo Bassompierre, ¿habeis alcanzado á los fugitivos?

—Es imposible, dijo D. Hernando, no saben mas que insultar y desaparecer en seguida, desvaneciéndose como el humo. ¡Vergüenza y maldicion! añadió,

UNA AVENTURA DE FELIPE IV.



El conde de Bassompierre.

tirando al suelo su espada con ademán violento. No faltaba mas que esta villanía postrera.

—En efecto, esos hombres no me parecen muy valientes, dijo Bassompierre.

—No se trata ahora de esos miserables rufianes, recogidos sin duda en las callejuelas y encrucijadas, y que insultan ó asesinan por cuenta de quén les paga, sino de la mano que les pone en movimiento.

—¿Habeis conocido á alguno de ellos? dijo Bassompierre.

—No, contestó D. Hernando; pero solo hay un hombre en Madrid que pueda hacer insulten mi casa. Entre ese hombre y yo hay una afrenta que exige ser lavada con sangre. El cobarde ha huido, y ahora, desde el fondo de su guarida me hace ultrajar esta noche por esos truanes. ¡Pero ya llegará el momento de la venganza!

—¿Por qué no os dirigís al rey si teneis que quejaros de algunos de sus vasallos? dijo Felipe IV.

—El rey, caballero, dijo D. Hernando, no puede trasponer las fronteras de su reino sino al frente de sus ejércitos, y no creo que me dispense la honra de tomarse tanto interés por mis asuntos.

—¡El rey ampara á los que reclaman su proteccion! dijo el monarca con grave acerto.

—¡En efecto! repuso D. Hernando con voz sorda y contenida.

—¿Lo dudais? preguntó Felipe IV con altivez.

—Caballero, el rey de España duerme tranquilamente en su palacio en este momento, dijo Bassompierre. No le despertemos.

Felipe IV se repuso, y dijo sonriendo.

—Es verdad.

—Hé aquí un hermano que no me parece muy fácil de manejar, pensaba Bassompierre mientras examinaba el rostro iracundo y violento de D. Hernando. Va á ser muy desagradable tener que habérselas aquí con él.

—Pero, perdonad, señores, exclamó D. Hernando descubriéndose cortesmente; la cólera me hace olvidar la gratitud que os debo. ¿A quién he merecido tan singular favor?

—¿Acaso merece eso la pena de llamarlo favor? exclamó Bassompierre, y designando en seguida al rey, dijo: El caballero de Auney, noble francés que viaja para instruirse, y el conde de Bassompierre, añadió inclinándose.

—¿El conde de Bassompierre? ¿el embajador de Francia? preguntó con viveza D. Hernando.

—El mismo, que se felicita en extremo de haber podido servir de algo, en los primeros días de su llegada, á tan noble hidalgo.

—¡Perez! ¡Antonio! gritó D. Hernando, alumbrad á sus señorías. Espero que el señor conde de Bassom-

pierre y el caballero de Auney me dispensarán la honra de descansar un momento, con arreglo á la costumbre española, en la casa que han hecho respetar.

—¡Vamos! pensaba Bassompierre, ¿lograré por fin mi objeto?

—Es tarde, caballero, dijo el rey vacilando.

—Tanto mas cortés será así la hospitalidad, repuso Bassompierre; entremos, caballero.

Hernando de Córdova se detuvo en el umbral de la puerta y se inclinó diciendo:

—Bien venidos seais en mi casa, señores.

—Salud al hogar de nuestro huésped, contestó Bassompierre, entrando el primero para poner término á toda vacilacion.

El rey le siguió cejijunto y grave.

—Que avisen á doña Mariana que el conde de Bassompierre está en mi casa, dijo D. Hernando.

—¡Por fin vamos á verla! pensó Bassompierre. Este es el momento de la crisis. ¡Oh! Mahoma, te he traído al rey Católico, al hijo de Felipe III, que se apoderó de tus mezquitas, expulsó á tu raza, y destruyó todo tu paraíso español. ¡Oh, Mahoma! ¡véngate, haz que sea muy hermosa la mora convertida!

El rey, obligado á permanecer con la cabeza descubierta, se habia sentado de modo que la luz no le diese en el rostro, por temor de que le conociesen. Su gravedad se habia convertido en malestar. Era

evidente que, en concepto suyo, la aventura se prolongaba demasiado, y trasponia todos los límites de la prudencia y aun del placer.

Bassompierre examinaba las paredes de la estancia en que se veían colgados arcos y aljabas indias, largas flechas con plumas, hachas de armas de piedra, y culebras disecadas.

—¡Dios mio! dijo, ¿que es todo eso, caballero? ¿sois algo nigromántico?

—Son cosas mejicanas que he traído de las Indias, en donde he sido conquistador, dijo don Hernando.

Alzó un vaso, que acababa de llenar de esquisito vino, y dijo:

—Señores, despues del choque de las espadas, ¡el de los vasos! es la hospitalidad del soldado.

—Sea como querais, señor capitan, contestó Bassompierre vaciando con desenvoltura el vaso que le presentaban.

El rey apenas llegó el suyo á los lábios, inclinándose silenciosamente.

—A propósito, caballero, dijo Bassompierre procurando ganar tiempo, puesto que habeis ido á esas Indias casi fabulosas, y sobre todo, puesto que habeis vuelto, ¿tendreis á bien contarnos algo de allá? Siempre me ha gustado ese género de narraciones.

—El señor de Bassompierre olvida que la hora es muy avanzada, dijo el rey.

En aquel momento se abrió una puerta y apareció doña Mariana.

Sorprendida en su sueño por los sucesos de la noche, y llamada de improviso para presentarse ante los dos estraños, se habia envuelto apresuradamente en largos ropajes de cachemira y de flotante muselina blanca. Aquel traje casi morisco, improvisado por la casualidad de la noche, hacia que su figura árabe conservase todo su carácter. Sus ojos negros tenian un brillo singular. Alta y esbelta, con el semblante sério y grave, caminando con su largo ropage que le arrastraba por detrás, se inclinó profundamente ante los huéspedes de su hermano, y se sentó silenciosa.

Su belleza era estraordinaria. Bassompierre, no obstante las afirmaciones del conde de Saldaña, no esperaba quedar tan deslumbrado. Comprendia fácilmente en aquel momento la apasionada abnegacion con que el conde se habia arrojado entre tal víctima y la proscripcion terrible que pesaba sobre su raza entera, el celoso cuidado con que se le habia llevado y ocultado en aquel barrio solitario de Madrid; su furor y desesperacion al saber el inesperado escándalo que habia destrozado su felicidad; su vacilacion cruel para alejarse, aun despues de aquella traicion; toda la perturbacion, en fin, que debiera introducir en su alma aquella pasion ultrajada y que á pesar de todo

sobrevivia bajo el desprecio y la cólera. Quanto en sus versos habian dicho los poetas de Castilla y de Granada acerca de la belleza de las moriscas, belleza que tanto ha inspirado á las imaginaciones españolas, y que se apoderó por entero, en muchas ocasiones, del alma de los cristianos mas fervorosos, todas esas imágenes, todas esas ficciones poéticas le parecian realizarse en el precioso tipo que tenia ante su vista. Acostumbrado á la risueña frivolidad de las parisien- ses, no podia considerar sin turbacion aquella gracia misteriosa, aquella frente grave en que parecian re- velarse la fuerza que se contiene, la pasion que se domina, y la tristeza de la proscripcion.

Dirigió su vista al rey para examinar la impresion que en él producía la jóven.

Felipe IV, de pié, inmóvil, contemplaba á la jó- ven, en mudo éxtasis.

—¡Mi hermana, señores! habia dicho D. Hernan- do; y añadió, designando á Bassompierre y al rey:—El señor embajador de Francia y el caballero de Auney, que me han prestado el auxilio de sus espadas para hacer respetar nuestra casa.

—Permitidme, señores, que una la humilde espre- sion de mi gratitud á la de mi hermano, dijo Maria- na inclinándose con gravedad.

—Al caballero y á mí, señora, dijo Bassompierre, solo nos resta abrigar un deseo, y es el de que en lo

sucesivo no hayamos de deber solo á la casualidad la honra de servirlos.

—Entonces acepto inmediatamente la bondadosa oferta que nos haceis, caballero, dijo Hernando; dentro de dos dias marchó á Francia y os pediré que merecomendeis á las personas que gustéis en vuestro pais.

Mariana miró á su hermano y palideció de un modo visible, no obstante el mucho dominio que ejercia sobre sí misma.

—¿Vais á Francia señor capitan? ¡y tan pronto! dijo Bassompierre. Os ruego dispongais de mí como mejor os parezca; me felicitaré en extremo de poder corresponder allende los Pirineos á la hospitalidad que hoy recibo en España.

Y Bassompierre, añadió para sí:

—¡Cómo! ¿se vá? ¡magnífico! ¡Tendré de valde un viaje que hubiera yo costado muy gustoso!

—Si señor, repuso D. Hernando, con una violencia de soldado mal contenida, tengo que vengar una de esas injurias que solo se lavan con sangre, y mi enemigo está en Francia!

Una mirada altiva y suplicante á la vez de su hermana detuvo las palabras en sus labios.

—Si os dignais permitirlo, repuso, tendré la honra de presentarme mañana en vuestra casa y esponeiros el género de favores que exigiré de vuestra cortesanía en Francia.

—Pues, bien, id á verme mañana, dijo Bassompierre; vivo en el palacio de Medina-Sidonia.

—Gracias señor conde, contestó D. Hernando.

—Nos vemos precisados á recordar, señora, dijo Bassompierre inclinándose, que la merced de ser recibidos en vuestra casa la debemos á la circunstancia de haber impedido que turbasen vuestro reposo: así pues, esto nos pone en el caso de no turbarle tampoco, nosotros, por mas tiempo.

—El señor Bassompierre no recuerda, dijo el rey con timidez, que habia manifestado á nuestro huésped el deseo de oir alguna narracion referente á las Indias.

Bassompierre no pudo menos de sonreir al ver aquella tentativa que hacia Felipe IV para retrasar el momento de la marcha.

—Como hemos de ver nuevamente á nuestro huésped, contestó, no hacemos sino aplazar la ocasion de que se sirva satisfacer nuestra curiosidad.

En seguida, empleando las mismas palabras que pronunciara el rey pocos momentos antes, añadió:

—Pero el caballero Auney olvida que la hora es muy avanzada.

El rey se inclinó fijando una mirada profunda en Mariana, quien á su vez parecia que le miraba, hacia un momento, con cierta sorpresa.

—¡Perez, Antonio! gritó Hernando, acompañad y alumbrad á estos señores hasta sus casas.

El rey hizo un movimiento de inquietud.

—Os damos las mas espresivas gracias, capitan, dijo Bassompierre, pero nos basta la claridad de la luna y nos agrada enestremo ir de incógnito por las calles.

—¡Dios sea con vosotros, señores! dijo D. Hernando.

Y la puerta de la casa volvió á cerrarse.

—¡Dios mio! ¡cuán hermosa es esa mujer! dijo el rey despues de haber caminado algun tiempo en el mas profundo silencio.

—Es la criatura mas estraordinaria que he llegado á ver en Francia, en Alemania y en Italia, contestó Bassompierre. ¿No la habia visto aun V. M. en Madrid?

—No, nunca la he visto, contestó Felipe IV que estaba lejos de haber conocido en ella á la mujer que se arrojara á sus plantas, algunos dias antes, en medio de la procesion que regresaba del convento de las Descalzas, pues la turba-cion que le causó aquel incidente estraordinario, le privó de fijar su atencion en las facciones de la afligida jóven.

—¡Magnífico! decia Bassompierre para sí, libre ya del temor de que la conociese, y continuó caminando silencioso al lado del rey, dejando hábilmente que este se aislase en su pensamiento.

Volvieron á bajar por la calle de San Gerónimo, pasaron por la puerta de Atocha sin que el rey repa-

rased en los centinelas que tanto cuidado le inspiraran á la ida, y se dirigieron al Retiro.

—¡Ya hemos llegado! dijo Bassompierre deteniéndose delante de la puertecita por donde habian salido.

—¡Tan pronto! exclamó el rey cual si despertase de un sueño.

—Vamos, señor, preguntó Bassompierre entreabriendo la puerta, ¿qué tal le ha parecido á V. M. su capital por la noche.

—¡Oh, mucho mas agradable que por el dia! contestó Felipe IV deslizándose furtivamente á los jardines.

VIII.

Al día siguiente, cerca de las doce, se hallaba Bassompierre solo en una habitación del palacio de Medina-Sidonia, acabando de almorzar. Hallábase envuelto en una magnífica bata de seda y oro, regalo que en el momento de su partida le había hecho el regimiento de guardias suizas de Francia, del que era coronel-general.

Anunció un ughier al capitán D. Hernando de Córdova, y poco después entró este.

—Ante todo, señor capitán, ¿habeis almorzado? preguntó Bassompierre, con su aspecto risueño y franco. Os advierto que en mi casa, cuando estoy á

la mesa, solo alrededor de esta hay sillas para sentarse.

—Os doy gracias, contestó Hernando, he almorzado.

—Ayer me dijisteis que teniais graves disgustos, ¿sereis acaso de esos hombres melancólicos que no comen?

—Todo lo contrario, dijo Hernando; cuando necesito tener el brazo firme para vengar una injuria, es cuando mas cuido de mi persona.

—Haceis muy bien, repuso Bassompierre. Sentaos ahí, capitán, y contadme vuestras cuitas. ¿Me habeis dicho que marchais á Francia?

—Mañana mismo, y vengo á pedir os vuestra proteccion para mi viaje por estrañas tierras.

—Contad con ella en un todo, ya os lo he dicho: en Francia, lo mismo que en España, me teneis á vuestra disposicion. ¿En qué puedo servir os?

—Tengo un enemigo que, despues de haberme ultrajado, se ha fugado á Francia, y voy á perseguirle. Pero el reino de Francia es muy estenso. ¿Cómo podré encontrarle? Para eso vengo á rogar os que me ayudeis.

—¿Tan grave es el asunto? dijo Bassompierre con la mayor naturalidad.

—Es una cuestion de honra, dijo Hernando, y he creido que el señor conde de Bassompierre no se negaria á ayudar á un soldado á vengar su honor.

—¡Y habeis andado acertado, por vida mia! Mi nombre, mis amigos, la policía francesa, si quereis todo lo pongo á vuestra disposicion. Pero, decidme, cuando hayais encontrado vuestro enemigo ¿qué intentais hacer?

—¡Matarle! contestó Hernando friamente.

—Muy bien, dijo Bassompierre. Asi, pues, ¿se trata de un combate á muerte entre vos y él?

—Uno de los dos, tan solo, habrá de pasar los Pirineos para volver aquí.

—¡Hablais como el Cid! dijo Bassompierre. ¡Diablo! dijo para sí, no puedo enviar á este loco furioso á que asesine en Bayona á mi amigo Saldaña! Seria una manera singular de arreglar aqui sus negocios.—Escuchad, caballero, repuso en voz alta: estoy dispuesto á ayudaros con todo mi poder, pero impongo una condicion,

—¿Cuál es?

—Que si por las pesquisas de mis amigos ó por las vuestras lograis encontrar en Francia á vuestro enemigo, el ataque ha de ser siempre con entera lealtad.

—Soy noble y español, contestó Hernando con altivez.

—Es que el orgullo y el deseo de venganza pudieran cegaros, contestó Bassompierre riendo.

—Solo os diré, caballero, que voy á Francia á vengar mi honor, y no á mancillarle.

—Estoy plenamente persuadido de ello, dijo Bassompierre, y por lo tanto, queda convenido. Os daré cartas de recomendacion muy espresivas.

Y añadió mentalmente:

—Dirigiendo sus pesquisas por la parte de Lyon, y estando Saldaña en Bayona, la policía hace muy bien estas cosas... Muy desgraciado y torpe habré de ser para que logren encontrarse.

—¿Cómo podré agradeceros cuanto por mí os dignais hacer?

—Haber desenvainado un momento la espada en obsequio vuestro, y luego escribir algunas cartas, á la verdad que es poca cosa, dijo Bassompierre. Quisiera poderos manifestar de un modo mas formal cuánto me intereso por vos. Veamos, sois jóven, y valiente: esas ideas de venganza no pueden absorber por sí solas todas vuestras esperanzas para el porvenir. ¿Nada deseais fuera de esa preocupacion funesta? El hecho de dispensar un favor cualquiera dá el derecho de prestar otros servicios, y os advierto que soy muy exigente en mi anhelo de complacer á mis amigos.

—Señor conde, la rábia se ha apoderado por completo de mi corazon, contestó Hernando, y no está mi cabeza en estos momentos para dedicarse á pensamiento alguno de ambicion. Al volver de Méjico, en donde he estado guerreando durante seis años, ignoraba la afrenta que en España habian hecho á mi

honra; entonces pensaba solicitar de S. M. el mando de una compañía en su ejército de Flandes. Pero hoy no pienso ya en esos proyectos.

—¿Por qué? ¿quereis que os ayude á la vez en España y en Francia? En rigor, pensó Bassompierre, le debo una compensacion en todo este negocio.

—¡El porvenir! dijo Hernando con tono sombrío: ¿á qué pensar en él? ¿Quien sabe, siquiera, si volveré de ese viaje?

—¡Sí que volvereis, vive Dios! exclamó Bassompierre. Tengo respecto de vos los mejores presentimientos. No sé por qué, pero me parece que vais á tener buena estrella.

—¡El momento no es muy á propósito para verla, señor conde! dijo Hernando con sordo acento.

—Acaso os equivocais, capitan. Por ejemplo, esa compañía cuyo mando anhelábais conseguir, estoy seguro de que la obtendriais pidiéndola de un modo conveniente. ¡Oh! pero para eso no deberíais hablar demasiado de venganza y de muerte, ni caer, reparando cuchilladas, sobre los pobres músicos que van á dar serenatas, ni lanzarse al otro lado de los Pirineos como un tigre sediento de sangre. Ese valor rudo y feroz, excelente para convertir á los mejicanos, creo que no seria muy del caso en Madrid, en la ocasion presente. El rey actual promete ser un monarca amable y bondadoso, que dará á sus contemporáneos un

reinado delicioso. A Dios gracias, no es uno de esos fantasmas sombríos que vagan entre los sepulcros del Escorial. Para agradar á la nueva corte, creo que valdrán mas los semblantes francos y risueños, que los ceñudos y sombríos. Al fin, la vida es cosa deliciosa. Solo se trata de saber aprovechar las circunstancias favorables.

—¿Por qué me hablais de ese modo, señor conde? dijo Hernando con cierta sorpresa.

—No hago mas que daros un simple consejo, caballero, nada mas, dijo Bassompierre. Acabais de llegar de las Indias, y acaso no sepais todavía cómo nos hallamos en vuestro país. A propósito de las Indias, ¿habreis vuelto de ellas cargado de oro y de perlas como tantos otros?

—Ayer visteis en mi casa, señor conde, casi todo lo que he traído, papagayos y serpientes disecadas. Añadid algunas bagatelas como esta, y sabreis ya cual ha sido el resultado de mi expedición de seis años.

Hernando sacó de debajo de su capa algunos objetos de oro, de forma singular, que colocó sobre la mesa.

—¿Qué es esto? preguntó Bassompierre examinando con curiosidad una barra de oro con brazos retorcidos.

—Es la prenda mas importante del traje de las mujeres nobles de la provincia de Pupayan: la barra se sujeta alrededor de la cintura, y los dos brazos man-

tienen altos los pechos, lo cual es el signo de la aristocracia en aquellos países.

—Entonces es un corsé, dijo Bassompierre. Pardiez, capitán, vais á dejarme esto, á fin de que pueda llevar á las damas de París un corsé de Popayan. ¿Qué pensabais hacer con él?

—Venderle á los judíos de Madrid.

—Pues bien, concededme la preferencia. ¿Cuanto vale?

—Doscientos pesos fuertes es lo que pesa.

—Añadiremos otro tanto por la singularidad de la moda. Os los voy á contar.

—Siento en el alma no haber regresado de América bastante rico para poderos regalar esta curiosidad, dijo Hernando. Pero necesito dinero para mi expedición á Francia.

—Tomad, dijo Bassompierre entregándole la cantidad en doblones de oro, y todavía os robo como un judío usurero, porque vuestra albaja ha de procurarme en Francia un éxito prodigioso. Pero, dididme, en esa provincia de Popaya, las mujeres deben hallarse espuestas á cie. tos atentados con estos corsés.

—Felizmente para ellas, dijo Hernando con gravedad, tienen para defenderlas hermanos ó maridos que descuartizan y desuellan los cadáveres de sus enemigos, y los conservan bien preparados, de pa-

dres á hijos, en sus chozas. Eso hace reflexionar un poco.

—En cuanto á esa moda me parece inútil llevarla á París, dijo Bassompierre riendo.

Y añadió mentalmente:

—¡Este domador de Mejicanos habla de ello con una sangre fría que hace erizar los cabellos! ¡Con tal que no vaya á Francia á desollar y á descuartizar así á mi amigo Saldaña!... Es hombre á quien habrá que vigilar de cerca. Vamos, capitán, repuso en alta voz, queda convenido: voy á preparar vuestras cartas de recomendacion para mis amigos de Francia, y esta noche, si quereis, podeis venir á buscarlas.

—Os doy mil gracias, contestó Hernando retirándose.

Bassompierre se recostó en un ancho camapé.

—Toda precaucion será poca para con este árabe con bigotes de indio, dijo. Su presencia va á ser muy incómoda en Francia, mientras que su ausencia será muy favorable en Madrid. ¿Cómo se ha de evitar un encuentro desagradable en Francia? Si Saldaña llega á sospechar, siquiera, que por allá le busca una espada, en su furor altivo es capaz de lanzarse por su parte á una persecucion no menos encarnizada, y entonces, ¿cómo impedir un combate feroz y sangriento?

En aquel momento se presentó en la puerta de la estancia un lacayo, y dijo:

—Señor, ahí está una dama encubierta que solicita hablar con V. E.

—¡Una dama encubierta! dijo Bassompierre. Que entre. ¿Quién podrá ser?

IX

IX.

Entró una mujer jóven con la cara completamente cubierta con tupido velo.

—¿Está solo el señor de Bassompierre? preguntó sin descubrirse.

—Completamente solo, señora, y á vuestra disposicion en un todo, contestó Bassompierre inclinándose con respetuosa galantería.

La jóven se alzó el velo.

—¡Doña Mariana de Córdova! exclamó Bassompierre al conocer el divino rostro de la hermana de don Hernando.

La jóven morisca estaba muy pálida y conmovi-

da, no obstante la energía febril que brillaba en sus grandes ojos negros. Bassompierre la condujo á un camapé, la hizo sentar, y se mantuvo de pié delante de ella águardando á que se repusiera de su turbacion, y contemplándola con muda admiracion.

—¿Os sorprende mucho verme, caballero? dijo esforzándose para sonreir.

—De ningun modo, señora, porque esperaba que os dignarais considerar como muy sincero el deseo que manifesté ayer noche, en presencia vuestra, de no deber solo á la casualidad, en lo sucesivo, la honra de serviros.

—Pues bien, ya lo veis, caballero, me dirijo á vos, desde luego, con entera confianza.

—Creed, señora, que la confianza de las damas españolas será, en concepto mio, la gloria mas dulce y grata que pueda procurarme mi embajada.

—Señor de Bassompierre, dijo la jóven despues de un momento de vacilacion, ¿se ha presentado hoy mi hermano en vuestra casa?

—Sí señora.

—¿Venia á pediros recomendacion y auxilio para Francia?

—Se los he prometido con toda mi alma, y me felicito de poderos renovar esa seguridad.

—¿Y qué auxilios habeis prometido á mi hermano? preguntó Mariana con ansiedad.

—Puede decirse que le he abierto un crédito casi limitado, contestó Bassompierre sonriendo.

—¡Oh, auxilios para derramar sangre! exclamó la jóven, tornándose aun mas pálida.

—No señora, no, vuestro hermano no corre peligro alguno, os lo juro.

—¡No me engañeis! mi hermano os ha hablado de un enemigo á quien vá á buscar, á quien quiere matar. ¡Es un viaje que no tiene mas objeto que el de derramar sangre, lo sé!

—En efecto, se trata de una cosa por ese estilo, y confieso que, no obstante mis promesas, abrigaba en mi mente la intencion caritativa de no ayudar con mucha eficacia á vuestro hermano en Francia, para evitar en lo posible ese encuentro; pero puesto que tambien vos, señora, anhelais tan enérgicamente que se lleve á cabo la venganza...

—¡Yo! exclamó Mariana; pero ¿no veis que le amo?

—¿Que le amais, señora? ¿á quién?

—Al hombre á quien mi hermano quiere dar muerte.

—¡Diablo, esto sí que es fatal! pensó Bassompierre.

—¿Comprendeis ahora mi desesperacion, prosiguió la jóven, al oir hablar de la brusca partida de mi hermano? ¿al saber que el mismo embajador de Francia se ofrecia para dirigir su venganza y su odio? ¿No

veis que he venido á imploraros para que lo eviteis, caballero?

—¡Ah! señora, eso es diametralmente opuesto á lo que vuestro hermano me pedia. ¡Cómo! ¿amais á ese enemigo contra quien tan violentamente encolerizado está D. Hernando?

—¡Sí, le amo!

—¿Pero no os ha ofendido mortalmente?

—Le amo.

—Entonces, ¿qué me decian del rencor de las damas españolas? ¡Cómo! ¿no es cierto cuanto se dice en el extranjero de los resentimientos terribles, de las venganzas implacables, de los puñales ocultos de las mujeres de España?

La jóven se arrojó á los piés de Bassompierre con un ímpetu de pasion irresistible, diciendo:

—¡Le amo, señor conde, y os imploro!

—¡Levantaos, señora, por favor! dijo Bassompierre obligándola á sentarse. Estoy dispuesto á servirlos, hablad: ¿qué quereis que haga?

—¡Impedir á toda costa que se verifique ese encuentro en Francia! dijo con exaltacion. Quanto habeis prometido hacer para facilitarle, prometedme, juradme hacerlo para imposibilitarle.

—¡Lo prometo y lo juro, señora! No está ahí la dificultad, pensó Bassompierre.

—¿Y qué hareis para eso, caballero? decídmelo,

ya veis mi inquietud.

—¿Qué haré? dijo Bassompierre algo turbado en el orden de sus proyectos por la inesperada declaracion de aquella pasion tan vehemente. ¿Quereis permitirme que os haga una pregunta?

—Ya os escucho, caballero.

—Dispensad, os lo ruego, la indiscrecion de la pregunta, pero es un dato indispensable. Los recursos de vuestro hermano, ¿le permiten que viaje durante mucho tiempo por el extranjero?

—¿Por qué me preguntais eso?

—Porque entonces, sin gran inconveniente, podríamos enviarle un poco hácia el Norte, y en seguida hacerle describir grandes círculos, cuidando de mantener siempre á su enemigo en el centro.

—¿De modo que no puedan encontrarse en manera alguna?

—Justamente. Pero para eso, señora, es preciso que os pregunte todavía otro dato, muy indiscreto tambien, pero no menos indispensable.

—¿Cuál es, caballero? repuso la jóven con inquietud.

—El nombre... de ese enemigo de vuestro hermano.

—¿Su nombre? dijo, y su pálido rostro se coloreó súbitamente.

—Quisiera, señora, que ese dato no fuese tan ne-

cesario; pero ya comprendereis que para enviar á Francia instrucciones acerca de un hombre, es de absoluta precision designarle por su nombre. Aquí, dijo Bassompierre para sí, me parece oportuno tirar un poco al degüello á mi amigo Saldaña.

—El conde de Saldaña, contestó Mariana, logrando por fin dominar su turbacion.

Bassompierre hizo un ademan de sorpresa y de espanto.

—¡El conde de Saldaña! exclamó.

—¿Le conoceis?

—Personalmente, no; pero ¿quién no ha oido hablar del conde de Saldaña? Cómo, ¡el terrible conde que se complace en jugar con el honor de las mujeres, con la vida de los maridos y de los padres de familia! ¡á quien, segun dicen, persiguen por toda España tantas maldiciones y puñales! ¡á quien la inquisicion hubiera arrojado ya veinte veces á un calabozo ó á una hoguera, si no se hallase protegido contra la moral pública por una fortuna insolente!—¡El poder otorgado á mi favor es general para decir cuanto quiera! pensó Bassompierre, enjugándose la frente con su pañuelo despues de pronunciar esta peroracion violenta.

Mariana se habia incorporado en su asiento, con el semblante escesivamente pálido.

—¡Cómo, prosiguió Bassompierre paseando agitado

por la estancia, el conde de Saldaña! ¿pues no hablan en Madrid de una jóven desgraciada, de maravillosa belleza, á quien ese conde infame acaba de engañar tambien villanamente, y que la infeliz, en su desesperacion, se ha arrojado á los piés del rey, pidiendo venganza? ¿No dicen que el rey en su indignacion y en su recta justicia, ha mandado al conde que se case con ella, sino quiere sufrir todo el peso de su resentimiento, y que Saldaña, cometiendo una villanía doble y postrera, la ha abandonado vergonzosamente para huir?

—¡Soy yo, caballero! dijo Mariana alzándose eriguida y pálida con la sublime dignidad de la pasion atrevida y valiente.

—¡Vos, señora! exclamó Bassompierre retrocediendo con una espresion de sorpresa admirablemente fingida. ¡Cómo, jóven desventurada, noble y hermosa criatura! ¿habeis caido tambien en las redes de ese hombre temible? ¡Ángel que ruega todavia por su vida, ángel cuyo amor sin esperanza, ciego, insensato, se ocupa todavía en salvarle!

—¡Sí, le amo, caballero, y olvidais que os lo he dicho!

—Pero decidme, desgraciada niña, ¿qué esperais de semejante amor?

—¡Mi muerte, no la suya!

—Entonces, ¿por qué os arrojásteis á las plantas

del rey? ¿por qué pedisteis públicamente proteccion y justicia contra el conde?

—Solo un hombre, dijo la jóven con voz sorda, tiene derecho para exigirme que le revele ese secreto de mi conducta, y mi mayor desesperacion consiste en que no le sepa.

—¡Noble criatura, sí, el rey os protegerá! Contad con la proteccion de vuestro soberano.

—¡Ya veis, señor conde, que la vuestra es la que imploro. ¡Si llegase á correr la sangre entre mi hermano y el conde, me moriria de pesadumbre!

—Por esa parte no tengais inquietud alguna. Os he prometido hacer que sea imposible lleguen á encontrarse, y podeis con ar con el cumplimiento de mi promesa.

—Pero mi hermano marcha mañana, y atravesará toda España con la rapidez que presta la cólera.

—Confiadme francamente todos vuestros intereses, que no os arrepentireis de mi manera de arreglarlos.

—¡Oh, sois noble y bueno! gracias, caballero, dijo tendiéndole la mano, llena de gratitud.

—¿Me permitireis, señora, dijo Bassompierre con tono de profundo respeto, muy propio para alejar toda idea alarmante de galantería, que vaya algunas veces á llevaros noticias de Francia?

—Id cuando gustéis, caballero, dijo Mariana con efusion, que siempre sereis recibido como un salvador.

—Como un amigo que es lo único que ambiciono. ¿Me permitiréis tambien, señora, que lleve algunas veces en mi compañía á mi jóven amigo el caballero de Auney, que rara vez se separa de mí, cuya familia es muy poderosa en Francia, y que, sin llegar á saber lo mas mínimo de vuestras penas, podrá sernos muy útil?

—¿El caballero de Auney? dijo Mariana; ¿no es aquel jóven que estaba con vos ayer noche?

—Justamente.

—¿Es francés ese jóven? dijo, fijando en Bassompierre una mirada en que se percibia cierta desconfianza despertada de improviso.

—¿Por qué me haceis esa pregunta, señora? preguntó Bassompierre, contestando á aquella mirada profunda con otra llena de serenidad y de aparente buena fé.

—Me habia sorprendido, dijo Mariana, la semejanza de ese jóven con nuestro rey don Felipe IV.

—En efecto, dijo Bassompierre, desde que estamos en Madrid, esa semejanza bastante singular, por cierto, ha llamado ya la atencion de varias personas. Pero no creo, añadió riendo, que entre en los hábitos del rey de España, educado en la manera que lo ha sido, escaparse á las doce de la noche para correr por las calles de Madrid y hacer respetar con espada en mano el sueño de sus lindas vasallas.

—¡Oh, no! dijo Mariana, sonriendo á pesar suyo al oir tan donosa ocurrencia. Llevadme, pues, cuanto antes, señor conde, las noticias de Francia: en cuanto á vuestros amigos, siempre serán bien recibidos en mi casa.

La jóven se echó el velo á la cara, y Bassompierre, manteniéndose en la actitud de la cortesanía mas respetuosa, la acompañó hasta la puerta con la mayor circunspeccion.

Cuando volvió á su cuarto, comenzó á pasear con agitacion.

—¡Diablo, diablo! dijo para sí; hé ahí un obstáculo en el cual no habia yo pensado, y que podrá trastornar todos mis planes. ¡Ese Saldaña embrolla demasiado sus asuntos tambien! Hacerse amar con tal frenesí, ¡qué torpeza! ¿Cómo he de poder obrar con estas dificultades imprevistas?.... ¡Bah! diez y siete años y un corazon de mujer por una parte; diez y siete años y una corona real por otra... y entrada franca en la casa... No hay que desesperar, ¡vive el cielo!

—¿Quién vá? gritó al oir un ruido de pasos y de espuelas en la galería inmediata.

La fisonomía impasible y burlona del marqués de Haudessac apareció en la puerta.

—¡Ah, sois vos, marqués! Entrad, dijo Bassompierre.

Miguel de Gasuña, marqués de Haudessac, se presentó. Bassompierre pudo ver, en el zaguan de su casa, á los lacayos del marqués, que estaban de pié, de gran librea, y con mucha gravedad, como conviene á criados de buena casa. El marqués cerró en pos de sí la puerta del cuarto.

—Venia, dijo, con la gravedad que habia intentado pintar en su fisonomía gascona, á preguntar á V. E. si quedó satisfecha de la ejecucion de la serenata.

Bassompierre se echó á reir con la alegría que le era habitual.

—Sí, sí, dijo, haceis muy bien las cosas, señor marqués, y ahora estoy dispuesto á dar acerca de vos los mejores informes. Pero entendámonos bien, añadió Bassompierre con mas gravedad: ¿supongo que á nadie conocerías?

—Señor conde, contestó con gravedad el marqués; conozco á casi todas las personas de alguna importancia en Madrid, pero en circunstancias de ese género, á nadie he conocido en tiempo alguno; he si lo ciego y mudo.

—Muy bien.

—¿Tiene V. E. algunas otras instrucciones que darme.

—No... ¡Ah, sí por cierto! exclamó Bassompierre, y no podias haber llegado mas á tiempo. A la verdad

que casi llego á creer que adivinas mis pensamientos antes de que se me ocurran. Siéntate y escucha. Hay un español que marcha mañana á Francia: es preciso que no llegue á pisar su suelo.

—Es muy fácil, dijo el marqués.

—¿Cómo?

—Enfermará en el camino.

—¡Envenenarle!

—¡Oh! no por cierto; solo los indios envenenan sus flechas, ¡pero los cristianos!....

—¿Una puñalada? dijo Bassompierre. Alto ahí, si gustas; puedo hacer sufrir retrasos á los viajeros, pero no los asesino.

—Solo el puñal asesina, señor conde, pero la espada no, por más que digan los edictos.

—Ni puñal, ni espada en todo esto, ¿lo entiendes?

—Entonces se interesa V. E. por ese viajero?

—Mucho, solo que no ha de entrar en Francia.

—En ese caso, desde mitad de camino se le puede hacer regresar precipitadamente á Madrid, por medio de noticias importantes que le sean participadas con la debida oportunidad.

—¡Tampoco! dijo Bassompierre; necesito que permanezca ausente de Madrid durante algun tiempo. No ha de trasponer los Pirineos, ni volver.

—Ya lo entiendo, dijo el marqués, es preciso que permanezca estacionado. Muy bien. Solo haré á V. E.

una pregunta ¿lleva mucho oro ese español?

Bassompierre volvió á reirse.

—¡Ja, ja! dijo, ya vuelves á tu sistema predilecto. Corriente, si lleva mucho oro ese hidalgo, lo ignoro. Lo único que sé es que acaba de llegar de América.

—Perfectamente.

—Asi, pues, te encargas de ese negocio. Pero entendámonos; si entra en Francia, si vuelve á Madrid antes de quince dias, si sufre la menor herida, te hago responsable de todo.

—Queda convenido, señor conde.

—Lo demás es cuenta tuya.

—Seria necesario que viese yo una vez la fisonomía de ese español antes de su marcha.

—Le conoces, es el hombre ante cuya casa diste la serenata anoche.

—¿Entonces me autoriza V. E. para que lo conozca? dijo el marqués.

—Sí.

—Basta. ¿Cuándo se marcha?

—Mañana. Esta noche tiene que venir á buscar cartas de recomendacion para Francia. Entra en mi casa detrás de él, te daré datos exactos acerca de la hora de su salida y del camino que ha de llevar, y además podrás ver una vez mas su rostro, lo cual será útil para evitar equivocaciones.

—Esta noche tendré la honra de venir á tomar las últimas instrucciones de V. E., dijo el marqués, inclinándose profundamente.

Sus catorce lacayos se levantaron en cuanto le vieron, y salieron detrás de él con mucha compostura y buen aire.

Por la noche, el hermano de Mariana fué á buscar las cartas de recomendacion. El marqués, que habia entrado detrás de él, se sentó en un sillón con el sombrero calado hasta los ojos. Pronto volvió á pasar D. Hernando por delante de él, acompañado de Bassompierre, que le deseaba buen viaje.

—Ya le has visto, dijo Bassompierre, reuniéndose con el marqués. Se llama D. Hernando de Córdova, sale mañana al amanecer, y vá por Cabanillas, Aranda, Búrgos, Miranda y Tolosa á Bayona.

—Esta noche tendré la honra de venir á tomar las últimas instrucciones de V. E., dijo el marqués, inclinándose profundamente. Sus estorces faciosos se levantaron en cuanto le vieron, y salieron detrás de él con mucha corpulencia y buen aire.

Por la noche, el hermano de Mariana fué á buscar las cartas de recomendación. El marqués, que habia estado detrás de él, se sentó en un sillón con el sombrero calado hasta los ojos. Pronto volvió á pasar D. Hernando por delante de él, acompañado de Bassompierre, que le desechaba puñaladas. —Ya le has visto, dijo Bassompierre, reuniéndose con el marqués. Se llama D. Hernando de Córdova, sale mañana al amanecer, y va por Capatzen, Arce.

En la mañana siguiente á su paseo nocturno, Felipe IV, contra sus hábitos madrugadores y estudiosos, se habia levantado muy tarde. Su preceptor fray Alvaro se habia presentado ya dos ó tres veces en la puerta de su cámara, habia escuchado, sin oír ruido alguno en el interior, y se habia retirado algun tanto alarmado. Recordarán nuestros lectores que el rey, para poner término á la recepcion de la víspera y conquistar mas temprano su libertad, de que debia hacer uso por vez primera, anunció en alta voz que se sentía indispuerto, y se retiró á su cámara, despidiendo hasta á su mismo preceptor. Aquella tardanza en

levantarse aumentaba la inquietud del fraile. Iban á dar ya las doce, y fray Alvaro, no pudiendo ya contenerse, entreabrió con precaucion la puerta del régio aposento y entró de puntillas.

El jóven rey estaba asomado á un balcon que daba á los jardines, con una toquilla de terciopelo en la cabeza, y con la mejilla apoyada en una mano, en actitud meditabunda. Ante su vista se estendia á lo lejos la coronada villa de Madrid, en donde su pensamiento vagaba procurando encontrar el camino que sus plantas recorrieran durante la noche enterior.

El corazón de un jóven, ya sea este un rey ó un simple estudiante, hace resonar irresistiblemente su primera aventura; así como su paso hace resonar con estrépito sus primeras espuelas. La mirada generalmente grave y triste de Felipe IV, brillaba llena de juventud y de noble orgullo.

Fray Alvaro se habia acercado con precaucion al balcon en que se hallaba el rey.

—¿Está vuestra majestad indispuerto todavia? dijo con esa voz quejumbrosa con que las madres interrogan á sus hijos enfermos?

El rey, que hallándose sepultado en su meditacion, no habia oído bien la pregunta del fraile, se volvió con viveza, y al ver el rostro consternado y compungido de su preceptor, prorumpió en una ruidosa carcajada.

El fraile retrocedió dos pasos y se detuvo con la vista fija.

—Vamos, ¿qué teneis? preguntó el rey, cuya alegría se acrecentó al ver aquel estupor.

El fraile, como cortesano consumado, arregló su semblante á las circunstancias y se rió tambien.

—Veo con sumo placer, dijo, que la indisposicion de vuestra majestad...

—¿Qué indisposicion? dijo el rey, que ya no recordaba su inocente mentira de la víspera.

—¡Quiera el cielo que nuestro soberano las tenga iguales todas las noches, dijo fray Alvaro, si las consecuencias han de ser al dia siguiente, como sucede hoy, esas mejillas sonrosadas y ese humor alegre y risueño!

—El príncipe comprendió que manifestaba estar demasiado bueno, despues de la supuesta indisposicion de la víspera, y recobró su gravedad casi con la misma rapidez que el fraile habia perdido la suya. Sentó en un sitio junto al balcon, y guardó silencio, permaneciendo su preceptor, segun costumbre, de pie junto á él.

—Pero por mas esfuerzos que hizo Felipe IV para recobrar la habitual impasibilidad de su semblante, la alegría de sus nuevos pensamientos era mas fuerte que su voluntad, y el fraile que le examinaba atentamente observaba con sorpresa aquella agitacion

desusada. Despues de algunos instantes de silencio, el rey dijo con tono formal:

—Padre, tengo que haceros una reconvencion.

—¿A mí, señor? dijo el preceptor, quien algunas veces las habia hecho, pero nunca las habia recibido de su discípulo.

—Habeis descuidado en mí una parte importante de la educacion de adorno.

—¿Cuál, señor?

—La música.

El fraile no pudo contestar. Quedó mirando al rey con ansiedad. Indudablemente, si el sombrío retrato de Felipe II que estaba colgado en la pared se hubiese desprendido repentinamente del lienzo y hubiera bajado á bailar una zarabanda en medio del cuarto, no habria quedado mas sorprendido fray Alvaro. El tono grave y reflexivo con que el rey habia pronunciado aquella palabra inesperada, formaba con ella un contraste tan singular, que la sorpresa del fraile se convirtió poco á poco en consternacion. Pensó que el desgraciado príncipe se hallaba acometido por alguna enagenacion mental, y viéndole sepultado de nuevo en su rara meditacion, se alejó sin ruido y alzando las manos al cielo. Al salir del cuarto del rey entró precipitadamente en la biblioteca de palacio, alargó la mano hácia unos tomos voluminosos colgados en los estantes, cogió uno y quedó absorto en pro-

fundas reflexiones.

—Ayer noche, indisposicion repentina, decia para sí, y hoy por la mañana mejillas frescas y ojos brillantes; diez y siete años de una educacion severa, casi solemne, y de improviso, en esos lábios, mudos hasta ahora para todo género de diversiones, la palabra música. Entre tantos reyes como han ocupado sucesivamente el trono de España, ¿ha habido casos de aberracion mental? Busquemos en estas crónicas, que no siendo el mal hereditario...

En aquel momento cruzó por la biblioteca la marquesa de Feria, que salia de las habitaciones de la reina madre, de quien era primera dama de honor. Vió al preceptor del rey, con la crónica de los monarcas de España abierta delante de sí, y la frente seria y pálida.

—Perdonad, si turbo vuestra meditacion, padre, le dijo; ignoraba que estuviéseis aquí.

Fray Alvaro alzó la cabeza.

—¡La marquesa de Feria! dijo. Teneis muy risueño el semblante, señora.

—Y vos muy sério, padre.

—¿De qué procede vuestra alegría, hija mia?

—De una gracia que me ha concedido el rey hoy mismo con la mas bondadosa cortesania.

—¡El rey! dijo el fraile; pues ¿en dónde le habeis visto hoy?

—En el cuarto de la reina; y S. M. estaba de tan buen humor, que juzgué muy oportuna la ocasión para solicitar una gracia que há mucho tiempo desea un tío mio residente en Búrgos.

—¿Y el rey la ha concedido?

—Al momento, y en unos términos que convierten esa gracia en un verdadero triunfo para nuestra casa.

A medida que hablaba la marquesa, la frente del preceptor se desarrugaba de un modo singular, y su mano arrojaba al estante el tomo en folio de las crónicas españolas.

—Perdonad, señora, dijo; ¿pero á qué hora os concedió el rey esa gracia?

—Hará dos horas próximamente.

—¡Dos horas! ¿Entonces el rey había entrado en el cuarto de la reina antes de que yo fuese á su cámara? ¿entonces os había visto el rey, señora, antes de que yo le hablase?

Y una sonrisa de júbilo iluminó el semblante de fray Alvaro.

—¿Qué teneis? preguntó la marquesa, sorprendida al ver aquel cambio repentino.

—El loco era yo! dijo el fraile, respondiendo á su propio pensamiento. En efecto, siempre somos los locos nosotros los pobres pensadores, que pasamos nuestra vida abstraídos en nuestras cavilaciones. Cuando se produce en torno nuestro un hecho impre-

visto corremos á buscar su esplicacion en nuestros libros ó en nuestros sistemas, en vez de contentarnos con abrir los ojos y mirar. Sí, sin duda alguna, prosiguió, esa preocupacion singular y nueva en el rey, esa meditacion sin objeto, mezclada con una alegría sin causa aparente, desfallecimientos repentinos, una animacion desusada, la música mezclada con todo eso, tales son, segun dicen, los primeros sintomas de las pasiones que se despiertan. ¡Locura, pensaba yo! Amor, dirian los hombres menos perspicaces que frecuentan la sociedad. ¡Reios de mí, marquesa, porque buscaba en las crónicas de la monarquía española una esplicacion que se encuentra con mayor facilidad en vuestro rostro!

—¿En mi rostro, padre mio?

—Sí, en esa belleza soberana que enseña á un corazón de diez y siete años á suspirar dulcemente.

—¿Qué quereis decir? preguntó la marquesa ruborizándose.

—¡Oh, mujeres! ¡Criaturas temibles! dijo el fraile, á quienes basta una mirada, cuando ellas quieren, para turbar á los corazones menos preparados! ¡Esa gracia que el rey os ha concedido con tanto apresuramiento y placer; la meditacion singular y agradable que despues le he visto sumido, son señales visibles de vuestro poder é influencia, hija mia! ¿Qué otra mujer podria agitar aquí á ese corazón inesper-

to? Sois la luz radiante de este palacio.

—¿Olvidais, dijo la marquesa con sordo acento, que esta belleza, á la que tanto poder atribuíis, ha sido desdeñada fácilmente? Tanto poder y tanto desden, se avienen mal.

—¿Pensais aun en la tradicion del conde de Saldaña? dijo el fraile. Olvidadla, señora, hasta el día en que la venganza esté en vuestras manos.

—¡Olvidar!...dijo la marquesa, y se desprendieron dos lágrimas de sus ojos.

—¿Amais, acaso, todavia? dijo el fraile mirándola fijamente. Creí que la marquesa de Feria el orgullo herido ahogaba muy pronto á todos los demás sentimientos. ¿Me habré equivocado, señora?

—¿Acaso sé yo misma lo que pasa en mi corazon? dijo la marquesa. Mientras no logre humillar al hombre que me ha herido en mi orgullo y en mi amor, no podré saber si es ódio lo que siento.

—Ya os he dicho que llegará el momento de la venganza.

—¡Pero tener que aguardar! murmuró la marquesa.

—No habreis de aguardar mucho tiempo, dijo el fraile sonriendo; la gracia concedida tan bondadosamente á vuestro tío el de Burgos, me lo hace vaticinar. Enjugad pues, ese llanto, serenad vuestro corazon, y caminad con la sonrisa en los labios.

El fraile se alejó lentamente, mientras que la marquesa de Feria, para reponerse de su emocion, aspiraba la fresca brisa de los jardines por una ventana abierta.

En la tarde del mismo día paseaban por las alamedas del Buen Retiro el rey y Bassompierre. Felipe IV decia en voz baja:

—¿Sabeis quién es esa jóven, conde?

—Lo ignoro, señor, contestó el embajador. La casualidad fué la que nos condujo anoche á la puerta de su casa. Lo único que de ella sé, es que está dotada de maravillosa hermosura.

—¡Oh, sí, maravillosa! balbuceaba el rey con visible turbacion. Decidme, conde, ¿sabréis hallar su casa?

—No lo sé á punto fijo, señor. ¿Abrigaré V. M. el intento de volver allá?

Con vos, contestó el rey ruborizándose.

—Señor, dijo Bassompierre, estando abierta la puerta, mi mision concluye en los umbrales.

—Pero si me abandonais, ¿qué va á ser de mí?

—¡Cómo, señor! ¿sois rey de las Españas y necesitais del embajador de Francia para estipular un tratado español?

—¿Es eso cuanto el señor de Bassompierre se halla dispuesto á hacer por mí?

—¡Pero señor, si no teneis mas que volver!

—¡Volver! pues en eso estriba la dificultad precisamente, exclamó el príncipe. ¿Cómo se vuelve? —

—Señor, contestó Bassompierre, he visto volver de diferentes maneras. Unos vuelven por la puerta, otros por la ventana. Hay algunas comedias francesas en que se entra en la casa metido en la caja de un violon, y en España suele emplearse tambien como disfraz el hábito monástico.

—¡Oh, profanación! dijo Felipe IV escandalizado.

—¡Eh! señor, si siempre retrocedeis, no es esa la mejor manera para ir adelante.

—¡Conde, sois mi único recurso! dijo el rey con un movimiento de abandono que sentía por primera vez.

—¡Bueno, dijo Bassompierre para sí, ahora me llega una plenipotencia mas! Es la cuarta si no me equivoco:

Plenipotencia del rey de Francia;

De Saldaña;

De doña Mariana;

Del rey de España. —

¡Diantre! concluiré por convencerme de que tengo una figura muy á propósito para ser apoderado general de cuantos llegan á conocerme.

—Señor, repuso en alta voz, ¿me lo pedís con formalidad?

—¡No pido, sino que mando! dijo el rey cogiendo

gozoso una mano del embajador.

—¡Orden del rey! dijo Bassompierre inclinándose jovialmente; solo me resta obedecer.

—¡Oh, gracias!

—Entonces, queda convenido. El rey de España y de las Indias, se convierte definitivamente en el caballero de Auney, noble francés que viaja para instruirse.

—Sí, y me parece que sólo el oír ese nombre me da mas animacion y alegría. Pero callad! que viene allí fray Alvaro.

—Y Felipe IV, procuró recobrar su habitual espression de gravedad.

—¡Esto marcha! dijo Bassompierre para sí. Que el marqués mantenga á D. Hernando alejado de Madrid siquiera durante quince dias, y dentro de poco podré enviar buenas noticias á mi amigo el conde de Saldaña.

el marqués á Hernando que hacia limpiar y cuidar su caballo, escelente animal, lleno de fuerza y de brío. Hernando parecia ocuparse mucho menos de el mismo que de su cabalgadura.

El marqués echó pie á tierra y mandó en alta voz á su criado, con cierta ostentacion, que revoliese toda la posada; y aun en caso necesario todo el pueblo de Cabanillas, para procurarse buen almuerzo.

D. Hernando apenas volvió la cabeza para ver quien hablaba de aquel modo, tanto de soslayo al recién llegado, no le conoció, y fué á sentarse delante de la puerta serio y meditando.

Al cabo de una hora, habia logrado el posadero encontrar nuevos frescos en la poblacion, anunció á D. Hernando que estaba servido el almuerzo. El her-

D. Hernando habia salido de Madrid una hora despues de recibir las cartas de recomendacion de Basompierre. Iba á caballo como un soldado, con la maleta á la grupa y la espada ceñida, por el camino real de Madrid á Bayona.

Una hora mas tarde salia de Madrid por el mismo camino el marqués de Haudessac, igualmente á caballo, y seguido de uno de sus catorce lacayos.

Caminaron toda la noche sin encontrar á D. Hernando. Los caballos comenzaban á cansarse, y el marqués á sentir cierta inquietud. Cerca de las ocho de la mañana entraron en Cabanillas. En la posada vió

el marqués á Hernando que hacia limpiar y cuidar su caballo, escelente animal, lleno de fuerza y d brios. Hernando parecia ocuparse mucho menos de sí mismo que de su cabalgadura.

El marqués echó pié á tierra y mandó en alta voz á su criado, con cierta ostentacion, que revolviere toda la posada, y aun en caso necesario todo el pueblo de Cabanillas, para procurarse buen almuerzo. D. Hernando apenas volvió la cabeza para ver quien hablaba de aquel modo; miró de soslayo al recién llegado, no le conoció, y fué á sentare delante de la puerta sério y meditabundo.

Al cabo de una hora, habia logrado el posadero encontrar huevos frescos en la poblacion, anunció á D. Hernando que estaba servido el almuerzo. El hermano de Mariana se sentó en un extremo de la sala, mientras que el marqués se instalaba en el opuesto lado, comió sin pronunciar una palabra, como hombre que se ocupa tan solo de sus pensamientos, se levantó tan luego como hubo concluido; fué á ver á su caballo, y volvió á sentarse silenciosamente delante de la puerta.

— ¡Bueno! decia Haudessac para sí, ocupándose en estudiar al hombre sin aparentar que le miraba, es taciturno y no viaja por mero gusto, segun parece.

Cuando el fuerte calor del dia comenzó á ceder, D. Hernando mandó ensillar su caballo y volvió á po-

nerse en camino. Media hora mas tarde salió el marqués en seguimiento suyo.

Al cuarto dia estaban en Miranda. Desde Cabanillas, todas las tardes se habian encontrado en las mismas posadas; en Fresnillo de la Fuente, en Aranda, en Búrgos; el marqués llegaba invariablemente una hora despues que D. Hernando, y le encontraba siempre ocupándose de su caballo y cuidándose muy poco de sí mismo. En Búrgos, el marqués, al entrar en la posada, habia saludado á su taciturno compañero de vanguardia, pero sin dirigirle la palabra. Todavía no juzgaba bueno el sitio para entablar relaciones con D. Hernando, y para interrumpir su viaje aguardaba á que se hallasen próximamente á igual distancia de Madrid y de Bayona, de modo que despues de un desastre ocurrido á mitad de camino, fuese tan difícil retroceder como avanzar. Miranda le pareció que se hallaba bien situada para la realizacion de sus proyectos, y se dispuso á comenzar las hostilidades.

Habiéndose recomendado espresamente que tratase á D. Hernando con todas las consideraciones imaginables, examinó las provisiones de la posada, y estudió el pais bajo el punto de vista de las subsistencias para asegurarse así de que era posible permanecer en la poblacion sin que hubiese de padecer el estómago. Practicado ese reconocimiento, y tranquila ya su conciencia, se puso á cenar con el mayor sosiego

en un extremo de la sala común de la posada, mientras que Hernando hacia lo propio en el otro extremo.

La casualidad hizo que mientras estaban cenando ambos viajeros, los elementos se conjurasen también contra D. Hernando. El cielo se nubló y comenzó á llover á torrentes. Los dos habian concluido de cenar, y continuaba lloviendo. Era imposible pensar en marchar, pues la tormenta amenazaba prolongarse toda la noche.

D. Hernando parecía estar muy incomodado, y se paseaba por la sala con visibiles muestras de agitación y de cólera.

—¡Malísimo tiempo hace! dijo el marqués mirando por la ventana. Me parece que hay lluvia para toda la noche.

D. Hernando no contestó y siguió paseando. El marqués le imitó. Anduvieron así por la habitación, siguiendo dos líneas paralelas, durante largo rato, sin dirigirse una palabra, y parándose tan solo de vez en cuando para dirigir una mirada al cielo, cada vez mas borrascoso.

—Creo que al fin tenemos que resignarnos, dijo por fin el marqués dirigiéndose á su compañero de viaje. Hay que pasar la noche en Miranda.

—Mucho temo que así suceda, dijo D. Hernando con breve acento.

—El camino que venimos recorriendo hace cuatro dias, uno en pos de otro, dijo el marqués, indica que llevamos ambos el mismo rumbo: ¿vais tambien á Francia como yo?

—Sí señor, dijo Hernando.

—Pues bien: ya que los dos seguimos el mismo camino y nos dirijimos á un mismo punto, ¿no os parece oportuno que nos coaliguemos contra el enemigo comun, contra el fastidio de pasar una noche entera en una posada de Miranda?

D. Hernando era de carácter violento, pero nada melancólico. No tenia la costumbre de gemir y lamentar ante los obstáculos, sino que los atacaba de frente ó se sometia á ellos resueltamente. Disgustado al pronto al ver que aquel temporal retrasaba su viaje, tan luego como vió que era inevitable perder allí la noche, se decidió á sacar de esa circunstancia todo el partido posible.

—Corriente, dijo, préstemonos mútuo auxilio; pero, ¿qué podemos hacer aquí?

—¡Ola! ¡maese posadero! gritó el marqués, traednos una botella de vino de Alicante, que nos ayude á pasar el tiempo. Despachaos, si gustais, buen hombre.

Luego, volviéndose hácia D. Hernando, añadió:

—Soy francés, caballero, y puesto que vais á mi

país, deseo que la hospitalidad francesa os salga al encuentro hasta Miranda.

Destapó la botella que el posadero se había apresurado á llevarle, llenó dos vasos y saludando á Hernando cortesmente, dijo:

—¡A nuestro feliz encuentro!

—¡Dios os guarde! dijo Hernando saludando con gravedad.

Ambos viajeros estaban sentados.

—Buen vino y buena lluvia, ya es algo maese hostalero, prosiguió el maqués; pero aun no es suficiente para dos hidalgos que no son bastante borrachos para invertir la noche exclusivamente en beber, y que hace harto poco tiempo se conocen para poder pasar toda la noche de conversacion. ¿No tendreis dados ni naipes en Miranda.

—Perdone V. E., dijo el posadero con cierto énfasis: tengo un chaquete de Francia. ¿Os convendrá ese juego?

—Traedle pronto, dijo el marqués: ¿os agrada ese juego, caballero?

—Mucho que sí, dijo D. Hernando, quien siendo buen jugador como todos los militares de aquel tiempo, olvidaba ya su mal humor al ver que una noche de lluvia y de fastidio convertia en noche de diversion.

Muy bien, dijo el marqués haciendo saltar so-

bre el tablero de chaquete los peones y los dados, por mi fé que estamos aquí perfectamente para oír silbar el viento. Maese hostelero, colocad allí al otro extremo de la mesa dos botellas mas de ese buen vino, cerrad la puerta é idos á acostar, si gustais, que os deseamos muy buena noche. Ahora, caballero, apuremos otro vaso y tomad los dados. ¿Cuánto jugaremos?

—Fijad lo que gustéis, caballero, contestó Hernando, me someto á lo que pongais.

—Yo no, dijo el marqués; al verme cerca de la frontera de mi país, de donde salí hace muchos años, me siento de tan buen humor, que podria escederme de los límites de lo justo. Hablad, pues. ¿Supongo que no sereis tímido?

—No del todo, repuso D. Hernando riendo. Pondremos seis doblones; ¿os parece que es una puesta decente?

—Corriente, seis doblones, dijo el marqués para principiar es bastante.

Las doce monedas de oro se estendieron sobre el tapete.

—¡Atencion, dijo D. Hernando!

Y comenzó la partida.

El marqués comprendió muy luego que se las habia con un jugador furibundo y violento. Desde el momento en que los dados comenzaron á rodar, los

ojos de Hernando se animaron, se tornaron chispeantes, y ademanes rápidos y exclamaciones involuntarias reveleban en él diferentes emociones del juego. Apenas habian trascurido cinco minutos, y era evidente que ya no oia caer la lluvia. El marqués, por via de cebo, dejó con suma habilidad que su contrincente ganase la primera partida y luego la segunda.

—¡Pido la revancha! gritó el marqués, cual si se animase entonces para perseguir á la fortuna. ¡Diablo, señor hidalgo, qué mal parados me lleváis! Es preciso beber un poco para poderos hacer frente. ¡Brindo por la fortuna!

—¡Brindo por vuestra alegría! dijo D. Hernando apurando su vaso rápidamente y volviendo á coger en seguida el cubilete. ¿Cuánto quereis jugar?

—¡Perdonad! dijo el marqués, y desabrochándose un cinto de cuero que contenia su dinero, como jugador resuelto le colocó sobre la mesa cual si quisiera demostrar que queria ir hasta el fin, y que era adversario de buena presa.

D. Hernando, como hombre cortés y buen compañero, desabrochó tambien su cinto y le colocó así mismo sobre la mesa, preparado para hacer frente á su contrario, y no menos resuelto á llevar las cosas hasta el último extremo si así lo exigia la suerte.

Cada cinto contendria próximamente un centenar

de doblones en buen oro español.

—¡Diez doblones! dijo el marqués echándolos sobre la mesa.

—¡Presentes! contestó el soldado imitándole.

El marqués comenzó á emplear su juego acostumbrado, sin dejar de mostrar su buen humor y de lucir su conversacion jovial y agradable.

—¿Os proponeis ir á Francia en derechura, dijo, sin deteneros en el camino?

—Pienso ir en derechura al término de mi viaje, contestó D. Hernando, sin sospechar que en aquel mismo momento hacia un rodeo terrible.

—Yo, repuso el marqués, habré de detenerme aun en España durante quince dias no obstante mi vehementemente deseo de pisar el suelo pátrio, porque tengo que cumplir un voto que hice en otro tiempo.

—¿Un voto? dijo Hernando absorto en sus combinaciones.

—Si señor, un voto que hice al entrar en España y que deseo cumplir antes de salir de ella. Juré en otro tiempo que, si la fortuna me sonreia en este lado de los Pirineos, antes de volver á Francia, quemaria ante una imágen de Nuestra Señora de Guadalupe tantos cirios como años favorables hubiese contado durante mi estancia en España. Ahora bien, como soy hombre de palabra y buen cristiano, y como de los veinte años que he pasado en España, quince

han sido muy buenos para mí, resulta que á estas horas debo á la Virgen de Guadalupe quince cirios, es decir, quince dias de devocion, á cirio por dia.

—¿Y pagareis vuestra deuda? preguntó Hernando con tono distraido.

—Indudablemente, caballero, contestó el marqués con gravedad al oir aquella pregunta algo pagana y morisca! ¡Pagaré, aun con peligro de mi existencia, si es necesario, y aun cuando solo me quedasen esos quince dias de vida para regresar á mi patria! solo que, como en mi voto no fijé sitio para cumplirle, me queda entera libertad para escoger la iglesia, con tal que esta sea española. Por ejemplo, si el mal tiempo que hace esta noche durase quince dias, seria muy dueño de quemar aquí mis quince cirios, uno cada mañana al levantarme.

—¡Pido mi revancha! gritó Hernando, quien de prunto se encontró derrotado en medio de la conversacion del voto y de los cirios.

—Es cosa que á nadie he negado en tiempo alguno, y contestó el marqués con perfecta sangre fria. De seguro son mis cirios los que hacen me favorezca la suerte.

En efecto, esta habia cambiado por completo.

El velon de cobre que iluminaba la estancia daba una luz pálida y se hallaba próxima á apagarse. La noche estaba muy adelantada. Hernando, apoyado de

codos en la mesa y con las facciones contraídas, aventuraba con la rabia del jugador desesperado una partida postrera y suprema. Su cinto estaba vacío y todo el oro se hallaba amontonado delante de su adversario. Reinaba entre ambos contendientes un silencio terrible. De pronto se apagó el velon. Hernando dió un golpe furioso en la mesa, se levantó con violencia y llamó al posadero.

—Creo que esta es la señal para recogernos, dijo el marqués tranquilamente.

—¡Aguardad! gritó D. Hernando fuera de sí, y se precipitó á las habitaciones inmediatas.

El posadero dormia pacíficamente, cuando de improviso sintió que le sacudían con rudeza y oyó una voz que gritaba junto á su oído.

—¡Luz, luz!

Se tiró de la cama precipitadamente, creyendo que se habia prendido fuego á la casa. Hernando, sin darle tiempo para serenarse, le llevó apresuradamente á la sala gritándole que encendiese el velon. Entonces comprendió lo que le decían é hizo lo que exigían de él. Cuando hubo encendido la luz, vió el semblante pálido de uno de sus huéspedes, y la fisonomía impasible del otro.

—¡Déjanos! exclamó Hernando volviendo á sentarse junto á la mesa.

El posadero no dió lugar á que le repitiesen la

órden, porque el estado violento del jóven no parecía dispuesto á admitir réplicas.

—¿Segun eso, quereis continuar? dijo el marqués con voz serena.

—¡Mi revancha!

—Como gustéis, repuso Haudessac, y añadió mentalmente, mirando al cinto vació de su víctima: ¿Tendrá dinero todavía?

D. Hernando registró convulsivamente sus bolsillos, pero nada encontró ya en ellos.

—¡Mi caballo!

—Es verdad, pensó el marqués, ¡aun tiene su caballo y yo lo olvidaba!

En seguida añadió en alta voz:

—¿Vuestro caballo? corriente, caballero. ¿En cuánto le tasais?

—¿Le habeis visto? dijo Hernando con voz sorda.

—¡Hermoso animal por vida mia!

—Le taso en sesenta doblones, dijo el desgraciado, confiando, como todos los jugadores, en que lograría su desquite con un golpe desesperado.

—¿Con la facultad de llevármele en el acto si volveis á perder, caballero? preguntó el marqués.

—Sí señor.

A la verdad, dijo el marqués interiormente mien-

tras contaba los sesenta doblones sobre el tapete, que quitarle tan solo su dinero seria una necedad, porque podria marcharse á caballo. Por el contrario, cuando un hombre está á pié y tiene los bolsillos vacios, no puede pasar los Pirineos; y para volver á Madrid á pié se necesitan por lo menos quince dias que es justamente la ausencia que allí necesitan. Tomad el cubilete caballero, dijo á Hernando.

La partida duró una hora, ardiente y terrible por una parte, infalible y fria por otra. Al cabo de una hora se levantó Hernando sin pronunciar una palabra. Habia perdido.

Saludó el marqués, y se retiró á su cuarto. El marqués se ciñó por debajo de su jubon dos cintos en vez de uno, se acercó á la ventana, miró al cielo, que comenzaba á serenarse, y dijo:

—Ahora creo que ya puedo marcharme de este pueblo.

Hernando se habia echado en su cama vestido; pero en vez de hallar el sueño, solo logró ver su situacion de un modo claro y terrible. El arrebató de la pasion le habia hecho olvidarlo todo mientras estaba en el juego; concluido este, vió que no era su dinero lo que habia perdido, sino su venganza y su honor. Continuar su viaje, era imposible; volver atrás, difícil; quedarse allí, humillante. Una rábia ciega, indescriptible, se apoderó de su alma.

En medio de su agitacion oyó que sacaban caballos de la cuadra.

Comenzaba á despuntar el alba.

Se precipitó fuera de su cuarto, y apareció en medio del patio con espada en mano.

—¡No marchareis! gritó el marqués colocándose entre este y su perdido caballo, que comenzó á relinchar tan luego como le vió.

—Caballero, dijo el marqués sin alterarse lo mas mínimo, parece que olvidais nuestro convenio.

—No, dijo Hernando con vehemencia, solo deseo ver si manejaís tan bien la espada como los dados. ¡Defendeos!

El marqués carecía de instrucciones para el nuevo caso que se presentaba. Por el contrario, se le habia prohibido terminantemente que hiciese uso de la espada.

—Señor hidalgo, dijo, si lo que deseais es una nueva revancha, estoy dispuesto á dárosla, però sin escándalo alguno de este género. Entre caballeros, creo que siempre es posible evitar el estrépito inútil.

Los ojos de D. Hernando brillaron con una esperanza súbita y postrera.

—Pues bien, dijo, juguemos de nuevo bajo palabra para ver si me desquito ó pierdo el doble.

—Caballero, dijo el marqués inclinándose cortésmente, he vivido veinte años en España, y nadie al-

canzará á apreciar mejor que yo lo que vale el honor castellano: pero al salir de Madrid he liquidado todas mis cuentas, con el decidido propósito de no dejar ni una pendiente, y me seria imposible en este momento volver á enredarme en nuevas cuentas.

—Entonces ¿qué exigís? dijo Hernando; ya sabeis que nada me queda aquí mas que mi espada.

Una idea singular acababa de cruzar por la mente del marqués. Se apoderó de ella ansioso para convertirla en lazo poderoso que sujetase á su antagonista en aquel pueblo y le pusiese en la imposibilidad de salir de él.

—Escuchadme, caballero, dijo con grave acento. Me hablais de honor, acepto esa garantía, y os hago la proposicion siguiente, que podeis creer no haria á ningún otro hombre. Os he hablado de un voto que ha de detenerme todavía quince dias en España, y que es para mi conciencia el deber mas imperioso. Consiste el voto en ir todas las mañanas, durante quince dias consecutivos, á quemar un cirio delante del altar de la Virgen.

—Sí, dijo Hernando, recuerdo eso.

—Pues bien, me comprometo á daros la mayor prueba de confianza y de estimacion que me es lícito otorgar á un hidalgo. Habeis jugado contra mí vuestro caballo: yo os juego mi voto; si ganais recobrais cuanto habeis perdido, si perdeis cumplís el voto por

mí, es decir, permanecéis durante quince días en Miranda, y todas las mañanas vais á ofrecer en mi nombre un cirio á la Virgen. ¿Os conviene?

Hernando frunció el entrecejo. Siendo todavía algo árabe y mahometano por tradicion, aunque morisco convertido por decreto, no se acostumbraba así, tan de repente, á la idea de todos aquellos cirios.

—Creed, prosiguió el marqués, que es preciso que razones muy poderosas exijan mi pronta llegada á Francia para que consienta en dejar aquí un apoderado de mi conciencia. Y al confiaros tal encargo, pareceme que os pruebo la mucha estima en que tengo vuestra honra.

—¿Hablais con formalidad?

—¿Acaso tengo trazas de estarme chanceando? replicó el marqués con dignidad.

Hernando vacilaba.

—Si rehusais, dijo el marqués, es preciso que me dejeis marchar sin inquietarme lo más mínimo.

—¡Marchar! Esta palabra acabó de decidir á Hernando.

Vió en aquella probabilidad suprema que se le ofrecia, la esperanza de poder vengar su mala fortuna.

—Corriente, dijo, acepto la proposicion.

—¿Me habeis comprendido bien? dijo el marqués.
¿Comprometeis vuestra palabra?

—Sí.

—Si llegais á perder, ¿podrá confiar mi conciencia por completo en la vuestra?

—Sin escrúpulo alguno.

—Pues bien, queda convenido; volvamos á vuestro cuarto y tomad los dados...

Una hora despues entraba el lacayo del marqués de Haudessac en el cuarto de D. Hernando, colocaba un paquete sobre la mesa y se retiraba presuruso.

—¿Qué es eso? gritó Hernando.

—Quince cirios que mi amo os envia, contestó el lacayo desde la escalera, para que cumplais la promesa que le habeis hecho.

Y se apresuró á reunirse con su amo que estaba ya á caballo fuera de la posada.

Hernando habia perdido y quedaba sujeto en Miranda.

Tres dias despues entraba Haudessac en la casa de Bassompierre en Madrid, y le presentaba un cinto lleuo de monedas de oro.

—¿Qué es esto? preguntaba Bassompierre sorprendido.

—Señor conde, es el dinero que aquel hidalgo llevaba para el viaje. Su caballo se halla en vuestras caballerizas.

—¿Y él, dónde está?

—En Miranda, señor conde, y sujeto allí por quince días, segun deseábais.

XII.

Trascurridos algunos dias, Bassompierre recibió de mano de un contrabandista la carta siguiente del conde de Saldaña.

« Bayona 13 de octubre de 1621.

« En nombre del cielo! ¿quieres decíme lo que pasa en Madrid? Hace cerca de un mes que estoy aquí, y aun no he recibido noticia alguna. Tú fuiste quien me obligaste á huir; la sorpresa, la rabia, toda mi sangre irritada y enardecida, me habia privado casi por completo de la facultad de pensar. Te apoderáste en tal estado de mí, y me hiciste marchar.

Pues bien, ya estoy lejos de Madrid, hace mas de un mes que aguardo, y ni una sola noticia me comunicas. Háblame de lo que ahí sucede, te lo suplico pues debes comprender el estado violento en que me encuentro.

»¿Qué han dicho ahí de mi partida, de mi fuga? ¿Has visto á Mariana? ¿Has penetrado ya el secreto de esa traicion infame, de esa desesperacion fingida? ¿Y el rey? ¿y todo ese palacio en el que triunfan mis enemigos? ¿qué han hecho estos?

»Díme algo, pues de lo contrario creo que me vovré loco de impaciencia y de furor. Te he dado el testimonio mas positivo de amistad ciega y verdadera: por consejo tuyo, yo, el conde de Saldaña, consentí en huir; mis enemigos, mi venganza, mi honor, todo lo dejé en pos de mí, confiado á tus manos. Hé ahí lo que hice por tí. ¿Y tú, qué has hecho por mí?

»¡Ah! nuestra antigua amistad casi fraternal es muy confiada: ya lo has visto por la prueba que de ella te he dado venciendo y dominado mi carácter impetuoso, ya has visto cuán ciegamente he seguido tus consejos. Así pues, no dudo de tí. No has permanecido inactivo, lo adivino, lo sé. ¿Pero qué hay? ¿En qué estado se hallan mis asuntos en Madrid? ¿qué se dice de mí? ¡Mi apellido ilustre sirviendo de objeto de risa!...

»Hé aquí lo que me sucede en Bayona:

»Hace poco dias entré en la antigua catedral. Subí á lo alto de la torre y permanecí lo menos una hora en la plataforma, apoyado en la balaustrada, con la vista fija en esas montañas que sirven de límite á Francia, y detrás de la cuales se agitaba á lo lejos mi suerte desconocida. Acababa de bajar y cruzaba, preocupado todavía con mis ideas, por bajo de los imponentes arcos del cláustro, cuando un penitente negro que estaba orando delante de un altar se levantó y se dirigió hácia mí. Creí que intentaba salir por la misma puerta á que yo me encaminaba, y me detuve para dejarle pasar.

»Pero me dijo:

—»Conde de Saldaña, no perdais tiempo, poneos bien con Dios, pues solo os restan algunos dias para poderlo hacer.

»En el momento en que se volvía para alejarse, lo detuve cogiéndole del hábito, y le dije:

—»Padre, ¿cómo me conoceis? ¿qué significa ese aviso?

—»Es un aviso amistoso, contestó. ¡Conde de Saldaña, estad alerta!

»Y volvió á entrar en el cláustro, mirando receleoso en torno suyo para ver si alguien le habia observado.

»Acudí de nuevo á la catedral con la esperanza

de volver á encontrarle y preguntarle mas pormenores, pero aguardé en vano, porque no fué.

»¿Qué significaba aquello? ¿habia algun peligro verdadero para mí, ó era que procuraban atemorizarme?

Trascurrieron dos dias. Despues de haber pensado mucho en aquel aviso, me encogi de hombros y no volví á acordarme. Algunas veces se dan asi en España, en el ángulo de alguna iglesia, ciertos avisos misteriosos; pero por lo general nada sucede, y solo queda el cuidado de recompensar un celo supuesto. Lo único que hice, conociendo la situacion en que me encontraba y recordando que habia dejado detrás de mí muchas cóleras y deseos de venganza, fué cambiar mi espada de corte por una hoja mas fuerte y de mejor temple, por lo que pudiera suceder.

»En la noche del tercer dia, á cosa de las diez, me retiraba á mi casa desde la de Grammont, que habia convidado á varios amigos á comer. Seguia yo mi camino por la calle Vieja de los Arcos, en donde están las tiendas de los mercaderes; un mendigo andrajoso salió de los soportales lamentándose y tendiendo la mano para pedirme una limosna. Mientras buscaba yo en mi bolsillo alguna moneda para socorrerle, se arrojó bruscamente sobre mí y me tiró una puñalada furiosa. Hice un movimiento rápido, y el hombre huyó. Entonces desenvainé mi espada, corri-

tras él, le alcancé á unos veinte pasos de distancia y le atravesé de una estocada. Hice mal; debí haberle cogido vivo para saber quién le habia pagado, pagándole mejor; pero mi cólera se antepone siempre á mi razon. Lanzó aquel hombre un grito terrible y cayó muerto. Le examiné: era verdaderamente un mendigo, y el puñal que aun tenia en la mano era sobrado nuevo y bueno para que fuese suyo. Fuí á llamar á la puerta de un mercader, y le dije:

— »Tened la bondad de avisar á la ronda para que venga á recoger á un hombre muerto que está tendido en medio de la calle.

»Al oir el ruido se habian abierto varias puertas. Espliqué en pocas palabras lo que acababa de suceder, llegó la ronda, dije mi nombre al jefe de ella, levantaron el cadáver y dí mi bolsa para que le enterrasen. Mejor hubiera querido dársela en vida.

»Entonces vieron que yo estaba herido. El puñal habia atravesado mi capa é introduciendose en mi brazo. Como salia bastante sangre de la herida, el oficial mandó que el cirujano del cuerpo de guardia me hiciese la primera cura, y me retiré á mi casa.

»Hace algunos dias que no salgo de mi habitacion, aunque no estoy en cama, pues la herida no tendrá mal resultado.

»Grammont quiso que se hiciesen averiguaciones y se diese publicidad al hecho; pero yo me he nega-

do á ello rotundamente, por preferir que no se ocupasen de semejante cosa.

»¿Quién ha lanzado á ese pobre diablo contra mí? Hé ahí lo que en vano procuro adivinar. Debo creer que aquel desgraciado se confesó antes de atacarme, pues así lo indica el aviso del fraile desconocido.

»Si no el asesino, al menos el puñal es procedente de Madrid. Pero ¿á quién acusar? Tantos ódios pueden agitarse ahí contra mí, que no sé á quién achacarlo. Detenido en mi aposento, desarmado para algun tiempo por mi herida, devoro con furor mi ansiedad é incertidumbre.

»Mi pensamiento vuela de uno á otro nombre, y á vuelta de mucho discurrir en valde, mi cólera se ceba en tí: ¡sí, en tí, que me digiste era una necedad quedarme ahí á merced de mis enemigos omnipotentes! ¡que era una locura el valor ciego y obstinado en las luchas insostenibles, porque se hace uno agoviar por el número y no queda mas venganza que el desprecio que inspira su victoria! ¡en tí, que me dijiste guardase mi libertad con las probabilidades mas ó menos lejanas de saciar mi rabia! ¡en tí, que invocando la razon y no sé qué otros sofismas, adquiriste sobre mí el dominio suficiente para enviarme aquí en un momento de desesperacion! Vamos, ¿qué opinas ahora del resultado de tu prudencia? ¡Héme ya aquí, en este asilo!

»En Madrid, al menos, si me hubiesen atado y herido, ¿estaria como aquí, atormentándome noche y dia con este pensamiento... *he huido?*... ¡Algunas veces siento un deseo feroz de trasponer de nuevo esos elevados montes que habian de constituir mi seguridad, y que solo son hoy mi baldon eterno!

»¡Ah! rey Felipe IV, que me has ultrajado ante toda tu corte! ¡rey cuyo reinado comenzó por la ruina de mi familia! ¡despotismo soberbio que has querido avasallar mi corazon, y que acaso hayas lanzado hasta aquí tu puñal contra mí! ¡Dios me de el placer algun dia de poderme vengar!

»Ya lo vés, Bassompierre, la irritacion, la soledad y tu silencio me hacen desvariar y hasta ser injusto para contigo. Perdóname, amigo mio, pero ya ves, ¡huid! es uno de esos actos que siempre dejan duda en el alma y contra los que se revela el noble orgullo.

»Acaso no anduvistes desacertado al darme este consejo, pero en nombre del cielo, repitemelo. ¡Escribeme! necesito ver carta tuya. Háblame de ella, sobre todo, háblame de Mariana. Si la has visto, ¿qué te ha dicho? Anhelo saber como podrá explicar la infamia de su traicion! ¡Yo, que la amaba con tan vergonzosa ceguedad! ¡Verdad es que su hermosura inspira tanto amor.... y hoy tan furibundo ódio!.... Mira, Bassompierre, no pronuncies su nombre en tiem-

po alguno, no me hables de ella, pues la indignacion me haria enloquecer.

EL CONDE DE SALDAÑA.»

Bassompierre contestó en estos términos:

»Sé por demás que siempre has sido loco, y que nunca dejarás de serlo. Procura contener, siquiera por un momento, tus vehementes pasiones españolas, para escucharme con un poco de calma.

»Sino te he escrito antes, ha sido porque me he visto precisado á crear acontecimientos para poderte dar noticias.

»Hé aquí unas cuantas.

»Pero antes voy á consignar de un modo claro y evidente el estado de tus negocios en el momento de tu partida.

»Una reputacion muy mala, rematada.

»Un escándalo terrible que turbó con tu nombre, en medio de la calle, el luto del rey.

»Todos tus enemigos, y entre ellos la moral ofendida, anatematizándote á gritos.

»Tu familia caída y proscrita.

»Odios en todas partes, apoyo en ninguna.

»Enfrente de esto, contra tí, un reinado nuevo que principia, es decir, que busca la aprobacion pública.

»Y por primer acto de ese reinado, una orden so-

lemne dada por el rey, en plena corte, á tu galantería cogida en un lazo.

»Tal era la situacion en que te hallabas cuandote entregaste en mis manos.

»Es decir, querido Saldaña, que te daban jaquemate completo, y para acabar de perderte, te hallabas poseido de ciego furor.

»Ahora bien, yo acometí la empresa de hacer variar la jugada, y en tal estado, de dar jaquemate... ¿á quién?

»¡Al rey!

»¡Era mucha audacia y atrevimiento! Pues bien, Saldaña, regocíjate; ¡te anuncio que el rey de las Españas está vencido, y que tú quedas libre!

»Escucha y juzga si he obrado con diligencia mientras callaba.

»En primer lugar, ¿por dónde habia de comenzar? por alejarte de aquí cuanto antes. Hallándote presente, en el estado de legítima demencia en que te encontrabas, ninguna combinacion razonable era posible: te hubieras atravesado en mis proyectos y lo habrias embrollado todo con tu violencia.

»¡Pero huir! exclamas todavia trágicamente. Sí, huir del fuego en una accion cuando se tiene una espada en la mano, huir del juego cuando se tienen los bolsillos repletos y que los contrarios piden su desquite, huir en los negocios cuando se tiene mucho dine-

ro y quedan en la miseria los acreedores arruinados, eso es vergüenza y deshónra! Pero pasar la frontera cuando á uno le quieren casar á paso de carga, con una violencia injustificable, eso es hacer uso de un derecho natural, innegable.

»Habiéndote marchado, ya teníamos algo adelantado, pero era poco. Toda la monarquía española clamaba contra tí, y faltaba vencer todo el despotismo antiguo de Felipe II, apoyado en la Inquisicion, despotismo que se ha querido conservar como una especie de tradicion real.

«Hubo un momento en que me sentí aturdido, anonadado!

»Leia una y cien veces la órden fatal que te entregaron en nombre del rey, y en que te se mandaba casarte en el término de dos meses con doña Mariana de Córdoba.

»Asi se explicaba el pergamino que se trataba de hacer pedazos. Tal era la voluntad que habia de modificarse.

»Pues bien, lo que no hubieran podido hacer la violencia ni las súplicas, lo ha conseguido un paseito nocturno por la coronada villa de Madrid, dado!

»Sin la voluntad de los ministros,

»Ni de la inquisicion,

«Ni del rey!

»Si, querido, el rey de España, educado con tan-

ta solemnidad por fray Alvaro, el jóven tirano tan virtuosamente irritado contra tí por su siglo sin compasion, se ha deslizado furtivamente fuera de su palacio embozado hasta los ojos, y acompañado por mí.

»La casualidad, guiada por mí, nos condujo junto á la puerta de Fuencarral.

»La casualidad, tambien, hizo que oyésemos muy oportunamente, de trecho en trecho, enamoradas endechas cantadas por tiernos amantes al pié de ciertas rejas y balcones, cosa muy á propósito para impresionar á una imaginacion jóven que por primera vez recorria la ciudad á aquellas horas.

»La casualidad, en fin, nos hizo caer muy oportunamente, delante de un balcon que ya conoces, en medio de una serenata muy original, á cuyos músicos hacia perseguir á cuchilladas el amo de la casa, mientras que ellos se defendian ruidosamente.

»El rey de España, arrastrado por mí ejemplo, echó mano á la espada para hacer respetar el sueño de sus vasallos.

»La gratitud nos franqueó las puertas de la casa.

»El rey se presentó bajo el nombre de caballero de Auney, súbdito francés.

»Yo, como amigo enviado por la Providencia; y en tales términos aproveché el tiempo, que al siguiente dia enviaba muy lejos de Madrid á cierto hermano

de adusto carácter, proveyéndole de cartas de recomendacion para el mismo diablo.

»Y queda el sitio libre.

»Lo que la casualidad habia comenzado de tan buen modo, lo terminó muy luego la maravillosa belleza de la morisca convertida.

»Es decir, que desde aquel paseito que por su dormida capital, dió el rey, se ha tornado este pensativo y distraido como un page; que el buen fray Alvaro no entiende una palabra de lo que pasa; y que S. M. solo piensa ya en serenatas y escursiones nocturnas. De vez en cuando verificamos algunas y las encuentra en extremo agradables. Creo que hasta hoy hemos llegado á hacer diez visitas á la hermosa Mariana, la cual significa que la real enfermedad ha llegado al tercer grado, á su último periodo. Solo falta hacer una cosa: descubrir al rey que su maravillosa desconocida es precisamente la misma con quien se ha mandado al conde de Saldaña que se case bajo las penas mas graves.

»Esta revelacion se encargará de hacerla á su debido tiempo una casualidad por el estilo de las que tambien nos han servido hasta ahora.

»Y entonces...¿será preciso decirlo? Esa órden trágica se hará pedazos en seguida con la mejor voluntad del mundo.

»Al Sr. D. Hernando, cuando vuelva de su viaje,

se le nombrará capitán en cualquiera parte, en Flandes ó en Méjico, la hermosa Mariana llegará á ser reina anónima de España, tú recobrarás tranquilamente tu puesto en Madrid, y yo confío en que seré entonces, en tu concepto, el primer diplomático de Europa.

»En mi próxima carta te diré cuando puedes regresar sin cuidado alguno á España.

»Estas son todas mis noticias.

»Como vés, no puede imaginarse cosa mas sencilla; para hacer revocar la órden del rey, no habia mas que crearle un interés diametralmente opuesto al cumplimiento de aquella disposicion.

»El interés se ha creado.

»¿Qué te parece?

»BASSOMPIERRE.»

XIII.

Habian transcurido tres semanas desde que Basompierre, escribiera al conde de Saldaña la carta que antecede, y aun no habia recibido contestacion alguna.

Era de noche. Basompierre y el rey acababan de salir de palacio y se dirigian, cruzando calles y plazuelas, hácia la puerta de Fuencarral. Felipe IV, que siempre sentia invencible inquietud en aquellas escursiones, no obstante lo gratas que le eran, hacia caminar á su compañero con paso rápido. El barrio estaba ya desierto, y por rara casualidad se encontraba á alguno que otro transeunte. El príncipe volvía

la cabeza de vez en cuando, para ver si alguien les espiaba, hacia algun tiempo que habia creido ver detrás de él á un embozado que seguia el mismo camino, y se decidió á avisárselo á Bassompierre, quien ya lo habia reparado y estaba alerta. Para saber á qué atenerse, fingió pararse un momento. El bulto sospechoso moderó su paso. Bassompierre empezó á andar con mas apresuramiento, y el embozado le imitó, guardando siempre la misma distancia. Bassompierre torció por otra calle, é imitaron su evolucion detrás de él.

—¡A nosotros es á quienes siguen! dijo el rey, lleno de ansiedad.

—Aguardadme un momento, señor, dijo Bassompierre, y se encaminó en derecha al embozado.

Este vaciló visiblemente, y se caló el sombrero hasta los ojos. Bassompierre se acercó á él.

—¿Me vienes siguiendo bellaco? le dijo.

—La calle es de todos.

—Sí; pero no quiero llevar gente á mis espaldas, ¿lo entiendes? y por lo tanto, ahora mismo vas á marcharte por donde yo te mande. Toma por esa calle adelante ahora mismo.

—Pero, señor....

—Ni una palabra mas, y haz lo que te mando, replicó Bassompierre encolerizado y llevándose la mano á la espada.

El desconocido no se hizo repetir la orden. Tenia mal aspecto y traza baja y tosca. Revolvió la esquina de la calle con bastante ligereza, y Bassompierre se quedó parado.

—Advierte que estoy mirando por donde vas, le gritó; métete en la primera encrucijada y vuelve luego á la derecha. Puesto que querias saber el camino que yo llevaba, ya sabes cuál es el tuyo. Buenas noches, amigo.

—¡Ah! añadió Bassompierre para sí, volviendo hácia el sitio en que quedara el rey, parece que se han llegado á alarmar, y quieren saber dónde entra S. M.

—¿Qué hay? preguntó el rey bastante turbado por aquel incidente.

—Nada, señor, contestó Bassompierre, es un pobre diablo muy inocente que á estas horas corre á referir á sus hijos que ha estado próximo á ser degollado por una partida de ladrones.

—¿Lo creéis así? repuso el rey bastante intranquilo aun.

—Os lo aseguro, señor, me basta con haber visto su terror y aturdimiento.

—¡Es que seria tan grande el escándalo si llegasen á descubrirnos!.. Caminemos con mas rapidez, conde.

Llegaron al sitio de costumbre, y en el momento

en que iban á llamar á la puerta de la casa de Mariana, asomó una cabeza por la esquina de una calle inmediata, y desapareció en seguida.

La puerta de la casa se abrió.

—Preguntad á vuestra señora si puede recibirnos, dijo Bassompierre al criado que se presentó.

Bassompierre y el rey quedaron solos un momento en la sala grande de los trofeos indios en que ha penetrado ya el lector. El rey estaba muy pálido y se paseaba con agitación.

—¡No puedo entrar en esta casa sin sentir una emocion terrible! exclamó.

—¡Lo celebro mucho, señor! La emocion es muy conveniente y oportuna en estos casos, dijo Bassompierre.

—En las seis semanas que hace vine á esta casa por vez primera, esa jóven se ha apoderado de todo mi ser. La gravedad de mi vida pasada se aterra al considerar ese encanto irresistible que me atrac fuera del palacio de mis antepasados, lejos de las influencias terribles que rodeaban á mi juventud. La dulce mirada de esa jóven lo ha disipado todo en mi corazon. Escucho, sin oirlas, las relaciones que me hacen mis ministros acerca de los asuntos de España y de Europa. ¡España! ¡Europa! ¿qué me importan? ¡no son ella! Firmo sin leerlo cuanto me presentan mis ministros. ¿Qué pensarán?

—Por esa parte podeis estar tranquilo, señor, que no ha de disgustarles en manera alguna.

—Paso el dia aguardando impaciente á que llegue la noche para salir ocultamente de palacio, disfrazado, avergonzado, y sin embargo gozoso. ¡Ah! conde, si el dia en que por vez primera me sacásteis del alcázar hubiese yo podido prever este escándalo de mi corazon, os hubiera rechazado como al demonio.

—Vamos, señor, contestadme con la mano puesta en vuestro corazon, ¿me guardais rencor por lo que he hecho?

—¡Oh, no por cierto! siento en mi corazon goces y placeres desconocidos! Salir casi todas las noches, misteriosamente de ese palacio sombrío; temblar mientras atravieso las calles de Madrid; y aquí, aquí, á dos pasos de ella, aguardar y temblar tambien, es un verdadero paraíso lleno de emociones desconocidas!...

—¡Vamos, vamos! pensó Bassompierre, no me he apresurado en demasía á escribir á Saldaña para anunciarle el buen éxito de mis combinaciones. ¡Con cuánto júbilo habrá recibido tan inesperadas noticias!

—Pero decidme, conde, prosiguió el rey, ¿por qué parece hallarse siempre triste y cortada delante de mí? No parece sino que me teme.

—Señor, dijo Bassompierre con esquisita cortesía, es que en vano intentais pasar aquí por un sim-

ple caballero francés, pues sin duda el hábito de sostener la corona en vuestras sienes, os dá cierto aire magestuoso que impone instintamente á vuestros vasallos.

—¿No está así doña Mariana delante de vos?

—Es que yo, señor, no tengo la distinguida honra de ser nieto de Felipe II.

—¿Acaso sospechará quién soy?

—Al pronto me lo temí. V. M. se parece tanto al rey, que la joven pareció conocerle el primer día; pero la tranquilicé por completo.

—¿No comprenderá que la amo?

—¡Oh! en cuanto á eso respondo á V. M. de que está bien persuadida de ello.

—¿Lo creéis así?

—El amor presta también su reflejo á una frente, lo mismo que la corona real.

—¿Amará á otro hombre? dijo Felipe IV estreme-
ciéndose á pesar suyo.

—¿Qué idea!

—¡Ah! si fuese así.

—Cuidado, señor, que veo asomar ya al despotismo.

—Hasta esa misma familiaridad llena de confianza que tiene con vos, y de que carece para conmigo, me desespera.

—¡Cómo! ¿tendréis celos hasta de mí? dijo Bassom-

pierre riendo con su alegría comunicativa.
—Ya veis, conde, el estado de mi alma. Decidme, por favor, qué haceis para que se muestre con vos tan familiar y encantadora. ¡Pagaria ese secreto con mi corona!

—Ni de valde le querreis cuando le conozcais.

—¿Pues en qué consiste?

—En que no estoy enamorado de ella, y lo comprende así. Pero, á propósito; ¿ha pensado V. M. en ese despacho de capitán para su hermano?

—Aquí está.

—Será preciso que se le entregueis.

—¿Estais seguro de que ese mancebo es noble?

—Poco importa eso, señor; ¡es tan bella su hermana!

—¿Está ausente todavía?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tarda doña Mariana en salir, conde!

—Apuesto á que tanto desea V. M. verla salir como lo teme.

—Confieso que sí: con la sola idea de oír que se abre esa puerta, late mi corazón con desusada violencia. Es preciso que me ayudeis, conde.

—Pues bien, principio á hacerlo desde este momento, dijo Bassompierre abriendo la puerta por donde habian entrado.

—¿Qué haceis? preguntó sorprendido el rey.

—Señor, me retiro.

—¿Qué estais diciendo? repuso el rey asustado.

—La mejor manera en que puedo ayudar á V. M. es.....

—¿Retiraros?

—¿No os proporciono así una ocasion de hablarla á solas?

—¡Solo con ella! dijo Felipe IV, á quien aturdia por completo aquella idea, llenándole al propio tiempo de dulce embriaguez.

—Señor, creo que lo mejor es eso. Ahora, las riendas entre los dientes, como el rey monge D. Ramiro en su primera batalla, y adelante contra los moros.—Morisca es la muchacha, añadió mentalmente, con que la comparacion no es tan desacertada.

Y Bassompierre desapareció antes de que el rey hubiese podido pronunciar una sola palabra.

—¡Pardiez! decia el buen francés mientras bajaba por la escalera, ¡si Saldaña pudiese ver la escena que se prepara, imagino que habia de ser grande su alborozo!

Abrióse por fin la puerta de la sala que daba á los aposentos interiores, y entró doña Mariana diciendo:

—¡Perdonad, señor de Bassompierre que os haya hecho esperar tanto tiempo!...

Al ver al rey solo, se detuvo ruborizada y confusa.

—¡El caballero de Auney! murmuró.

El rey, no menos turbado, se inclinó profundamente.

—El señor conde de Bassompierre, dijo haciendo grandes esfuerzos para serenarse, se ha visto obligado á marcharse para despachar un asunto urgente; pero como tenia que daros una buena noticia, y no queria diferir el momento de que llegáseis á saberla, me ha encargado, señora, que os la comuniqué. De todos modos, volverá á reunirse muy pronto con nosotros.

—¿Una buena noticia? dijo Mariana con un movimiento lleno de alegría y de confianza; entran pocas en esta casa, dádmela pronto caballero. Se trata de mi hermano, ¿no es verdad? ¿Ha recibido el señor de Bassompierre cartas de Francia?

El rey, alentado por aquel cambio de tono, se repuso algun tanto.

—En efecto, se trata de vuestro hermano, señora, dijo; solo que la noticia favorable que ha recibido el señor de Bassompierre, no viene de Francia sino del mismo Madrid.

—¡De Madrid! repitió Mariana sorprendida.

—¿No hacia algun tiempo que solicitaba vuestro hermano una provision de capitan en los tercios de S. M.?

—Es verdad, pero creo que hoy en día no piensa ya en eso.

—Hace mal, señora, porque su pretension ha sido acogida favorablemente, y lo que os traigo es el despacho de capitán para él. Héle ahí.

Mariana, en vez de coger el pergamino que le presentaba el rey, quedó muda é inmóvil, mirando al rey con profunda sorpresa.

—¿Por qué extrañarlo, señora? dijo Felipe IV. Los buenos servicios que prestara vuestro hermano en Méjico, han sido debidamente apreciados, y no le han hecho sino justicia.

La jóven continuaba guardando pertinaz silencio, y don Felipe añadió:

—Si algunos amigos que tienen influencia en la corte han podido acelerar en cierto modo el despacho de este asunto, será un motivo mas de placer para ellos.

—¡Amigos en la corte! dijo Mariana fijando sus hermosos ojos negros en el rey, no sabia yo que los tuviese mi hermano.

—He ahí una frase, señora, de que os ruego me permitais quejarme en nombre del conde de Bassompierre y en el mio.

—¿Cómo! ¿sois vos, entonces, quién ha dado esos pasos?

—S. M. tiene algunas bondades para conmigo, y

ya veis que es para mí singular placer emplear el favor real en beneficio de mis amigos.

Mariana se hallaba bajo la impresion del malestar indefinible que le causaba desde la primera noche el aspecto de aquel jóven, y que sus visitas algo frecuentes no habian alcanzado á disipar. La presencia de Bassompierre y el singular atractivo de su conversacion, hacian impedido que hasta aquel momento sintiese en demasía la molestia que le causaban las miradas de aquel testigo casi siempre silencioso. Al encontrarse sola con él por vez primera, experimentaba con tanta mas violencia aquel malestar, cuanto que tenia que darle gracias por un favor inesperado, y conocia que le faltaban palabras para espresar su gratitud siquiera en los términos que exigia la urbanidad. Sin embargo, hizo un esfuerzo poderoso y dijo:

—Mi hermano, de seguro agradecerá infinito al caballero de Auney su bondadosa intervencion, pero confío en que tendreis á bien aguardar su regreso para entregarle personalmente ese despacho.

—¿Segun eso, señora, os negais á recibirle de mi mano? dijo el rey, cuyo semblante tomó una impresion de marcada seriedad.

—Al recibirle, ¿no obligo desde luego á mi hermano á que acepte la gracia que le conceden? dijo Mariana vacilando.

—¿Dudais, que acepte?

—Ignoró cuál será el pensamiento de mi hermano cuando vuelva...

—Ya veo que no quereis tener que agradecerme lo mas mínimo, dijo D. Felipe, que estaba poco acostumbrado á que rehusasen aceptar sus favores, y así lo daba á entender muy á las claras.

—¡Oh! no creais tal cosa, dijo Mariana cada vez mas turbada por aquel aire de gravedad. ¡Entonces, dadme acá este despácho, caballero, y si la sorpresa ha llegado á embargar mi mente antes de que pudiese pensar en la gratitud, perdonadme, y recibid espresivas gracias por mi hermano... y por mí!

El rey entregó la provision de capitan.

—¿Y vos, señora, nada deseais? dijo.

—¿Yo, caballero?

—Hay en la servidumbre de la reina cargos muy honoríficos y agradables, codiciados por las jóvenes mas notables de Castilla. La reina se complace en concederlos siempre á las mas hermosas: es una coquetería de la corte.

—¿Y cómo podrá acordarse la reina de mí?

—¿Tan pronto olvidais que vuestro hermano tiene amigos en la corte? Acaso la reina madre se mostrase con ellos tan benévola como su hijo.

Los poetas hablan siempre de sus versos, aun sin querer; si las abejas tuviesen la facultad de hacerse

entender, no hablarían sino de su miel. El rey, sin apercibirse de ello, hablaba en demasía de la corte. Cada palabra suya aumentaba el embarazo y ansiedad de Mariana: aquella semejanza entre el caballero de Auney y el monarca, que le causara sorpresa desde el primer día, y de la que distrajo su atención Bassompierre bromeándola, se presentaba cada vez mas marcada á su vista hacia un momento, y comenzaba á causarle vaga inquietud. Verdad es que habia visto muy pocas veces al jóven Felipe IV, á quien su educacion severa y rígida mantuviera alejado del público hasta el fallecimiento del difunto rey, y el día en que la jóven se echó á sus plantas en medio de la procesion de las Descalzas, la situacion de ánimo en que á la sazón se hallara no le permitió ver ni examinar su rostro. Pero al principio de un reinado, el retrato de un monarca se vé en todas partes. Velazquez habia pintado á Felipe IV á caballo, con jubon de terciopelo negro y la toquilla en la mano. Tempesta le habia grabado, y esta lámina se veia en Madrid por todas partes. Esas fisonomías reales, columbradas así, ya sea á cierta distancia, ya en los retratos y láminas, por el pueblo de las capitales, flotan indecisas, indeterminadas, ante los ojos, y las imaginaciones, bastante conocidas desde lejos para que las semejanzas puedan notarse, pero harto vagas para ser conocidas por sí mismas fuera del cuadro

que les forma su comitiva ó su escolta. Asi pues, la impresion del primer dia pudiera haberse borrado de la mente de Mariana; pero las palabras del rey parecian proferidas de propósito para reproducirla. No era esta, de seguro, la intencion de Felipe IV, quien, en su timidez, nada recelaba tanto en el mundo como la vergüenza de ser conocido y descubierto en pleno delito de haber olvidado la dignidad real, pues, por lo general, á los reyes absolutos desde su infancia se les educaba inspirándoles mas bien terror que no el orgullo de su poder; pero sin que el mismo príncipe lo advirtiese, esa misma dignidad que habia sido preciso saber olvidar en una aventura de jóven, reaparecia en su lenguaje y en su actitud al menor asomo de resistencia, y se esponia á ser descubierto por completo.

—¡La córte! ¡la benevolencia de la reina! repitió Mariana lentamente, y moviendo la cabeza con tristeza añadió: Nunca he tenido tales ambiciones, caballero, hoy las tengo menos que nunca, y si alguna idea puede ocurrirme de abandonar esta casa, no será para ir á la córte, sino á un retiro muy diferente.

—¿A qué retiro, señora?

—A aquel hácia el cual se vuelven los corazones de las personas para quienes está el presente lleno de tristeza y el porvenir despojado de toda esperanza.

—¡El cláustro! exclamó el rey. ¿Quién puede pensar aquí en un convento para vos, señora?

La voz de D. Felipe se habia tornado súbitamente imperiosa y su rostro revelaba, en su palidez profunda emoción.

—¡Oh! ¡Dios mío! dijo Mariana mirándole aterrada ¿quién sois, señor?

El rey comprendió que su emoción le descubría.

—¿Quién soy, señora? dijo sonriendo y con aire sorprendido; el caballero de Auney, como ayer y como siempre. ¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Perdonad, señor, dijo Mariana vacilando, pero al oiros hablar así de la corte me preocupaba la idea...

—De mi semejanza con el rey, ¿no es cierto? dijo D. Felipe lanzándose hábilmente al encuentro de la sospecha para desconcertarla. No sois la primera persona que piensa eso desde que estoy en España. La casualidad, que acaso habia contado con que yo nunca llegaria á pasar los Pirineos, tambien cierta igualdad de educacion por vivir mi familia en Francia en trato bastante frecuente con la familia real, y quizás tambien la edad, me han dado, segun parece, cierta semejanza de aspecto y de modales con el rey de Castilla. En efecto, me han hablado ya de eso, y dicen que esas semejanzas se encuentran con bastante frecuencia en los viajes. Pero yo, simple caballero

francés, ¿hablaba acaso como puede hacerlo un rey? No lo creo, señora.

—Al contrario, dijo Mariana, y eso ha sido precisamente lo que me ha asustado.

—Pues qué, ¿os asustaría el rey?

—El respeto intimida tanto como el miedo.

—¡Ah! si esa semejanza de que habláis no fuese mas que un simple capricho de la casualidad! dijo el rey con un arrebató de pasión; si en efecto fuese yo rey de España, y no un simple caballero, que lo mas que puede hacer es interceder por sus amigos, ¡con cuánto júbilo convertiria esta morada en un palacio, no obstante vuestra poca ambicion, señora; ó mas bien, con que embriaguez, huyendo todas las noches de mi sombrío alcázar, vendria á este retiro apacible y delicioso, á convertir al rey en misterioso amante y á cambiar todo aquel respeto por un poco de amor.

—¡Caballero!

—Siendo rey, os amaria como hoy os ama el caballero de Auney, solo que, como los reyes son mas desdichados en su grandeza y su aislamiento, siendo rey os suplicaria mas.

D. Felipe se habia apoderado de una mano de Mariana, y se habia arrojado á sus plantas. La jveón se irguió llena de áltivez y orgullo; la sangre habia coloreado sus mejillas y sus lábios se estremecian; en ella, toda la timidez acababa de desaparecer

para ceder el puesto á la cólera.

—¡Levantaos, caballero! dijo, podrian venir y veros.

—¿Quién ha de venir? dijo el rey deteniéndola con el arrebató de una pasion que ya no le era dado dominar.

—¿No habeis dicho que el señor de Bassompierre habia de volver aquí muy pronto á reunirse con vos? dijo Mariana procurando desprenderse de las manos del rey.

—¡El señor de Bassompierre no vendrá! dijo el rey con tono resuelto.

—¿Segun eso, todo era un lazo que se me tendia? exclamó la morisca, y desembarazándose con un esfuerzo rápido, se lanzó hácia la puerta por donde habia entrado.

—¡Quedáos! gritó el rey.

Esta simple palabra, pronunciada como una órden, detuvo á Mariana en el umbral y la hizo recaer en todo su terror.

—¡Oh! ¡Dios mio! dijo, fijando sus hermosos y azorados ojos en el rey, y cual si hablase consigo misma, otra vez esa voz, ¡esa mirada...

De pronto adelantó hácia D. Felipe con resolucion y dignidad!

—Quien quiera que seais, exclamó, decís que habeis prometido á mi hermano velar por su honor du-

rante su ausencia. Os recuerdo esa promesa.

—No la he olvidado; pide para él y para tí cuanto quieras en toda España: por mi vida que lo obtendrás.

—¡Pedir! dijo Mariana con un grito de vergüenza y de indignacion.

En aquel momento vió sobre la mesa el pergamino que le habian entregado, y dijo:

—¡Este despacho! ¿contábais sin duda con él? ¡Una venta infame!

Y rasgándole en mil pedazos, le arrojó á sus piés.

—Mi hermano no le quiere, ¿lo oís, caballero? y cesa la hospitalidad cuando el huésped abusa de ella. ¡Salid!

—¿Sabes que es esa una palabra que nunca oí? dijo Felipe IV estremeciéndose bajo aquel desden, y buscando instintivamente un refugio para el jóven desconsolado en su dignidad de rey. Y como viese á los ojos de la jóven fijarse con espanto en los suyos, intentó contenerse todavía y añadió:

—He suplicado y suplico todavía; no llesves mi amor hasta la desesperacion, jóven; pues ambos habríamos de arrepentirnos...

—¡Me amenazais! dijo Mariana anhelante.

—No, no, repuso el rey, procurando volver á cogerla; solo ruego... Si te amenazase, tú que te burlas

y me desafías, ¿sabes que una sola palabra mia te haria caer á mis piés humilde y suplicante á tu vez?...

—¿Qué dice, Dios mio?

—¡Nada, nada he dicho, sino que te amo! dijo el rey, deteniéndose como asustado de sus propias palabras.

—¡Sí, ah, sí! ¡ahora os conozco, sois vos! exclamó Mariana, cual si la certidumbre hubiese brillado de improviso ante sus ojos.

—¡Calla!... dijo el rey, aterrado á su vez al ver que le conocian.

—¡Sois el rey!

—Puesto que yo no lo decia, dijo Felipe IV, tornándose de improviso audaz en medio de su misma confusion, ya ves que solo queria suplicar.

Mariana se desembarazó por segunda vez de las manos del rey; luego, volviéndose hácia él con un movimiento de exaltacion y soberbia, le dijo:

—Don Felipe, rey de Castilla, me prometisteis proteccion solemnemente; os recuerdo tambien esa promesa, segun la obtuve, postrada á vuestras plantas.

Y cayó suplicante á los piés del rey.

—¿De qué proteccion me hablas? dijo el rey, la de mi amor, la tendrás por entero.

Y la ciñó la cintura con sus brazos, apoyando sus

temblorosos lábios en los de la jóven.

Esta lanzó un grito, y su larga cabellera cayó desgreñada sobre sus hombros al esfuerzo que hizo para levantarse.

La puerta de la sala se abrió bruscamente.

El rey alzó vivamente la cabeza.

—¿Quién se atreve á venir? exclamó.

El conde de Saldaña apareció en el umbral de la puerta.

Mariana le vió, dió un salto terrible, y preprecitándose desatentada en sus brazos, gritó:

—¡Ampárame, conde de Saldaña!

El rey habia quedado inmóvil.

—¡El conde de Saldaña! murmuró.

—¿Quién te insultaba? preguntó el conde desenvainando la espada.

Mariana cogió el arma con ambas manos.

—¡De rodillas! ¡de rodillas! ¡es el rey! exclamó.

—¡El rey! repitió el conde bajando la espada.

—¡Hé ahí una palabra que te arrepentirás de haber pronunciado, jóven! dijo el rey con una violencia mal contenida.

—¡Dejadnos, señora! dijo el conde de Saldaña con voz serena, conduciendo á Mariana á la puerta de la sala.

La jóven se detuvo allí, pálida y temblorosa, diciendo:

—¡Ah! ¡respeto al rey! ¡compasión para mí!

Saldaña la empujó fuera suavemente y cerró la puerta.

El rey y el conde se hallaron frente á frente.



Ampárame, conde de Saldaña.

no á poner al rey en un estado violento.

El conde sentía la cólera concentrada durante tanto tiempo, y que encuentra de improviso una ocasión de desahogo y represalias al orgullo, del burlado humillado que se alza erguido y que asiste á la confusión y vergüenza del opresor. Pero el respeto á la dignidad real formaba una valla que contenía todo aquello, y producía igualmente el silencio.

XIV.

El conde dijo por fin con un tono en que se mezclaban la altivez y la sumisión, y ensayando su

espada.

—Cree que V. M. no deseará si he tardado algún tiempo en conocerle; no podía esperar que encontrara al rey de España en esta casa.

—El cielo es quien sabe me ha traído para castigar á un rebelde! dijo el rey, procurando descomponer

Hubo un momento de silencio. El rey y el conde estaban muy pálidos ambos.

En el rey, la conmoción de tal sorpresa, la turbación de verse descubierto, y hasta cierto punto en poder de un vasallo arrogante que se había resistido ya á su voluntad por otra parte, aquella resistencia tan enérgica de Mariana que iba á agregarse á la del conde, y que por segunda vez contenía así claramente la omnipotencia real; el orgullo de la corona sublevado por entero bajo aquella humillación, todos estos sentimientos tumultuosos contribuían de consu-

no á poner al rey en un estado violento.

El conde sentia la cólera concentrada durante tanto tiempo, y que encuentra de improviso una ocasion de desahogo y represalias el orgullo, del hidalgo humillado que se alza erguido y que asiste á la confusion y vergüenza del opresor. Pero el respeto á la dignidad real formaba una valla que contenia todo aquello, y producía igualmente el silencio.

El conde dijo por fin, con un tono en que se mezclaban la altivez y la sumision, y envainando su espada.

—Creo que V. M. me dispensará si he tardado algun tiempo en conocerle: no podia esperar que encontraria al rey de España en esta casa.

—¡El cielo es quien aquí me ha traído para castigar á un rebelde! dijo el rey procurando desembarazarse de lo crítico de la situacion retrotrayendo las esplicaciones y toda la crisis á la antigua ofensa. ¿Con que segun veo, conde de Saldaña, las órdenes mas solemnes del rey han llegado á ser objeto de desprecio para la nobleza española?

—Cuando las órdenes del rey son de una especie tan imprevista y nueva, es natural que la nobleza se altere algun tanto, respondió el conde con tono tranquilo y respetuoso.

—¿Y la nobleza lleva ese sentimiento al extranjero para dar á los estraños el espectáculo de sus rebelio-

nes y de nuestra impotencia real? dijo el rey animándose cada vez mas.

—Los pueblos que han visto la partida, ven tambien el regreso, contestó el conde, cuya sangre fria aumentaba á la par de la cólera del rey.

—¿Y despues de habernos burlado desde el extranjero, sin duda el conde de Saldaña viene á desafiarnos tambien en España?

—Solo la sumision me trae á Castilla.

—¿Es decir que, despues de haberos tomado el tiempo necesario para reflexionar, os decidís á someteros?

—Si señor.

—¡A la verdad que es una fortuna, y mucha prudencia tambien, conde de Saldaña! porque en vuestra turbacion habíais olvidado una cosa, que sin embargo era muy importante, á saber, que los tronos están enlazados entre sí, que hay reyes en ambos lados de los Pirineos, que la casa real de España, no solo reina en Madrid.

—Ya sabia yo, señor, que una princesa española, la hermana de V. M. se hallaba en el Louvre, pero tambien sabia que la hospitalidad francesa predominaba en todas partes, hasta en el Louvre. Concédame, pues, V. M. el mérito de un regreso voluntario.

—Os le dejaremos, entonces, puesto que le habeis

menester. Pero entonces, ¿cómo es que el conde de Saldaña, al entrar en España con esas disposiciones de arrepentimiento, en vez de presentarse en palacio en el momento de su llegada, á fin de que nadie le viese sino despues de sufrir el castigo ó de obtener el perdón, se presenta ante todo en las casas de Madrid, rebelde todavía?

—Es que en Madrid, señor, hay una casa en la que el conde de Saldaña debia presentarse aun antes de ir á palacio; porque en esa casa hay una mujer.... ¡y el conde de Saldaña no solo habia ofendido al rey!

—¡Corriente! dijo el rey con altanería; pero ¿y aquí?

—¿Aquí? pues si esta es la casa, señor, y en ella mora la mujer de quien hablo.

—¡Aquí! exclamó el rey con profunda sorpresa; ¿de qué mujer estais hablando?

—De Doña Mariana de Córdoba.

—¡Doña Mariana de Córdoba! repitió el rey, que no pareció recordar al pronto aquel nombre, aquí os hallais en casa de Doña Mariana Fernandez.

—Doña Mariana Fernandez de Córdoba, señor, es la misma persona á quien me refiero, y tiene ambos apellidos, dijo el conde sin conmoverse.

—Bien, repuso el rey; ¿qué motivos, obligaba á presentaros en casa de Doña Mariana?

—¿Qué motivo, señor? la órden espresa que V. M. me dió de que me casase con esa jóven.

El rey quedó mudo de estupor.

—Pues qué, ¿no la conocia V. M.? repuso el conde con la misma calma, y añadió con leve ironía al considerarla turbacion del monarca.—Al encontrar al rey en esta casa, y al saber que en una ocasion solemne habia prometido su proteccion á Doña Mariana de Córdoba, creí que el rey se habia dignado venir á tranquilizarla personalmente.

La sangre se le habia subido al rostro al rey, y solo oia confusamente las palabras del conde.

—¿Me esplicareis lo que significa todo esto? dijo por fin con una voz que en vano intentaba hacer segura.

—¡La esplicacion es muy sencilla, señor: V. M. mandó, y obedezco! me presento en esta casa para anunciar mi regreso: ya vé V. M. que, en mi presencia aquí, nada estraño hay.

—¡Ella! ¡era ella! murmuró el rey anonadado con tal descubrimiento.

Pero casi en seguida se irguió bajo la violencia misma de su emocion: el amor, los celos, el espanto de verse cogido, por decirlo así, entre la espada y la pared, la costumbre de mandar como dueño absoluto y la sorpresa de encontrar por primera vez cierto baldon en los obstáculos, estallaron á la vez en su cora-

zón con una violencia terrible.

—Si por cierto, sin duda alguna, exclamó con voz brusca y gutural, he prometido á esa jóven mi real proteccion, y la tendrá.

—En este momento se halla bajo la mia, dijo el conde de Saldaña inclinándose, y solo le resta dar humildemente las gracias á V. M.

—¡Vive el cielo que no la dejaré en poder de un hombre que la hizo desesperar hasta el extremo de llegar á arrojarle á mis plantas, porque he jurado defenderla.

—¿Olvida V. M. á quién pedia auxilio hace un momento?

—Marchaos, caballero, dijo el rey cortando bruscamente con un ademan imperioso aquella situacion penosa para él: aguardareis mis órdenes.

—Perdone V. M., dijo el conde de Saldaña permaneciendo inmóvil, pero sus órdenes las he recibido ya. Hélas aquí:

Y desplegando con lentitud el pergamino que le entregára fray Alvaro, leyó friamente su contenido.

—Estas órdenes, añadió el conde, me fueron dadas por V. M. en presencia del Santo Oficio y de toda la corte, y para que la reparacion fuese tan ruidosa como la ofensa, para que tan notable ejemplo,—creo que tales fueron las palabras de V. M.,—destinado á

servir de proteccion á todas las mujeres españolas, retumbase en la monarquía entera como el sonido de la campana de Huesca, que en un dia memorable se oyó en toda España, me emplazó V. M. para dentro de dos meses, al pié de los altares, en la misma capilla del palacio de Madrid. Héme aquí, exacto y puntual á la cita, señor, y ruego á V. M. que fije el dia en que le convenga asistir á la celebracion de la boda en su capilla.

El rey guardó silencio, agoviado bajo aquella ironía de la suerte, que tornaba en contra suya su propio poder.

El conde no añadió una sola palabra que pudiese atenuar para el rey el peso de aquel silencio abrumador. Con el rostro impasible, recordaba el dia en que, bajo la amenaza real y ante la corte entera, habia quedado, tambien él, mudo de rabia y de impotencia; y daba gracias á la fortuna por haberle procurado, tan completo, aquel desquite inesperado que invocaba en medio de su furor en el momento de su salida de Madrid.

El rey hizo un esfuerzo desesperado para librarse del dominio de sus propias órdenes.

—¡Esa jóven no os ama, no puede amaros! dijo, y me es imposible obligarla, á pesar suyo...

—¿No acaba de verla V. M. arrojarse á mis brazos? repuso el conde. Por lo demás, hay un medio muy

sencillo para remover los escrúpulos de V. M.: voy á llamarla, y ella misma contestará.

Y el conde dió un paso hácia la puerta; pero el rey se apresuró á detenerle por no sentirse con fuerzas suficientes para escuchar de los mismos lábios de la mujer á quien adoraba la declaracion altiva de otro amor.

—Haber tardado tanto tiempo en obedecer, dijo D. Felipe precipitadamente, es ya por sí solo una ofensa que no puede quedar impune.

El conde de Saldaña se paró y repuso.

—La órden de V. M. fija un plazo de dos meses, y ese plazo aun no ha espirado.

El jóven rey, detenido bruscamente en todas sus tentativas para sustraerse á la ejecucion de su real voluntad, guardó de nuevo el silencio. El conde se adelantó entonces hácia el rey, y dijo con gravedad:

—Así, pues, señor os obedezco. Pero antes de efectuarlo, V. M., que en tanta estima tiene el honor de su corona de rey, me permitirá le haga una pregunta que interesa en extremo al honor de mi corona de conde.

—¿Qué quereis decir?

—Hélo aquí, señor: antes de que por órden de V. M. dé yo á esa jóven el nombre sin tacha de mis ascendientes, juradme, señor, por vuestro honor, que esa jóven está tambien sin tacha.

—¡No os comprendo! dijo el rey turbado por aquella alusion á la escena que habia interrumpido la aparicion del conde, y de la que habia procurado apartar toda esplicacion.

—Señor, dijo el conde, espero que el rey D. Felipe comprenderá la noble altivez de sus riscos-hombres. La obediencia no puede caminar sin la honra. ¡Juradme por vuestro honor de rey y de caballero que esa jóven está pura!...

—¡Lo juro! dijo el rey solemnemente; pero por lo mismo que es tan pura y noble á mis ojos, juro tambien, conde de Saldaña, que conociéndola y apreciándola ahora en lo que vale, no permitiré que sea entregada á un hombre tan corrompido como vos. ¡Podeis conservar tambien este juramento presente en la memoria!

Y proferida esta amenaza, salió el rey de la estancia.

—¡Vive el cielo!... ¡tanto mejor! dijo el conde de Saldaña al ver la puerta cerrarse con estrépito en pos del monarca. Mi orgullo necesitaba que la obediencia quedase constituida en acto de rebelion. ¡Os anticipais á mis deseos, D. Felipe, gracias! ¡Casarme por órden del rey, nunca! ¡casarme contra su voluntad, sí por cierto! ¡Ah! Mariana, ¿ahora no quieren que seas mia? ¡Vive Dios, así te quiero, y su cólera te sirve mejor que su proteccion!

En aquel momento se abrió una puerta y apareció la jóven.

—Ven, ven, Mariana! exclamó el conde yendo en busca suya.

XV.

Mariana estaba pálida como un cadáver.

—¿Dónde está el rey? dijo dirigiendo una mirada en torno suyo.

—Se ha marchado, contestó el conde.

—¡Ah! ¡entonces puedo caer á tus plantas, amado mío! dijo postrándose de hinojos ante el conde y apoderándose con exaltacion de sus dos manos. ¡Escúchame! ¡despues me matarás si quieres, pero escúchame!...

—Me habeis ofendido cruelmente, dijo el conde.

—Sí, ¡oh! sí, exclamó Mariana alzando hácia él sus hermosos ojos llenos de lágrimas y de pasion.

—Hablad, dijo el conde levantándola.

—¿No pensarías que aquella idea de invocar al rey contra ti fuese mia? ¡Oh! ¡no pudiste imaginarlo! Cuando acepté tu amor, no me era dado pensar en ninguna otra proteccion, y si la tuya llegaba á faltarme algun dia, no seria en el rey en quien yo hubiera buscado refugio. Creo que me conoces bastante para saberlo.

—¿Entonces, esa traicion?...

—Escucha: mi hermano llegó de Méjico en el momento en que menos le esperaba. Ya conoces su orgullo de árabe y su violencia de soldado. Todas tus cartas estaban colocadas delante de mí, y como no temia ser sorprendida, me deleitaba en leerlas. Entró mi hermano de improviso y lo descubrió todo antes de que yo tuviese tiempo para ocultar lo mas mínimo. ¡Por tu orgullo irritado puedes juzgar lo que pasaria en mi alma! Me hubiera matado si ante todo no hubiera pensado en tí. Si llegaba á derramarse sangre entre vosotros dos, ¿qué iba á ser de mí? Me abracé á sus rodillas... La noble alcurnia, el orgullo de tu familia, que es una de las primeras de España, tu fama... de la que tan mal han hablado... todo le mostraba tu amor como una burla insolente, y exaltaba su furor. Pedia rabioso y desesperado contra tí, ante que cualquiera otra venganza, alguna justicia terrible que comenzase por un ultraje. Por debajo de los bal-

cones de la casa en que vivíamos, pasaba en aquel momento el rey con toda su comitiva, dirigiéndose procesionalmente al convento de las Descalzas para llevar á cabo una de las ceremonias del luto. En su demencia, ocurrióle de improviso á mi hermano esa idea terrible de lanzar mi vergüenza al público en medio de aquel luto para inferirte un ultraje sangriento; por lo que á mí hace, en mi terror, en mi amor, creí salvar al menos tu vida poniendo al rey entre vosotros dos, y arrastrándome casi moribunda á aquel suplicio, te acusé... para defenderte!

—¡Insensata!

Insensata, en efecto, puesto que en vez de un enemigo te procurabas dos.

—¿Segun eso, fué tu hermano?...

—¡Mi pobre hermano! ¡Se habia prometido tanta alegría con volverme á ver!... Ya sabes quanto me quiere, le cegó la cólera.

—¿Dónde está?

—Al saber tu partida, te siguió á Francia.

—No lo sabia yo, dijo el conde, deteniéndose cual si le hubiese ocurrido una idea repentina.

—¿Qué es? dijo Mariana.

—Nada. No hemos llegado á encontrarnos.

—¡A Dios gracias! Pero, ¿qué te ha dicho el rey? preguntó Mariana con ansiedad.

—El rey retracta sus primitivas órdenes, y ahora

me prohíbe que me case contigo.

—¡Cielos!

—¡Oh, regocíjate de que lo prohíba! porque si así no fuese, no estaría yo á tu lado á estas horas; ¡pobre niña! si no lo prohibiese, ¿conocería yo en este momento con júbilo cuanto te amo?

—¡Me amas! exclamó Mariana con amorosa embriaguez.

—¡El cielo me es testigo de que creí aborrecerte! Mi corazón estaba irritado contra tí.

—¡Ay, Dios!

—¡Sí, al recibir la noticia tan imprevista de que habías hecho traición indignamente á mi amor, de que habías entregado mi nombre á la burla y escarnio del público, al saber que se me imponía la boda por orden superior como un castigo y sobre todo como un ultrage, y todo eso por tu traición; en medio de la fuga á que mi razón estraviada se dejó arrastrar, tu nombre no le proferían mis labios sino envuelto en imprecaciones y amenazas, ¡ser vendido, insultado y huir! ¡Ah, por el camino adelante y en el extranjero suelo juraba yo que algún día aprenderías á conocer, en tal manera que no llegases á olvidarlo, lo que puede sufrir y aconsejar nuestro orgullo!... En medio de esos arrebatos de ira, llegué á saber de improviso que el rey había venido aquí, que tu belleza le había deslumbrado, que volvía... ¿qué te diré? Sen-

tí entonces que todo el ódio que creia experimentar contra tí solo era amor. ¡El rey aqui, el rey queriendo apoderarse de mi bien, de mi amor, y resuelto, sin duda, á defenderle contra mí! ¡Al pensar en eso lo abandoné todo y...héme aquí!

—¡Amado mio!

—¿Segun eso, es verdad? ¿te ama? ¿venia aquí? ¿desde cuándo?

—Desde hace tres semanas próximamente!

—¿Con frecuencia?

—Casi todas las noches. El señor de Bassompierre se le presentó á mi hermano una noche, despues de un combate, designándole como un jóven francés y noble, bajo el nombre de caballero de Auney.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabes? ¿cómo así? preguntó Mariana sorprendida.

—¿Creías acaso que no habia yo de estar informado de cuanto, duraute mi ausencia, ocurriese en torno tuyo? Era una exigencia de mi cólera, ya que no de mi amor. ¿Y no le habias conocido al verle?

—¿Cómo pudiera yo haber pensado que era el rey? Pero un instinto misterioso de terror me hacia temblar en su presencia. Tan luego como le veia, esa semejanza que desde el primer momento creí observar! ese rostro frio y triste, no obstante su juventud, y hasta su mismo silencio, me aterraban. ¡Ah, que

bien hiciste en acudir en el momento en que llegaste! Cuando me reveló su nombre, habría yo muerto si no hubieses venido!

—¿Y te ama? repuso el conde estremeciéndose de celos.

—El lo decia, y ya lo viste.

—¡Gracias fortuna mia!

—¿Qué estás diciendo? ¡La cólera del rey es un peligro terrible!

—¡Eh! ¿no ves que ese mismo peligro te arroja á mis brazos? ¡Una rebelion para defenderte y amarte!... es mi desquite tan deseado. Si hubiera's podido comprender el placer que sentia mi mano poco há, al empuñar esta espada levantada contra él!

—¿Le habias conocido al entrar?

—¿No lo edivinaste por la rábia con que hube de inclinar mi espada, cuando al nombrarle, me arrebataste el pretesto de ignorar su rango y calidad, pretesto que me habria permitido cruzar mi acero con el suyo?

—El peligro está en tus brazos, conde de Saldaña... ¡Pues bien! ¡hème aquí en ellos! dijo Mariana estrechándose contra el pecho del conde con un arrebatto de apasionado amor.

—¡Que vengan á arrancarte de ellos! dijo el conde estrechándola sobre su corazon.

—¿Es tu perdon? preguntó Mariana con las mejil-

llas bañadas en llanto.

—No, contestó el conde con embriaguez, es el amor que vuelve á ocupar por entero mi corazón. Alza esa frente altiva, condesa de Saldaña.

—¡Cielos!

—¡El rey lo ha mandado... y obedezco! dijo el conde sonriendo.

—¿Pues no dices que ahora lo prohíbe?

—Sí, y esa es para mí la verdadera orden.

—¡Ser yo tu esposa! exclamó Mariana alzando al cielo sus ojos.

—¡Sí! y toda España, que tanto se complacía en reírse y escarnecerme al oír pronunciar la orden de castigo, se llenará de admiración cuando vea aparecer mi condesa y sepa que pudiera haber sido reina.

—¡Oh! ¡no hables del rey! dijo Mariana apoyando con un movimiento hechicero su frente tersa y despejada en el pecho del conde; turbaria ese recuerdo el sereno cielo de nuestra ilusión!...

—¿Y el señor de Bassompierre? preguntó Saldaña después de un momento de silencio.

Mariana levantó vivamente la cabeza y dijo:

—¡El es quien ha preparado esa trama infame! El es quien, después de haber conducido al rey á esta, casa le ha dejado solo hoy, sin duda para promover una sorpresa odiosa! ¡Ah! si supieses en que términos se

atrevió á hablarme un dia de tí! Es tu enemigo mas implacable.

—¿Pues qué decia? preguntó Saldaña sonriendo.

—¡Oh! ¡nada, nada! exclamó Mariana, por que si yo hablase marcharias al instante á buscarle por todo Madrid, y ya te he acarreado sobrados enemigos.

Sus palabras concluyeron por un grito.

Bassompierre estaba delante de ella.

Al grito de espanto de Mariana, contestó otro de sorpresa que lanzara Bassompierre al conocer á Saldaña.

Volvia á buscar al rey, y al encontrar al conde, quedó estupefacto.

Saldaña adelantó hácia él; pero Mariana, arrojándose rápidamente entre ellos, detuvo al conde, quien, con gran sorpresa suya, se cruzó de brazos y comenzó á reir al ver el semblante trastornado de Bassompierre.

Este, acercándose presuroso á Saldaña, exclamó:

—¡Desventurado! ¿no has recibido mi carta?

—Al contrario, tu carta es la que me ha hecho venir precipitadamente.

—¿Cómo así? ¿no te decia en ella que aguardases á recibir otra? Aun no era tiempo de venir.

—Me bastó con la primera: vengo á obedecer las órdenes del rey.

—Pero si yo te decia que iba á verse precisado á revocarlas.

—Justamente.

—¿Cómo...? ¿obedeces en el momento en que van á decirte que hagas lo contrario?

—Sí.

—¡No lo entiendo! dijo Bassompierre. Perdonad, señora, añadió volviéndose hácia Mariana, creo que el conde y yo necesitamos tener una esplicacion que carecerá completamente de interés para vos. ¿Tendreis á bien dejarnos solos un momento?

—¡No me separo de vosotros! exclamó Mariana, que cada vez estaba mas llena de sorpresa.

—¡Oh! nada temais, señora, repuso Bassopierre, que nada tiene que ver en esto nuestras espadas.

—Pero ¿os conociais ya anteriormente segun veo? dijo la jóven.

—¡Ay! sí, mucho, dijo Bassompierre.

—¿Y escribiais á Francia, al conde, para noticiarle lo que aquí ocurría?

—Sí, ¡y mis avisos han producido un efecto admirable!

—¿Entonces, era una cosa convenida de antemano entre vosotros?

—Un poder general otorgado en toda regla en favor mio.

—¿Y vuestras palabras tan ofensivas para el conde, para su fama?...

—Pura amistad.

—¿Y la accion de traer al rey aquí, con un nombre fingido, era un lazo que nos tendíais?

—Ya veis que yo he sido quién he caido en él.

—¡Ah, señor de Bassompierre! dijo Mariana con acento de amarga reconvencion.

—¡Pero tú, desdichado! exclamó Bassompierre volviéndose hácia Saldaña, ¡acude á auxiliarme! ¡Me dejas aquí, solo, sometido á todos los interrogatorios! ¡Habla de una vez! ¡A él es, señora, á quien habeis de pedir esplicaciones! Que conteste.

—Pues, bien, sí, lo confieso, dijo Saldaña riendo. En mi furor contra tí y contra el rey, al marcharme, dí al embajador de Francia, aquí presente, que es mi mejor amigo, plenos poderes para negociar con la fortuna, tan adversa á la sazón para mí, y su diplomacia es la que, para favorecer en la mejor manera nuestros intereses, ha combinado...

—Sí, ¡y puedo alabarme del resultado de mi misión! dijo Bassompierre. Ahora lo habeis comprendido todo, señora. ¿no es cierto? sois muy afortunada, y quisiera yo hallarme en el mismo caso. Ahora entendámonos los dos, conde. ¿Con que tú solo pides ya casarte con tu enemiga?

—Solo para eso he vuelto.

—Muy bien. Os ruego creais, señora, que por ello, me felicito sinceramente, aunque no era ese el objeto que yo me proponia.

—No por eso dejo de agradeceróslo, dijo Mariana, quien á su vez comenzaba á sonreir al ver el giro imprevisto que habian tomado los sucesos.

—Sois demasiado bondadosa. Así, pues, tú huyes enfurecido porque el rey te manda... que seas feliz; luego te lo prohíbe, y vienes enfurecido... á serlo. Eso es lo que pasa, ¿verdad?

—Exactamente.

—Permíteme que en tu persona salude lleno de admiracion al génio español.

—¿Por qué?

—Porque no es esa la lógica francesa, ¡vive Dios! En Francia, cuando un hombre, dominador en demasía, ya sea rey ó padre de familia, quiere casar á la fuerza á uno de los individuos sometidos á su mando, y ese individuo huye para librarse de semejante ventura, si pronto llega á saber en su destierro que la órden va á ser revocada, el desgraciado se regocija; no vuelve furioso, no acude presuroso para casarse cuanto antes. En Francia suceden así las cosas; sabe uno á qué atenerse, y se obra en ese sentido. Si, por ejemplo, en esas circunstancias se encarga un amigo de parlamentar y de gestionar en favor del fugitivo, ese amigo puede hacer con entera seguridad el razo-

namiento siguiente:

«La muchacha es bonita como un ángel, y el rey enamorado como un paje. Si este viese á aquella, el conde se salvaría.» Abrese de seguida la compañía, marchan las cosas segun se desea, y el rey se abraza de amor. ¡Vive Dios! el negociador, con su candidez francesa, encantado al ver que ha sido tan ingenioso, escribe al fugitivo: «¡Regocíjate! ¡ya no te casarás!» Pero sucede que en vez de un solteron entusiasta, ha hecho un marido; y eso únicamente porque se está del lado de acá de los Pirineos! Me inclino lleno de admiracion.

Y Bassompierre comenzó á pasear á lo largo de la habitacion, dándose aire con el pañuelo.

—Señor de Bassompierre, no os riais, que el rey está furioso, dijo Mariana.

—¿Porque quieren obedecerle? eso no me sorprende, dijo Bassompierre sin dejar de pasear.

—El conde ha desenvainado la espada contra él.

—¿Para obedecer? tampoco me sorprende. Referidme, si gustais, lo que dijo el rey cuando descubrió de improviso que la doña Mariana trágicamente desposada por su orden con el conde de Saldaña, y la doña Mariana de la deliciosa aventura misteriosa de la puerta de Fuencarral, eran una misma y única persona.

—En mi vida he visto sorpresa que iguale á la su-

ya, dijo Saldaña.

—¡Ay! dijo Bassompierre, ese era el punto delicado, y has descornado la cortina con tu brusquería acostumbrada, cuando yo no encontraba medio alguno bastante suave y delicado para levantar tímidamente una punta del velo.

—Y el rey, repuso Mariana, ha marchado jurando que no se ejecutarían sus órdenes primitivas.

—¡Pardiez! mi combinacion era infalible.

—Sacadnos de este apuro, señor de Bassompierre, dijo la jóven con voz suplicante.

—¿Cómo que os saque del apuro? dijo el francés interrumpiendo bruscamente su paseo; ¿y á mí, quién me sacará de él, quereis decírmelo?

—¡Vos mismo! dijo Mariana sorprendida.

—¡Yo! ¿de veras? ¿segun eso, juzgais que mi posicion es muy desahogada en todo este lance? Preciso es confesar que me abruman aquí á fuerza de ironía.

—¿Por qué?

—¡Por qué! ¿pues no estais viendo que el furor y la desesperacion del rey se van á cebar en mí tambien?

—¡Pues vos sois nuestro único recurso!

—¿Yo, volverme á constituir en apoderado?

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿qué va á ser de nosotros entonces? dijo Mariana con ansiedad.

—Vamos, Bassompierre, dijo Saldaña riendo, ¿te

parece oportuno que un diplomático abandone el campo porque su primera combinacion... ha ido mas allá de sus deseos?

—¡Cómo! ¿Tampoco tú te avergüenzas de ofrecerme nuevamente tu clientela? exclamó Bassompierre volviendo á pasear por la estancia en todas direcciones.

Mariana le seguia en ademan suplicante.

—Vos teneis la culpa de todo, le decia.

—¡Yo! exclamaba Bassompierre con una indignacion medio cómica y medio formal, caminando presuroso.

—¡En nombre del cielo, sacadnos de este apuro, señor de Bassompierre, exclamaba la jóven.

—¡Sacadme vos á mí, señora! contestaba Bassompierre.

Saldaña se habia sentado, y reia con toda su alma, cual si en nada le alcanzase el peligro de la situacion. Esta vez se hallaba satisfecho su orgullo con aquel nuevo peligro, y habia recobrado su sangre fria.

De pronto apareció en la puerta de la sala D. Hernando de Córdova, el hermano de Mariana.

—¡Bravo! exclamó Bassompierre; solo vos faltabais aquí, señor D. Hernando.

Y dejándose caer en el camapé, comenzó á reir con su alegría franca y comunicativa.

D. Hernando se habia detenido estupefacto y con

el entrecejo fruncido en el umbral de la puerta.

—Os sorprende esto, ¿verdad? le dijo Bassompierre, riendo cada vez con mas fuerza. ¡Pardiez! hoy se ven aquí cosas imprevistas para todo el mundo. Las ha habido para doña Mariana, para el rey, para el conde de Saldaña y para mí. Justo es, por lo tanto, que tambien á vos os toque vuestra parte. ¡Vamos, entrad!

Mariana se habia lanzado al encuentro de su hermano y le estrechaba entre sus brazos. El conde de Saldaña se habia levantado con el semblante sério.

—¡El conde de Saldaña en mi casa! exclamó don Hernando, cuyos ojos lanzaron chispas.

—¡Pardiez! dijo Bassompierre, el rey le mandó que se casase con vuestra hermana; él lo rehusó y se marchó. Ahora se lo prohíbe el rey: él acude presuroso á obedecer la órden primitiva. Vos, que sois de este país, debeis comprender todas esas cosas.

—¿Qué significa eso? preguntó Hernando, dirigiendo alternativamente á todos los actores de aquella escena una mirada altanera.

—Creo que debeis comprenderlo con facilidad, contestó Bassompierre.

—¡Escúchame, hermano mio! dijo Mariana cogiendo las manos de Hernando.

El conde de Saldaña se adelantó, y dijo:

—D. Fernando, antes de que concluyan para siem-

pre nuestros antiguos ódios y rencores, y de que nos estrechemos lealmente la mano, decidme una sola palabra.

—¿Qué quereis? repuso el morisco con altanería.

—La lealtad en el ódio garantiza la sinceridad en el afecto. Ahora bien: hallándome una noche en una calle desierta y solitaria de Bayona, un mendigo se arrojó sobre mí, y me hirió. Solo os pido que contésteis á esta pregunta: ¿fué por orden vuestra?

—Os contestaré debidamente, dijo Hernando con frialdad: ¿se ha servido alguna vez el conde de Saldaña de asesinos pagados?

—¡No por cierto! dijo el conde, pues me bastaba la espada que ceñía.

—Entonces, ¿por qué el conde de Saldaña, viendo que tambien yo ciño espada, me habla de puñal?

—¡Venga vuestra mano, D. Hernando! dijo Saldaña con un movimiento cordial. ¡Dame la tuya, Mariana! ¡Quede estinguido para siempre entre nosotros todo recuerdo de ódio!

—Pues señor, dijo Bassompierre, hé ahí un cuadro en extremo interesante, y que tampoco habia yo previsto.

—¡Ah! sí; pero nos amenaza un peligro terrible, hermano mio, dijo Mariana: ¡la cólera del rey!

—¡La cólera del rey! repitió Hernando lleno de sorpresa.

—Por Dios, señora, dijo Bassompierre, ahorrame el disgusto de tener que avergonzarme: ya hablareis de eso cuando os quedeis solos.

—Sí, y el señor de Bassompierre es quien á todos nos ha salvado.

—Señora, ¡tened en cuenta mi modestia!

—¿Segun veo, la alegría y la ventura han vuelto con vos á mi casa? dijo Hernando estrechando las manos de Bassompierre. ¡Os doy las gracias!

—Pues bien, D. Hernando, respondió alegrementé Bassompierre, os voy á decir una cosa: en mi vida habia hecho casamientos, al contrario. Esta es la vez primera que tal me sucede, y aun os aseguro que ha sido muy involuntariamente. Sin embargo, teniéndolo todo muy en cuenta, puesto que las cosas han tomado ese giro, lo celebro. Me gusta lo imprevisto, y me gusta tambien, pobre niña, añadió volviéndose hácia Mariana, vuestro amor fiel y valeroso que sabe resistir á la vez al abandono del hombre amado y al brillo de la corona. Es el primero de ese género que he llegado á encontrar, y sentia remordimientos por no ser su defensor en vez de atacarle. Me gusta además, D. Hernando, esa altivez impetuosa que salta, con espada en mano, por cima de los Pirineos para correr en pos de la venganza. Hasta el imponderable orgullo de mi amigo Saldaña me agreda en sus singulares ex-abruptos. Siempre causa placer á un

caballero, en el fondo de su corazón, ver protestar todavía un poco, aunque sea con extravagancia, contra la voluntad real. Así pues, paz y alegría en torno nuestro, amigos míos.

—¡Ah! no me engañaba el instinto que me hacia simpatizar con vos! dijo Mariana tendiendo afectuosamente la mano á Bassompierre. ¡Aun volveréis á salvarnos!

Bassompierre besó con galanteria aquella mano hermosa y suplicante.

—Verdad, es señora, dijo, que si me pongo de parte vuestra, seremos cuatro contra uno, pero ese uno ¿es el rey!

—¡Ah! dijo la jóven, ahora que la felicidad está tan cerca, tiemblo mas que nunca.

—Además, prosiguió Bassompierre, hay aquí un caso de conciencia para todos: desesperar la primera tentativa amorosa del rey ¿no es rechazarle hácia el lado de fray Alvaro y de la Inquisicion, y en vez de un reinado de placeres dar acaso á España un reinado de terror? ¡Pensadlo bien!

—Bueno es que el rey sepa, al menos una vez y por experiencia propia, lo que es ese despotismo que los reyes hacen pesar sobre sus vasallos sin conocerlo. Es una leccion que puede ser útil en el principio de un reinado, contestó Saldaña con una voz en que vibraba todavía el orgullo ultrajado.

—Corriente, dijo Bassompierre, consiento en intervenir una vez más, si es necesario, en vuestros negocios; pero os ruego encarecidamente no digais una palabra que pueda hacer sospechar que estoy de acuerdo con vosotros. He creído ver ya caras bastante sospechosas rondando por estas inmediaciones, y es mal síntoma. ¡No os movais, sino aguardad los acontecimientos! ¡Sobre todo, que el conde de Saldaña no se mezcle en cosa alguna, pues con su extraña manera de raciocinar podríamos llegar á resultados inauditos.

—Esta vez os prometo hacer lo posible para contenerle, dijo Mariana.

—Ahora venga mi sombrero y mi capa, dijo Bassompierre. D. Hernando necesita que le den estensas esplicaciones, y os dejo en libertad para hacerlo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ese pobre rey que se ha marchado solo, por calles que no conoce, y en tal estado de sobreescitacion, ¡Con tal que no le hayan detenidos los alguaciles de alguna ronda!...

—Corriente, dijo Bascompiertre, consiento en interrumpir una vez más, si es necesario, en vuestros negocios; pero os ruego encarecidamente no digáis una palabra que pueda hacer sospechar que estoy de acuerdo con vosotros. He creído ver ya caras bastante sospechosas rondando por estas inmediaciones, y es mal síntoma. No os mováis, sino aguardad los acontecimientos! Sobre todo, que el conde de Saldaña no se mezcle en cosas ajenas, pues con su entrada en escena, ya no podremos llegar á resultados inauditos. —Esta vez os prometo hacer lo posible para conseguirlo, dijo Mariana.

—Ahora venga mi sombrero y mi capa, dijo Bascompiertre. D. Hernando necesita que le den estensas. El rey había salido de casa de Mariana sofocado y colérico, y se había hallado sólo, en mitad de la noche, en el desierto barrio inmediato á la puerta de Fuencarral. Habíase encaminado por la primera calle que hallara delante de sí, impulsado por la cólera y el dolor, sin poder pensar siquiera en la situación en que se encontraba. Caminó de esta suerte, durante algún tiempo, con estremada rapidez; al fin el aire fresco de la noche y el cansancio calmaron el estado de su imaginación. Entonces se detuvo y miró en torno suyo para tratar de orientarse. Grande era su embarazo; se hallaba en medio de calles angostas y

oscuras que le eran del todo desconocidas, y de las que le habria sido imposible salir solo, aun hállandose completamente sereno y tranquilo. Como siempre habia verificado sus nocturnas escursiones acompañando de Bassompierre, nunca pensó en enterarse del camino que recorria sino que caminaba al lado de su guia con el sombrero calado hasta los ojos por miedo que le conociesen, y abstraído por entero en sus reflexiones. Además, Bassompierre, por prudencia, rara vez llevaba el mismo camino dos noches seguidas. Así pues en vano miraba el rey en torno suyo; no alcanzaba á distinguir el camino que habia de seguir. Pasaban pocos transeuntes, y aun estos caminaban apresuradamente, como gente que se ha retardado y desea llegar á su casa cuanto antes. Algunos de ellos se habian vuelto ya á mirar al rey, cuya incertidumbre y vacilacion eran visibles. El miedo de ser conocido, hizo que D. Felipe se subiese el embozo de la capa y apresurase el paso. Pero en cada enervada la eleccion de calle le sumia en nueva perplejidad. No se atrevia á preguntar á los transeuntes, y además, ¿cómo habia de preguntar por el camino de palacio? Dieron las doce en un relox de torre. El rey se estremeció con la sola idea de que pudiera encontrar alguna ronda de la Santa Hermandad y ser interrogado; luego, sucediéndose las inquietudes unas á otras en su imaginacion, se figuró que podria ser notada su

ausencia en palacio, y que criados sobrado celosos que fuesen corriendo con hachas por las calles en busca suya, podían encontrarle de improviso y rodearle con gritos y con un estrépito espantoso que hiciese llegar el escándalo á su colmo. Todas estas ideas le dieron una especie de vértigo, y se detuvo, desconsolado y afligido, en medio de una encrucijada de calles oscuras y tortuosas.

Allí, dos hombres envueltos en sendas capas que le iban siguiendo, sin que él lo observase, desde el momento en que saliera de en casa de Mariana, se le acercaron, diciendo uno de ellos con exquisita urbanidad:

—Paréceme, caballero, que no conocéis mucho el camino; si podemos indicároslé, lo haremos con sumo gusto.

D. Felipe se habia estremecido al oír que le dirigian la palabra, y volviendo vivamente la cabeza cual si hubiese procurado orientarse dirigiendo una mirada al fondo de las calles mas próximas, contestó sin mostrar el semblante:

—En efecto creo que me he extraviado.

—¿Hacia dónde quereis ir? preguntó uno de los desconocidos.

El rey vaciló un momento.

—Hacia el Prado, dijo por fin. Vivo allí cerca.

—Perfectamente: tenemos que pasar tambien por

allí, y si quereis caminar á nuestro lado, os pondremos muy pronto en buen camino.

El rey saludó y se puso en marcha. Por el itinerario que siguieron sus guías, vió cuán necesario le era su auxilio. Anduvieron así durante algun tiempo, guardando el silencio mas profundo, que el rey no se cuidaba de interrumpir. Pero con el placer de haber podido encontrar su camino, comenzaba á mezclarse en su imaginacion el temor de que, por mera cortesía, quisiesen conducírle hasta la misma puerta de palacio. Afortunadamente, al cabo de un momento se detuvieron los dos hombres, y uno de ellos dijo con la mayor sencillez:

—Al extremo de esta calle está el Prado de San Gerónimo, caballero; os hallais en vuestro barrio y podemos daros las buenas noches.

—Os doy rendidas gracias, señores, dijo el rey saludando de nuevo y siatiéndose muy complacido y gozoso al ver unos guías tan discretos.

Los dos hombres, despues de haberse inclinado, tomaron por la calle arriba, en direccion opuesta á la que seguia el rey. Eran dos espías muy finos y cortesés, y á uno de ellos habia tenido ocasion Bassompierre de indicarle su camino algun tiempo antes, con menos urbanidad.

D. Felipe respiró con holgura al verse á poca distancia de su palacio. Se dirigió con rapidez á la puer-

tecita de los jardines, y despues de mirar á todos lados, para ver si alguien le observaba, abrió y entró furtivamente, sin sospechar que su secreto quedaba fuera.

La inquietud y el disgusto le impidieron que lograse conciliar el sueño durante toda la noche.

En la tarde del siguiente dia, quiso pasearse solo por los jardines, y comenzó á vagar con agitacion por las alamedas, sentándose y levantándose á cada momento, adoptando resoluciones que abandonaba en seguida, por considerarlas absurdas, y atormentando desesperado su imaginacion. Veinte veces estuvo próximo á escribir á Bassompierre, para llamarle á su lado, y otras tantas desistió de su propósito por temor de que aquel paso causase estrañeza. Además, parecía imposible que Bassompierre no fuese á verle, guiado por su propio impulso, despues de lo ocurrido en la noche anterior, y escudriñaba incesantemente con la vista las dilatadas calles de árboles, esperando verle asomar al extremo de alguna de ellas.

¿Qué hacia mientras tanto el conde de Bassompierre? Hallábase muy apurado, y temia aventurarse en complicaciones que no habia previsto. Mientras solo se trató de formar una combinacion hábil, para impedir que se llevase á cabo la boda impuesta tan despóticamente al conde de Saldaña, habia puesto en juego, con actividad y sin escrúpulo alguno, todos los

recursos de su imaginacion; y decimos sin escrúpulo, porque entonces solo se trataba de desembarazar á un amigo á quien profesaba antiguo y sincero afecto, y calculaba que sus combinaciones no podian tener mas resultado que el de procurar á Felipe IV una aventura agradable, dando á una jóven un protector poderoso, que por otra parte habia invocado ella misma. Así pues, era complacer á todos sin perjudicar á nadie, y su génio alegre habia hallado placer en la empresa mientras se trató de conducirla al desenlace previsto. El inesperado regreso del conde de Saldaña varió todo esto: ya no se trataba á la sazón de deshacer la boda del conde, sino, por el contrario, de facilitar su realizacion. La aventura habia tomado un giro diametralmente opuesto; pero si con esta variacion brusca se habia tornado mas chistosa y picante, era ya tambien menos inofensiva, porque de los tres personajes que en ella representaban los principales papeles, en aquella complicacion repentina de la intriga, solo dos, que eran Saldaña y Mariana, debian continuar complacidos, cada uno por su estilo; mas el tercero, el rey, debia estar desesperado y colérico, y Bassompierre, que le habia lanzado á aquella aventura, sentia embarazo y aun cierto remordimiento para sacarle de ella. En efecto, la situacion comenzaba á ser delicada, y aun casi cruel; delicada, porque podian surgir complicaciones muy graves; cruel, si el

rey se habia aferrado á aquel primer devaneo con el ardor y la sinceridad de la juventud. Así pues, habia que ver ante todo cuál era la fuerza de aquel sentimiento en el rey, para vislumbrarlo que se debía temer de su dolor ó de su cólera. Ahora bien, esta lucha preocupaba en extremo á Bassompierre no porque vacilase acerca de la parte á que habia de inclinarse, pues en cuanto á esto, sucediera lo que quisiera, siempre se habia de poner de parte de su amigo, porque en todas aquellas alteraciones el peligro continuaba siendo el mismo y aún mayor para Saldaña; pero si se hallaba decidido á no ser cómplice de la tiránica voluntad de Felipe IV, no podia menos de compadecer su dolor y procurar atenuarle. De este modo, las nuevas circunstancias le obligaban á desempeñar el papel de mediador y conciliador, papel difícil entre dos pasiones que podian ser igualmente violentas y altaneras.

En esta disposicion de ánimo, y con el tacto y prudencia de un observador muy atento, fué como Bassompierre entró al dia siguiente en los jardines del Buen Retiro.

Cuando el rey le vió, hubo de hacer un esfuerzo violento para dominar su impaciencia y no correr precipitadamente á su encuentro.

—¡Ah, señor! dijo Bassompierre al llegar junto al rey, apresurándose á interrogarle para reconocer ante

todo el estado de la plaza; ¿qué ocurrió anoche? ¿cómo pudo V. M. volver solo desde tan lejos?

—¡Ah, venid, venid! dijo el rey llevándole á las apartadas y solitarias alamedas en que algunas semanas antes se verificara su primera conversacion. Llegados allí, refirió turbado y con suma precipitacion todos los sucesos de la noche anterior, desde el momento en que Bassompierre le habia dejado solo en casa de la morisca, á saber: el despacho hecho pedazos,—el rey conocido por Mariana,—la llegada del conde de Saldaña,—el descubrimiento del verdadero nombre de la jóven,—la resolucion del conde de casarse con ella,—el rey perdido en las calles de Madrid y guiado al fin, por dos transeuntes á quienes encontrara por un feliz acaso.

—¡Así pues, señor de Bassompierre, era ella! dijo el rey concluyendo. La jóven que se habia arrojado á mis plantas en medio de la procesion de las Descalzas, la mujer con quien mandé al conde de Saldaña que se casase en el término de dos meses, ¿era doña Mariana! ¿Habeis tenido conocimiento de todos estos sucesos?

—Escuchad, señor, mi narracion, dijo Bassompierre. Anoche al cabo de una hora, volví á casa de doña Mariana para reunirme con V. M., pero acababais de marcharos. ¡Cómo me recibieron! Me acusaron de haber tendido un lazo por haber presentado al rey

bajo un nombre supuesto. El conde de Saldaña, á quien conocí en otro tiempo en Francia, y á quien me sorprendió mucho encontrar allí, me declaró que estaba en casa de su futura esposa. Luego, para completar aquella situación anómala y singular, entra de improviso por otra puerta D. Hernando de Córdova, hermano de Mariana, y llegó á saber que justamente habia hecho su viaje allende los Pirineos con el esclusivo propósito de dar muerte al conde de Saldaña. Al ver á ambos frente á frente, creí que iban á degollarse delante de mí: ¡nada de eso! Se abrazaron, la riña se convirtió en el arreglo de la boda, y asistí á una verdadera escena de familia con todas sus tiernas emociones. Pregunté que significaba todo aquello, y me respondieron que solo se trataba de obedecer al rey, y en efecto, el conde de Saldaña sacó del bolsillo una orden firmada por V. M., en la que se le mandaba casarse con doña Mariana. Así fué como supe quién era aquella jóven. Desconsolado con tal descubrimiento, salí precipitadamente con la esperanza de encontrar á V. M. Corrí desatentado por todas partes, vine tres veces al Retiro, regresé á mi casa al amanecer, y ruego á V. M. crea que, si no me levanté la tapa de los sesos al acostarme, fué porque tenia empeño en venir á disculparme tan luego como me levantase.

El rey seguia andando sin pronunciar una palabra.

—Es una fatalidad inaudita, prosiguió Bassompierre. ¡Entre tantas mujeres como hay en Madrid, ir á tropezar precisamente con esa! De seguro que cuando yo invité á V. M. á recorrer su capital, hablándole de las cosas extraordinarias que solían encontrarse por la noche, nada preveía tan sorprendente como lo que ha ocurrido, y aun estoy pensando si en la noche anterior habré asistido, sin saberlo á la representación de *Casa con dos puertas mala es de guardar* ó de cualquiera otra comedia de Calderon, de las de mas enredo.

—Así, pues, dijo el rey con voz alterada, he ahí mi nombre descubierto, mi secreto en poder de un enemigo; la dignidad real manchada con el escándalo!... ¿Qué haremos, conde?

—En cuanto á lo del escándalo, señor, podeis estar completamente tranquilo, pues no le habrá: el respeto asegurará el silencio, respondo de ello. ¿Ahora me pregunta V. M. lo que deberá hacer? Señor, he reflexionado toda la noche acerca de eso, añadió Bassompierre sonriendo, y hé aquí el resultado de mis profundas meditaciones: que España es un pais encantado, en donde las tormentas solo duran una hora, en donde á cada mujer bonita que pasa sigue otra mas linda, en donde, con el calor que hace, no es menos necesaria para los españoles la paz que la sombra, y en donde no ha de ser el rey el único que

turbe con enfadosos cuidados la dulce embriaguez de sus diez y siete años. ¿Sabéis lo que ha de hacerse, señor? Un simple movimiento de cabeza; apartar la vista de una historieta que prometió ser divertida en un principio y que concluye neciamente por fastidiar; dejar que todo eso se desvanezca cual pasajero sueño de la mañana, y el resto del día será grata la vida.

—¡Cómo! ¿dejarles que se gocen tranquilamente en su insolencia y en mi confusion? exclamó el rey parándose bruscamente. ¿Que me resigne, y á ese precio se dignarán callar y olvidarme?... ¡Olvidar! ¿acaso puedo yo hacerlo? ¿Está ya libre mi corazón? ¡No volver á verla! ¡no volver á bajar todas las noches, ansioso y anhelante, por esas calles misteriosas, á cuyo extremo sabia que habia de encontrarla!... ¿Era eso cuanto teníais que decirme? ¿No veis acaso que estoy desesperado?

Bassompierre, que habria deseado dar á la conversacion un giro frívolo y festivo, con la esperanza de retraer así el pensamiento del rey de toda resolucion formal ó violenta, sintió profunda inquietud al ver aquella vehemencia, y frunció el entrecejo, adivinando mas dificultades de las que hubiera deseado encontrar.

—¿Y qué intenta hacer V. M.? preguntó con tono formal.

—¿Acaso lo sé yo mismo? dijo D. Felipe. Lo que

sé es que amo, que me ultrajan, y que soy rey.

—En efecto, V. M. todo lo puede, dijo Bassompierre con gravedad, y si lo que invocais, señor, es vuestro poder, como todos los españoles, ó acaso mas que ellos en mi calidad de extranjero, solo me resta inclinarme y callar. Pero si V. M. me permite que continúe hablando con la respetuosa franqueza que se ha dignado tolerar hasta ahora; si en una crisis de sucesos en que he tenido alguna parte de culpa, y en la que por consiguiente soy el servidor natural de V. M., os dignais permitirme que os ayude á buscar una salida decorosa y fácil...

—Hablad, ya os escucho, dijo el rey con un movimiento de abandono y de confianza que turbó el corazón de Bassompierre y le hizo sentir vivamente lo penosa que era la situacion falsa en que habia llegado á colocarse. Hablad, ¿qué consejos puedo solicitar sino los vuestros? ¿A quién he de dirigirme sino á vos?

—En efecto, señor, no podeis dudar de lo mucho que me afligen vuestros pesares, dijo Bassompierre con sinceridad. Pero como por razon natural V. M. en sí mismo solo hallará los consejos que dá el dolor, acaso los de la razon necesite escucharlos de boca ajena; y hé ahí por que es preciso permitirme que examine friamente la situacion, á fin de que la razon y la pasion trabajen de acuerdo, si ser puede, para

hacernos salir del apuro. En primer lugar, señor comenzaremos por prescindir aquí de vuestro poderío raal; es inmenso, V. M. no tiene mas que pronunciar una palabra en España, y esa palabra irá á matar caciques á las Indias. Pero ese poder ilimitado se detiene, señor, ante el corazon de la jóven mas humilde de vuestros reinos, porque el corazon es libre y celoso, teme á las órdenes, y solo obedece á los ruegos. V. M. que quiere conocer el amor, posee todo lo necesario para obtenerle: solo le falta una cosa: la costumbre de suplicar. Así pues, señor, de lo que ante todo debeis desconfiar, es del hábito de mando; nada vale para eso, al contrario, perjudica. Vea V. M. el daño que en todo esto le ha causado ya el uso inoportuno de su poder. Una jóven se arroja á vuestra plantas implorando vuestra proteccion; en seguida, en medio del escándalo, interviene el inquisidor general. Profeso al inquisidor general el mas profundo respeto, y en manera alguna deseo malquistarme con el; pero mucho temo (y esto solo á V. M. lo diré), para las cosas humanas, á esos hombres inexorables que viven completamente ajenos á nuestras pasiones, y que intervienen en ellas de repente cual cortantes espadas. ¿Qué ha ocurrido aquí? Sin informarse, sin saber quién era esa mujer, si merecia proteccion ó desprecio, sin dejar á V. M. siquiera el tiempo necesario para escuchar el dictámen de la

justicia, se apoderaron ciegamente de aquel gran desorden para herir en el corazon al heredero, de uno de los apellidos mas ilustres y nobles de Castilla. Sin oirle, sin cuidarse de la dignidad del Trono, el cual debe tratar de conservar ileso el respeto de los pueblos hácia los nombres ilustres y pierde tambien una parte de su fuerza con el desdoro de toda familia notable, arrancaron por sorpresa á V. M., á su generosa cólera, una orden que hacia obrase directamente el poder real sobre una cosa que debe permanecer siempre libre, cual es el corazon de vuestros vasallos.

¿Qué ha resultado? muchas cosas desagradables. El conde de Saldaña, que como todo buen caballero estoy seguro de que habria obedecido sin vacilar la orden de V. M. si solo se hubiese tratado de su vida ó de su patrimonio, se vió condenado á la faz de España á convertirse en rebelde para quedar dueño de sus sentimientos; la nacion entera fijó su atencion en esa lucha pública entre el rey y el vasallo, procurando adivinar quién venceria, si el dueño ó el vasallo rebelde en tal manera que hoy es cuestion de honra para el rey, á los ojos de su pueblo, hacer que se cumpla la orden dada; luego, de improviso, por una complicacion singular debida á la casualidad, por una fatalidad sin ejemplo, V. M. se ve en el caso de requerir de amor á la mujer que ha dado soberana-

mente á otro, encontrando sujeto por vuestra propia mano el corazon que quisiera hallar libre, siendo obstáculo para vuestra voluntad vuestro propio poder, y encontrándoos reducido á la alternativa cruel de destrozarse secretamente vuestro corazon para dejar á salvo vuestra dignidad de rey, ó sacrificar esta abiertamente para salvar á vuestro corazon. ¿No es esa, en verdad, la situacion en que hoy se encuentra V. M? Y todo esto, señor, porque un dia hirió la autoridad real á lo que Dios hizo libre. Así pues, desconfíe V. M. ante todo del mando en las cosas que atañen al corazon.

El rey habia escuchado estas palabras con profunda sorpresa.

—¿Segun eso, el inquisidor general puede dar malos consejos? dijo.

—Nadie se halla hoy en mejor posicion que V. M. repuso Bassompierre, para juzgar lo que en esta ocasion ha hecho el inquisidor general. ¿No deplora V. M. en este mismo momento las consecuencias que han resultado?

—¿Pero las órdenes que dan los reyes, pueden ser injustas?

—Señor, dijo Bassompierre sonriendo, me hallo inclinado á creer que son injustas cuando llegan á crear un obstáculo para los mismos reyes.

—Entonces, ¿qué me hubiérais aconsejado que hi-

ciese cuando esa jóven imploró mi proteccion?

—Que evitáseis toda resolucion precipitada y aguardáseis á obrar con sangre fria.

—¿Y hoy?

—Mi consejo será el mismo, señor.

—¡Aguardar! dijo el rey con la violenta impaciencia de la pasion.

—Sí, señor, aguardar repitió Bassompierre, porque en este momento no veo que V. M. pueda adoptar sino resoluciones desesperadas. O acelerar por vos mismo la ejecucion rápida y pública de la órden dada, ú oponerse á ella abiertamente. No hay otra alternativa. Pues bien, señor, examinemos. Primer partido que puede adoptarse: dejar que se cumpla la órden dada por V. M.; mandar abrir á la multitud las puertas de vuestra real capilla, y allí, ante toda la corte, asistir impasible, dueño de sí mismo y de todos, á esa boda. España que aguarda con anhelante curiosidad el desenlace de esa lucha abierta entre el vasallo y el rey, verá entonces que siempre se debe obedecer, aun cuando el castigado sea el primogénito de la casa mas ilustre de Castilla. ¡Ejemplo grandioso y útil al inaugurarse un nuevo reinado, señor! Ese es el desenlace que aguardan los buenos españoles, los amigos del Trono, tan temidos de los partidarios secretos de toda rebelion contra los reyes. Ese es el partido de la razon y de la dignidad, señor: ¿se siente

V. M. con fuerzas suficientes para adoptarle?

—¡No! dijo el rey con violencia. ¿Cuál es el otro?

—Le queda á V. M. el amargo placer de la dominacion soberana. Es el placer de los reyes, señor; los demás son los placeres de los hombres.

—¡No! repitió el rey, caminando con agitacion. Arriba la desesperacion, abajo la felicidad: ¡no acepto esos extremos! ¿y sois vos, conde de Bassompierre, quien así me habla? ¿Vos, que me mostrábais aquí mismo, no hace aun mucho tiempo, á la juventud y el poder, ofreciéndome los placeres y alegrías de la tierra, á la caballeresca España brindándome por boca de todos sus poetas con la vida brillante y audaz? Al escucharos poco há, creí estar oyendo una leccion posterior de fray Alvaro.

Bassompierre se mordió los lábios, porque conocia en efecto, que el nuevo giro de la intriga le habia conducido á emplear un lenguaje nuevo tambien.

—Veo señor, contestó sonriendo, tambien eso es una de inquisidor general. Es tan falsa la situacion creada por sus consejos, que despues de haber puesto á V. M. en contradiccion con su propia voluntad, me obliga, á mi vez, á contradecirme á mí mismo. Pero, ¿qué le hemos de hacer, señor? esta situacion que no he creado y que deploro con toda mi alma, existe, y preciso es que yo permanezca en ella hasta que logre hallar un medio para salir del atolladero.

Ahora bien, en este conflicto de intereses encontrados y diametralmente opuestos, lo que ante todo he debido tener en cuenta es el honor del trono empeñado públicamente, y que suceda lo que quiera, nunca debe menoscabarse lo mas mínimo en el respeto de los pueblos. Ese cuidado solícito de la dignidad del trono puede mancomunarse muy bien con la existencia brillante y libre, pero con la condicion precisa de que no ha de padecer el corazon: si por casualidad llega un dia en que el placer del rey se encuentre en abierta oposicion con el interés de su poder, y en que haya de sacrificarse el uno al otro, creedme, señor, todo servidor fiel á quien se pregunte acerca de la eleccion que deba hacerse, por grande que pueda ser su aficion personal al placer, se consagrará ante todo á dejar á salvo la honra. Animo, pues, señor, prosiguió Bassompierre con voz persuasiva; aunque ese sacrificio haya de costar un esfuerzo doloroso á V. M., sed hoy rey, y mañana sereis hombre.

—¡Ah! exclamó el rey con acento de desesperacion, esas inquietudes de dignidad que creéis necesario despertar en mi mente, existen ya en ella harto desconsoladoras. ¿No eran ellas, acaso, las que me llenaban de turbacion, todas las noches, cuando recoríamos juntos esas calles en las que tanto temia yo las miradas de mis soldados que estaban de centinela, y la curiosidad de los transeuntes? Entonces os chan-

ceábais acerca de eso. Aun al lado de ella, ese temor de ser conocido que me hacia permanecer silencioso, ese terror que yo sentia al oír mi nombre pronunciado por sus lábios, al ver mi secreto en poder del conde de Saldaña, ¿qué eran sino ese mismo respeto á mi corona que ahora me recordais? Desde mi infancia, harto me han hecho ocuparme de esos cuidados de dignidad, de ese terror hácia el trono temible de mis antepasados. En este mismo momento, creedlo conde, mi corazon se halla aterrado. Si procuro rechazar esa impresion, si pido auxilio á vuestros consejos, ¡ah! es porque un poder nuevo y mas fuerte se ha enseñoreado de mi corazon! Tambien ese poder me espanta; en vano intento combatirle, en vano invoco toda la pasada resistencia de mi juventud: ¡ay, Dios! ¡siento que me abandonan mis fuerzas! Vuestras palabras no alcanzarán á restituirme mi antiguo valor y severidad. ¡Así pues, decidme otra cosa, buscad algo mas, busquemos juntos! ¿Es de absoluta precision optar entre mi dignidad de rey, y esa vida nueva y tan dulce para mi corazon? ¿No hay algun medio para conciliar ambas cosas, ó al menos para salvar todo lo mas posible de una y de otra? Esa órden que dí al conde de Saldaña delante de toda la córte, esa órden malhadada que constituye hoy su fuerza y mi debilidad, ¿es de todo punto necesario que él y yo nos sometamos á ella? Si yo la revocase públicamente, ¿no desaparece-

ría el obstáculo? ¿No recobraría yo mi libertad?

—Ya he pensado en ese medio, señor, porque desde luego se presenta esa idea naturalmente á la imaginacion. Pero ved sus consecuencias: V. M. revoca solemnemente ante la corte la orden que dió al conde de Saldaña; ¡qué sorpresa producirá ese acto señor! En seguida procuran averiguar los motivos de semejante variacion de vuestra voluntad; la curiosidad pública, escitada ya en todas partes, se aumenta entonces, y se descubren aquellos motivos. ¡Será un escándalo terrible! ¿Y el inquisidor general, cuya conducta queda desaprobada así públicamente? Podreis contar con graves reconvenciones. ¡Si al menos, despues que V. M. haya tenido que sostener todo ese peso de la pública maledicencia, se lograse el resultado que esperais! pero ese grande esfuerzo de energía, que tanto habrá costado llevar á efecto, nada producirá. Revocada ya la orden, el conde de Saldaña no se verá obligado á casarse con doña Mariana, es verdad, pero le quedará entera libertad para hacerlo, y lo hará, podeis estar seguro de ello, á no ser que V. M., despues de habérselo mandado, se lo prohiba, lo cual haria que aumentase considerablemente la sorpresa.

—¡Cómo! ¿creeis que despues de revocada la orden se obstinaria el conde de Saldaña en llevar á cabo ese matrimonio? Entopces, ¿cómo huyó al pronto por no obedecer?

—Pero señor, ya ha vuelto, y esas mismas contradicciones son indicio de amor.

—¿La ama? ¿lo creéis así? dijo el rey con voz alterada.

—Señor, para que su respeto no le decidiese á retirarse ante las órdenes de V. M., para que su orgullo tan altanero se esponga, con ese enlace, á la burla y el escarnio de la nobleza española, preciso es que el amor sea en él muy violento. Ahora bien, el amor nunca cede.

—Pues bien, ¡corrientel! ¡haya guerra entre nosotros! exclamó el rey con el arrebatado de ira que sucede casi siempre á las tentativas inútiles de conciliacion.

—Señor, segun veo dijo Bassompierre con la mayor tranquilidad, optais por el segundo de los partidos extremos de que hablé hace poco: V. M. se opondrá resueltamente á la ejecucion de la orden que diera hace dos meses.

—¡Sí, resueltamente! dijo el rey caminando presuroso y agitado; ¡y así veremos cuál de los dos cedel

—¡Muy bien, señor! exclamó Bassompierre. Veo con júbilo que aun no se hallan próximas á extinguirse en España las bellas tradiciones de energía y de audacia. Pero advierto á V. M. que el conde de Saldaña es hombre temible en esta clase de asuntos: no teme el escándalo y el ruido, sino que por el contrario se goza en ellos. Así pues, es preciso que V. M. se pre-

pare á recurrir á toda su energía, porque esa delicadeza de corazon, ese pudor de juventud y ese sentimiento elevado de dignidad que tanto distinguen á V. M., temo que habrán de sufrir mucho en una lucha en que es preciso esperar una publicidad ruidosa. Cuando se sepa que el conde de Saldaña habia vuelto para obedecer la órden del rey, pero que este le prohibe ahora lo haga, y cuando se inquieran las causas de esa prohibicion inesperada, sin duda alguna se encargará el mismo conde de Saldaña de esplicarlas, y entonces se divulgará el secreto de V. M. Pronto se hablará por do quiera del misterio de la puerta de Fuencarral; las salidas nocturnas del rey; el despacho de capitan ofrecido á la jóven para su hermano, y rasgado por ella en un raptó de noble indignacion, el rey sorprendido infraganti por el conde en su tentativa de amor, luego el rey estraviado en las calles de Madrid y guiado hasta cerca del palacio por dos desconocidos, en una palabra, todos los sucesos de la pasada noche, serán muy pronto asunto de todas las conversaciones y hablillas.

—¡Cómo! dijo el rey, sintiendo renacer su timidez al escuchar estas palabras, ¿se atreveria el conde de Saldaña?...

—Por obedeceros, señor, no sé hasta qué estremo llevaria su audacia.

El rey no contestó. Su resolucion violenta pare-

cia haberle abandonado repentinamente. Durante algun tiempo siguió andando silencioso y con la cabeza inclinada.

—¡No, no! dijo por fin, nada de escándalo!... ¡Ah! estoy desesperado señor de Bassompierre! Hacedme el favor de ver al conde, puesto que le conocéis. Procurad averiguar lo que intenta hacer. Habladle, ofreded, amenazad, conceded todo lo que queráis. ¡Pero que ella quede libre!.. Que elija entre mi favor y mi cólera. Mañana me comunicareis el resultado de vuestras gestiones. Adios, señor de Bassompierre.

Y D. Felipe se alejó trastornado y agitado en estremo.

XVII.

Al salir Bassompierre del Buen-Retiro, se dirigió al palacio del duque de Lerma, que era donde vivía el conde de Saldaña.

El duque de Lerma, tío del conde de Saldaña, era primer ministro en que ocurrió la muerte del rey D. Felipe III; había sido desterrado al advenimiento de D. Felipe IV al trono, lo mismo que el duque del Infantado, la condesa de Ledesma y casi todos los miembros de su familia, y el magnífico palacio en que habitaba en Madrid se hallaba cerrado. Bassompierre atravesó estensos patios desiertos, que solo se hallaban ya animados por el ruido que producía el agua de los

surtideros al caer en las pilas de las fuentes. El conde de Saldaña ocupaba una sala del edificio, bastante retirada, que daba al jardín, y que solo se hallaba abierta desde la víspera. Bassompierre le encontró en una habitacion estensa, de gusto severo, cuyas paredes estaban forradas de cordoban dorado y labrado. Saldaña estaba sentado, con semblante sério y sereno, examinando unos papeles que ordenaba en legajos, despues de quemar algunos de ellos en un brasero.

—No te pregunto si estás solo, dijo Bassompierre al entrar, porque escepto el betusto portero que me ha abierta el postigo con cara triste y compungida, no he encontrado un rostro humano en esas vastas soledades.

—Casa de próscrito, dijo el conde.

Bassompierre cerró la puerta y se sentó.

—¿Qué estás haciendo? preguntó.

—Ya lo vés, lo que todo hombre que no es bastardo ó gitano, hace dos veces en su vida, dijo el conde; en la víspera de su boda y en la víspera de su muerte.

—En Francia, dijo Basompierre, añadimos una circunstancia mas: en la víspera de entrar en la Bastilla. Quema papeles, amigo mio, que es muy conveniente deshacerse de ellos.

El conde de Saldaña tenia en la mano unas cuan-

tas cartas que contempló con aire pensativo, y para las cuales pareció que vacilaba su eleccion entre el cajon y el brasero.

—Y sin embargo, siempre conservamos cariño á los papeles, añadió Bassompierre, sobre todo cuando tiene esa forma y tamaño. ¿Dónde hay cosa mas natural? Son nuestra juventud, y seria preciso tener el corazon de un inquisidor, para quemaros sin un suspiro, hermosas niñas que soleis llamaros Leonor, Cármen, Inés...

Al oir el conde de Saldaña el nombre de Inés, se estremeció y dejando caer lentamente las cartas en el brasero, estuvo mirando como ardian, pensativo y silencioso.

—Este gran palacio desierto me ha oprimido el corazon y me ha entristecido, dijo Bassompierre. Le ví tan animado hace diez años, cuando verifiqué mi primer viaje á Madrid, cuando el duque de Lerma, con la frente inclinada y pensativa, paseaba por estas galerias, y todos le acataban y reverenciaban. ¡Pobre duque! ¿donde está ahora?

El conde de Saldaña se levantó con un movimiento nervioso, y comenzó á pasear por la estancia.

—No me hables de eso, dijo; cuando pienso en que todos mis parientes ó deudos están desterrados, en que solo yo estoy aquí, me siento profundamente humillado.

—Pues bien, dijo Basompierre, ¿quieres que todas estas puertas cerradas vuelvan á abrirse? ¿Quieres que el duque de Lerma vuelva á su palacio, y el duque del Infantado y la condesa de Ledesma á los suyos respectivos?

Saldaña se detuvo.

—¿Qué quieres, decir preguntó.

—¿Lo quieres, sí ó no? Solo tienes que pronunciar una palabra.

Saldaña miró fijamente á Bassompierre.

—¿Vienes del Buen-Retiro? dijo.

—Responde, replicó Bassompierre.

—¡No! exclamó el conde con breve acento.

—¿No?

—¡No!

—¿Entonces, los destierras?

—Sí.

No está muy desarrollado en tí el amor á la familia. Otra cosa: ¿quieres ser caballerizo mayor? ¿primer gentil hombre de cámara?

—No.

—¿Capitan general de Madrid? ¿virrey del Perú ó de Méjico? ¡habla, habla! ¿quieres ser cacique en el Nuevo-Mundo?

—¡Te digo que no!... ¿Y eres tú quien viene á hacerme esas proposiciones?

—Sí, soy yo, tu amigo sincero y leal, quien quie-

re ponerte en guardia contra los malos consejos del primer arrebató. Reflexiónalo bien. Nunca volverás á encontrarte, ¡nunca! en tal situacion. En este momento tienes toda la estension de dos continentes abierta á tu ambicion.

—Solo te diré breves palabras: ponte en mi lugar y contesta por mí, que acepto de antemano tu respuesta.

—No nos salgamos de la cuestion, si gustas. Yo no puedo tener ambicion en España.

—Pues, bien, contesta desde el opuesto lado de los Pirineos.

—Corriente. Hé aquí lo que me sucedió allende los Pirineos. ¿Habrás oído hablar de la pasion que inspiró á Enrique IV la princesa de Condé, y de la guerra que aquel emprendió contra Holanda porque el marido de la princesa, que no tenia ambicion, se habia refugiado allí con su mujer.

—Sí.

—Pues bien, lo que acaso no sepas es que yo fui quien estuvo á punto de ser marido de la princesa. Su padre, el duque de Montmorency, me habia dispensado la honra de desear que fuese yo su yerno, y segun comprenderás fácilmente, iba á aceptar lleno de entusiasmo cuando el rey Enrique IV, que llegó á saberlo, me mandó ir á su cámara y me dijo: «Bassompierre, aseguran que te vas á casar con Carlota

de Montmorency. Eso me aflige, porque si te casas, te quiero demasiado para engañarte, y si no te engaño te aborreceré.

—¿Qué hiciste?

—¡Pardiez! siendo paternal el aviso, le agradecí y dejé... todo el honor al príncipe de Condé. Has querido que te conteste: he ahí mi respuesta.

—Hé aquí la mia: ¿Te habia mandado Enrique IV que te casaras?

—¡Ah! ¡vive Dios! ¡eso hubiera sido demasiado!

—Pues bien, á mí me lo han mandado, y luego me lo han prohibido. Dos veces se han burlado de mi voluntad, dos veces han querido entregar mi nombre á la irrisión pública. ¡Vive el cielo! Aun han de ver quien soy. El desquite que yo anhelaba hallar algun dia le he encontrado completo, brillante, ¡y eres tú, tú, quien me aconseja que no le aprovechel!

—Conozco yo á algunos en España á quienes no aprovecha mucho pedir revanchas, dijo Bassompierre, acordándose de Olivares y de otras víctimas del marqués de Haudessac.

—¿Qué quieres decir?

—Nada que pueda interesarte. ¿Segun eso, estás firmemente decidido á arrostrar todos los obstáculos y á casarte?

—¡Sí!

—¿Has reflexionado bien lo que es el matrimonio

para un hombre acostumbrado como tú á la vida libre y sin traba alguna?

—Me has encontrado quemando los últimos restos del pasado.

—Segun eso, estás verdaderamente enamorado.

—¿No has visto á Mariana?

—Seguramente que su hermosura es maravillosa. Pero ¿has examinado detenidamente si es solo el amor el que te impulsa á dar un paso tan aventurado, ó si no entra ahí por mucho el orgullo lastimado?

—Tanto mejor, si hay algo de orgullo en mi determinacion, porque entonces no cejaré en lo mas mínimo.

—Sin duda alguna; pero despues del ardor del primer momento y de la ciega alegría de la audacia, ¿no padecerá ese orgullo intrépido al conocer que el público, para quien continuarán siendo un misterio las causas secretas de tu boda, solo habrá visto en esta una sumision humilde á las órdenes del rey?

—Descuida, que las causas secretas llegarán á ser conocidas, y mi sumision no será considerada como deshonrosa.

—¿Has tenido en cuenta que aun no has llegado á cumplir treinta años, y que cierras á tu ambicion el largo reinado de un monarca que aun no cuenta diez y siete años de edad?

—No me asusta la emigracion: en estrañas tierras encontraré á toda mi familia.

—Querido Saidaña, dijo Bassompierre cogiendo las manos del conde, te he hablado con toda la prudencia y cordura que nuestros amigos deben tener para con nosotros en tales circunstancias; además he desempeñado escrupulosamente para contigo el papel de conciliador que se me habia confiado. Ahora que mi conciencia está tranquila, solo añadiré una palabra para mi propia satisfaccion, y es que, á hallarme yo en tu lugar, habria contestado lo mismo que acabas de responder, y hubiera hecho lo propio que tú.

—¡Gracias á Dios! dijo el conde, ese si que es tu lenguaje. ¿Segun veo, te habian encargado que me tanteases?

—Sí, querido amigo, he recibido del enemigo exactamente los mismos poderes que tú me dieras hace dos meses, y voy estando bastante atosigado con ese conflicto de poderes agenos.

—En cuanto á mí, dijo el conde estrechando la mano de Bassompierre, solo me resta darte las gracias mas espresivas por la manera en que has manejado mis asuntos.

—Dudo que el opuesto bando me hable del mismo modo.

—¿Qué sentimiento predomina en palacio?

—La desesperacion, la rábia y el miedo. Un temor espantoso al escándalo, en medio de las irresoluciones mas furiosas. Toma nota exacta de este punto, es un aviso útil que te doy al restituirte la direccion de tus negocios.

—¡Despotismo y timidez! dijo Saldaña con irónico acento. Nuestros dueños, cuando nos aplastan, debieran dispensarnos al menos la honra de no temblar.

—No te fies: al fin de todo eso está la violencia.

—Allá veremos, dijo Saldaña con perfecta sangre fria.

Cuando Bassompierre regresó á su casa, encontro á D. Hernando que le estaba aguardando.

—Caballero, dijo el hermano de Mariana, vengo á restituiros las cartas de recomendacion que me disteis para vuestros amigos de Francia.

—¡Cómo! ¿os las habeis traído? dijo Bassompierre fingiendo sorpresa; ¿no habeis hecho uso de ellas?

—No he entrado en Francia, señor conde.

—¿Pues en dónde habeis estado durante vuestra ausencia? Al veros aparecer de improviso en vuestra casa, la pasada noche, con aquella figura de fantasma, creí que volvíais de hacer una verdadera carnicería con todos vuestros enemigos.

—Las cosas se han arreglado de mejor manera que si nos hubiésemos encontrado en las gargantas de los Pirineos, dijo Hernando riendo. Si quereis, señor

conde, para disculpar mi impolítica de restituiros las cartas, voy á referiros los sucesos que me han detenido en el camino.

—Con mucho gusto, dijo Bassompierre quien los conocia ya por el relato del marqués de Haudessac, pero deseaba oir la version del morisco.

Entonces, Hernando cuyo carácter ya no sufría el peso del odio y del cuidado de vengar su honra, refirió con la intrépida alegría del soldado, sus perances en la posada de Miranda, sin olvidar lo mas mínimo, ni su furor cuando se vió detenido á mitad de camino entre Madrid y Bayona, sin dinero y sin caballo, ni la última partida de dados, cuyo importe eran los quince días de devocion á la Virgen de Guadalupe.

—¿Y tambien la perdísteis? dijo Bassompierre.

—Y la pagué al contado, señor conde.

—¡Cómo! ¿Despues de marcharse vuestro adversario con todos vuestros bagages, permanecisteis quince dias en la posada?

—Preciso era cumplir mi palabra. Todas las mañanas iba á encender un cirio delante de la Virgen, y aunque de mala gana, lo confieso, invocaba la proteccion del cielo en favor del que me habia despojado. Así, pues, debe estar tranquilo, pues su voto se ha cumplido con escrupulosa exactitud.

Bassompierre reia con una alegría franca, que

hacia algunos dias ya que no tenia.

—¿Y cómo os compusisteis para pagar al posadero y volver aquí? dijo.

—Solo me quedaba mi espada. Terminado mi voto y el plazo de mi permanencia en Miranda, tuve tentaciones de atravesarme con ella. En efecto, me era imposible llegar á Francia con tan triste equipage y sin recurso de ningun género; por lo tanto era preciso regresar á Madrid cuanto antes para volver á marchar en seguida con la firme resolucion de no jugar ya en el camino. Pero lo difícil era salir de la posada: el hostalero, no obstante todos los cirios que me veia quumar, no parecia tener la menor confianza en mi crédito. Mandé llamar á un judio, y vendí mi espada. Ese fué mi verdadero castigo, señor. ¡Vender un soldado su espada! ¡Un hombre furioso que buscaba á su enemigo, que podia encontrarle y que ya no tenia su espada! Era cruel; pero al menos me hallaba corregido para siempre de mi aficion al juego. Regresé, pues, á Madrid sin espada. Felizmente ya no la necesitaba para mi primitivo propósito, por el estado en que hallé las cosas.

—Sí, dijo Bassompierre; pero como podreis necesitarla contra otros enemigos, vais á aceptar una de mi mano.

Y desciñéndose la que llevaba puesta, se la ofreció á D. Hernando con cordial ademan.

—Aceptadla, dijo, como un recuerdo del interés que me he tomado por vuestros asuntos, y por el que me tomo en vuestros nuevos peligros.

—Hernando tomó la espada.

—La acepto, dijo, porque en la espada está el corazón del soldado.

—Prometedme únicamente, añadió Bassompierre riendo, no desenvainarla contra el que os despojó en Miranda, si llegais á encontrarle algun dia en España; y esto con tanto mayor motivo, cuanto que tengo que haceros algunas restituciones. Tomad, ¿conoceis esto?

—¡Mi cinto! ¡mi dinero! exclamó Hernando muy sorprendido.

—Venid ahora por aquí, añadió Bassompierre, y saliendo á un patio inmediato abrió la puerta de sus caballerizas.

—¡Mi caballo! exclamó Hernando cada vez mas maravillado: ¿me explicareis, señor conde?...

—¡Dios mio! no hay cosa mas sencilla, dijo Bassompierre que creyó inútil referir la verdad con todos sus pormenores; á nosotros los embajadores suelen tomarnos nuestros nacionales por confesores, algunas veces. Así pues, reine la mas completa paz y armonía entre vos y el hombre de los cirios...

—¡Ah! tengo hartó alegre el corazón para que el rencor pueda albergarse en él, contestó Hernando riendo.

—¡Tened cuidado! dijo Bassompierre en tono más sério, que aun no han concluido vuestras pruebas.

—Cualesquiera que sean, señor conde, desde el momento en que la honra no se halla comprometida, me encuentro ya más desembarazado para todo.

—¿Sabeis lo que ha ocurrido durante vuestra ausencia, y conocéis el peligro de la situación actual? Acaso obraríais prudentemente, añadió Bassompierre fijando su mirada en D. Hernando para escudriñar su pensamiento secreto acerca de la crisis del momento, presentándoos en palacio para dar las gracias al rey por el despacho de capitán que os ha concedido.

—Pero ese despacho le ha hecho pedazos mi hermana, contestó Hernando con tono grave.

—Se puede componer.

—No, le prefiero roto.

—¡Cómo! ¿ya no quereis esa provision?

—No.

—¿Qué deseais ahora?

—Nada.

—Pensadlo bien, que os va en ello todo el porvenir. ¿Nada quereis?

—¡Nada!

—¡Muy bien! dijo Bassompierre tendiendo cordialmente la mano al jóven. Procura placer y honra trabajar en favor de los hombres de bien. Pero entonces vigilad atento, os lo advierto porque con vuestra

negativa formulada aquí, quizá hareis que estallen horrascas terribles en otra parte.

—Suceda lo que quiera, señor conde, recordaré de quien procede esta espada.

—Regresad, pues, á vuestra casa, y tened esquisita vigilancia, os lo repito, porque creo que aun no habeis de ser suficientes el conde de Saldaña y vos para hacer frente al peligro.

con que fueron pronunciadas aquellas palabras insignificantes, advinió á la gran señora y se inclinó profundamente, diciendo:

—Si vuestra señoría quiere sentarse aquí un momento, avisaré á mi señora.

La marquesa entró en la sala, poseída de violenta agitación.

En aquella misma mañana supo por el preceptor del rey que habian visto al conde de Saldaña. Supo asimismo, que habian encontrado al rey estroviado, por la noche, cerca de la puerta de Buenavista.

Al día siguiente, al comunicarle estas noticias por carta, fray Alvaro, estaba aterrado y colérico.

Hacia ya algunos dias que tenia noticia de las salidas misteriosas del rey, y se habia encerrado en su casa.

Mientras que Bassompierre intentaba negociar, en nombre de D. Felipe IV, con Saldaña y con D. Hernando, la marquesa de Feria, cubierto el rostro con tupido velo, se presentaba en casa de Mariana.

Habia ido sola y á pié, al anochecer, vestida con un traje sencillo y severo, para no descubrir su elevado rango.

—¿Se encuentra sola vuestra ama en este momento? ¿puede recibirme? preguntó al criado que fué á abrir la puerta.

La dignidad de un elevado rango se oculta con dificultad algunas veces: el criado, solo por el acento

con que fueron pronunciadas aquellas palabras insignificantes, adivinó á la gran señora y se inclinó profundamente, diciendo:

—Si vueseñoría quiere sentarse aquí un momento, avisaré á mi señora.

La marquesa entró en la sala, poseida de violenta agitacion.

En aquella misma mañana supo por el preceptor del rey que habian visto en Madrid al conde de Saldaña. Supo asimismo, que habian encontrado al rey extraviado, por la noche, cerca de la puerta de Fuencarral. Fray Alvaro, al comunicarla estas noticias que él tambien acababa de saber, estaba aterrado y colérico á la par. Hacia ya algunos dias que tenia noticia de las salidas misteriosas del rey, y se habia encargado apresuradamente á algunos emisarios secretos que averiguasen todos los pormenores de aquella intriga. Los partes recibidos en la última noche le llenaban de consternacion. Para que se hubiese encontrado así al rey solo, sin su compañero habitual, caminando con el mayor desórden por las calles, y visiblemente turbado, preciso era que hubieran ocurrido sucesos singulares. Estos no habian podido saberlos detalladamente; pero todos los partes recibidos indicaban la casa situada junto á la puerta de Fuencarral. Habia sido fácil averiguar que en aquella casa moraba una jóven de peregrina hermosura, la misma que

implorara públicamente la proteccion del rey, en medio de la procesion de las Descalzas. Fray Alvaro quedó trastornado con tamaño descubrimiento, y se apresuró á participarle á la marquesa con el fin de investigar ambos de consuno los medios mas oportunos para conjurar, si era posible, el peligro.

De aquella narracion, solo una cosa se habia fijado en la mente de la marquesa, y era que el conde de Saldaña se hallaba de regreso. En seguida dedujo por consecuencia que, para haber vuelto el conde á España, era preciso que pensase en una de estas dos cosas: vengarse de un modo terrible, ó someterse á la voluntad del rey. La sola idea de que fuese posible la sumision del conde habia promovido una revolucion completa en la marquesa. Habíanse apoderado de su corazon unos celos violentos, irresistibles, y le habian hecho olvidar todos sus proyectos anteriores. ¿Qué le importaban ya los cálculos y los sueños que comunicara algun tiempo antes á fray Alvaro, cálculos y sueños fundados en su belleza y en la juventud del rey? Si hubo un momento en que pensara seriamente en ellos, era porque entonces creia aborrecer al conde de Saldaña, y los proyectos que esplicó al fraile, halagaban su deseo de venganza. Y de improviso descubria, por medio de aquella revelacion inesperada, que odio y venganza, que todo aquel tumulto de su corazon, no era sino vehemente amor... Su primer

pensamiento de mujer celosa, fué el de ir a ver si era muy hermosa aquella desconocida que tanto atraía los corazones, que parecia ser la clave misteriosa de un doble enigma y que á ella, á la orgullosa marquesa de Feria, le hacia conocer la devoradora passion de los celos!... Habíase encaminado inmediatamente á su casa, y á la sazón, altanera y turbada á la vez, aguardaba á aquella rival.

Por fin apareció Mariana. En la situacion en que se encontraban todas las cosas en torno de esta, cuanto imprevisto ocurria podia ser un lazo ó una amenaza, y por lo tanto llegaba inquieta. La marquesa se levantó y le salió al encuentro. Las dos jóvenes se examinaron de una ojeada, como se examinan siempre las mujeres. La marquesa palideció de un modo visible, y por un movimiento involuntario se llevó la mano al corazon, cual si hubiese sentido que se le desgarraba interiormente.

—¡Cuán bella es! murmuraron los celos en aquel corazon.

Pero como mujer acostumbrada á tener mucho dominio sobre sí, borró muy pronto de su rostro toda señal exterior de su emoció, y en seguida se transformó la turbacion en una sonrisa hechicera y benévola que asomó á sus lábios.

Mariana, por su parte, se hallaba no menos sorprendida al ver la altiva belleza de aquella mujer des-

conocida que iba á visitarla, y tambien su corazon se oprimia cual si presintiese un nuevo dolor.

—¿Habeis manifestado el deseo de hablarme, señora? dijo.

—¿Estaremos aquí enteramente solas, supongo? replicó la marquesa. Lo que tengo que deciros, nadie debe oirlo mas que vos. Vamos, hija mia, continuó con voz cariñosa y con la familiaridad propia de la señora de alta gerarquía, dejadme que contemple un momento vuestro rostro. ¡Dios mio! ¡cuán bella sois! ¡cuánto interés inspirais! ¡Por qué me mirais con sorpresa? Muchas veces sucede que tenemos amigos á quienes no conocemos, y que desde lejos velan por nosotros sin que lo sepamos. Mientras no nos amenaza peligro alguno, su simpatía puede permanecer oculta. Pero sí por casualidad llegan á sospechar que nos amaga el mas leve daño, ¡oh! entonces, aun á trueque de escitar al pronto nuestra sorpresa, y aun acaso nuestra desconfianza, tiene formal empeño en intervenir en nuestros asuntos, aunque no sea mas que para darnos algun consejo ó algun aviso útil. ¡Pobre niña! hé ahí lo que trae á vuestro lado, aun cuando no me conoceis.

—¿Pues qué habeis llegado á saber, señora? preguntó Mariana con inquietud. ¿Qué peligro me amenaza? Ese interés que por mí os dignais tomaros, ¿á qué le debo? ¿no me direis siquiera el nombre de

quien tan acreedora se hace á mi gratitud?

—¿Mi nombre? repuso la marquesa, ¿qué os importa? Llamadme buen consejo. ¿El motivo del solícito interés que me inspiráis? Ved tan solo el efecto. ¿El peligro que os amenaza? ¡Oh, es grande! y para libraros de él habreis de obrar con estremada rapidez, hija mia, debeis marcharos de Madrid cuanto antes. Os ofrezco ayudaros y arreglarlo todo, y por eso solo podreis comprender ya mi amistad. Ireis á mi casa, á Andalucía, á una de mis posesiones, en donde estareis en completa seguridad. ¿Quereis? es preciso que lo hagais así. El conde de Saldaña se halla de regreso en Madrid.

Mariana aguardaba con ansiedad que le dijese el peligro á que se hallaba espuesta. Pensaba en la cólera, en las amenazas del rey, y temia por esta parte actos violentos. Cuando oyó que el regreso del conde de Saldaña era el gran peligro de que habia de huir cuanto antes, asomó á sus labios una sonrisa que le costó trabajo reprimir. Pero se contuvo en seguida y su semblante permaneció sério y reflexivo.

—El conde de Saldaña no es el único cuya presencia en Madrid debeis temer, prosigió la marquesa, á otra persona á quien esperaba mucho menos haber encontrado en las calles de la ciudad, se la ha visto en la pasada noche cerca de aquí. Estamos solas, ¿verdad? ¿Nadie puede oirnos? Ya comprendereis

que hablo... del rey!

—¡Señora!... dijo balbuceando la jóven, quien al oír aquel nombre, se habia tornado estremadamente pálida.

—Del rey, á quien se ha encontrado solo y estraviado, de noche, por las calles; del rey, espuesto á todos los peligros de una aventura nocturna; fácilmente adivinareis el espanto y la cólera que ha producido entre cuantos lo han sabido.

—Señora, dijo Mariana, cada vez mas turbada, me hablais de cosas que muy pocas personas pueden saber en Madrid. ¿Quién sois? ¿cómo sabeis todo eso?

—¿Qué importa quién soy? Lo que importa es lo que sé, señora. Ahora bien, el rey, cuando iba espuesto de esa manera á todo género de peligros, salia de vuestra casa. Son hombres muy temibles, señora, los que lo han sabido. ¡Tened cuidado! Habeis llegado á ser peligrosa para el Estado. No dejarán á un monarca de diez y siete años que vaya á esponerse de ese modo en nocturnas aventuras. Vos misma lo conoceis; ¡pobre niña! he temblado por vos. ¡Habeis oido hablar alguna vez de desapariciones misteriosas? ¡Las tinieblas y el silencio han sepultado muchas cosas en esta capital! ¡Así pues, creedme, no perdais tiempo, salid de Madrid!

Mariana fijaba en la marquesa una mirada llena

de ansiedad, pero permanecia silenciosa. La marquesa le cogió ambas manos con muestras del mas afectuoso interés.

—¿Vacilais? dijo; ¿no quereis alejaros de Madrid? Acaso tengais razon. La fuga es la primera idea que le ocurre á una mujer cuando el peligro es grande; por eso ha sido el primer medio en que he tenido que pensar al venir á veros. Pero ahora que os miró detenidamente, pienso que seria dificil, ó mas bien imposible, ocultar una belleza como la vuestra. Sí, sí, prescindamos de ese medio, que podria tranquilizar á otras, pero no á vos. Pero entonces, ¿qué haremos El peligro es apremiante.

Una inspiracion de los celos habia cruzado por la mente de la marquesa. Permaneció un momento contemplando el rostro de Mariana, y luego, bajando la voz al tono de la confidencia, dijo:

—Habria otro medio, y este seria seguro, infalible, para disipar nuestros temores: seria el de refugiarnos resueltamente en el poder de vuestra belleza, y buscar vuestra defensa precisamente en lo propio que constituye el peligro. ¡Oh! sí, prosiguió como si hablase consigo misma, en eso están la seguridad y la fuerza! Decidme, querida mia, ¿recibisteis con mucha severidad á ese pobre rey? prosiguió con voz cada vez mas dulce, y como de cariñosa reconvencion. Cuando, al salir de vuestra casa, le encon-

traron, parecia que iba desesperado. ¿Por qué le mostrasteis tanta esquivéz? Es una imprudencia notoria. Si en vez de desconsolar á ese corazon jóven, lo manifestáseis alguna compasion y dulzura, vuestros amigos no tendrian que temer ahora por vuestra seguridad. En efecto, ¿quién se atrevería, entonces, á emprender lo mas mínimo contra vos? La felicidad del rey llegaría á ser tan sagrada como su persona: ¡nadie toca á la... reina!

Al oir esta insinuacion, cuyo sentido completaba el tono agasajador de la marquesa, Mariana cambió completamente de actitud. Solo entonces creyó comprender el objeto de aquella visita misteriosa, que aun no habia sabido como interpretar. Vió en ella, de improviso, una tentativa hecha en favor del rey, sin duda en su nombre, para procurar seducirla asustándola. Se equivocaba: solo los celos eran los que inspiraban á la marquesa de Feria aquel pensamiento de alejar á su rival del conde de Saldaña aproximándola al rey. Bajo el dominio de esta nueva impresion, el semblante de Mariana se serenó y tomó una espresion marcada de energía.

De este modo, repuso la marquesa con voz cada vez mas tierna y afectuosa, no tendríais ya que temer ataque alguno por parte de nadie, ni aun del conde de Saldaña.

Mariana la interrumpió, diciendo con un tono dul-

ce, aunque levemente irónico: —Señora, os doy gracias por la tierna solicitud que os dignáis mostrarme, sin conocerme. Por gratitud, siquiera, debo hacer que cese cuando menos una parte de la inquietud que sentís respecto de mí. No sé de que género pueden ser todos esos peligros que me hacéis vislumbrar de un modo tan misterioso; pero, por lo que hace al regreso del conde de Saldaña, tranquilizaos, que ese regreso no puede ser un peligro para mí. El conde de Saldaña no ha vuelto á España sino para casarse conmigo.

Entonces pareció que toda la palidez anterior de Mariana se trasladaba súbitamente al rostro de la marquesa.

—¡Casarse con vos el conde de Saldaña! ¿Según eso, le habeis visto? dijo con voz ahogada.

—¿Cómo, lo ignorábais, señora, vos que tantas cosas sabíais? repuso Mariana, quien comenzó á adivinar la verdad al ver la turbación repentina de la marquesa.

El carácter altanero y violento de la marquesa de Feria tardó poco tiempo en sobreponerse á aquel desaliento. Levantando la cabeza con orgullo, y fijando en su rival una mirada de la que habia desaparecido ya todo disimulo, repuso con voz vibrante:

—¿El conde de Saldaña ha vuelto á España para casarse con vos? ¿para casarse en virtud de una ór-

den? ¿Conoceis bien al conde de Saldaña, infeliz mujer? Si le conocierais, esa seguridad que veo teneis, se convertiria muy luego en terror.

—¿El conde de Saldaña me ama, señora, contestó Mariano con perfecta calma.

—¡Ah! el conde de Saldaña os ama! exclamó la marquesa, y con un movimiento febril, convulsivo, se sacó del pecho unas cartas y se las entregó á Mariana diciendo: ¡Leed!

—¿Qué son estos papeles, señora? preguntó la jóven haciendo esfuerzos violentos para disimular la emocion que comenzaba á apoderarse de ella.

—¡Leed! repitió la marquesa con voz imperiosa. Mariana tomó una de las cartas, y su vista se turbó al fijarse en el papel.

—¿Conoceis esa letra! dijo la marquesa. La jóven desdobló la carta y la leyó con esa avidez febril que toma el nombre de vértigo cuando es un abismo profundo el que la comunica á los ojos. En seguida se llevó la mano al corazon y corrió por sus mejillas un raudal de llanto.

—¿Os ama el conde de Saldaña? repuso la marquesa con sangrienta ironía; ¿ya veis que no sois la única á quien lo dice!

—¿Qué os hecho, señora, para que así vengais á destrozarme el corazon? dijo Mariana. ¿Cómo teneis esas cartas? ¿Quién sois?

— ¿Quién soy? ¡Una mujer celosa! ¿Habeis creído, por ventura, que era el interés, la compasion, ¡qué sé yo! lo que me habia conducido aquí? No, ¡es el ódio! os aborrezco porque sois hermosa, porque el conde me amaba, ¡porque me ha hecho traicion! Hacedme la merced de mirarme: ¡soy tan bella como vos, y además soy de ilustre cuna! ¡Ah! ¡vuelve para casarse con vos! ¡de veras! ¿quién sois, ¿gustais decírmelo? ¿De dónde habeis salido? ¿Contais con figurar entre la nobleza de España? ¿Creéis que así se introduce en su seno una advenediza cualquiera? ¡La condesa de Saldaña! ¿Habeis pensado que os bastaria anunciaros con ese nombre para que se os abriesen todas las puertas? El desprecio y los desaires de la nacion entera os harán pagar muy caro ese titulo. ¿Y el rey? ¿pensais que se dejará burlar y ultrajar de esa manera? ¿Acaso no os ama él tambien, segun dicen? Casaos, pues, orgullosa desconocida! Os deseo enérgico valor, pues mucho lo habeis menester.

Echóse rápidamente el velo á la cara y se levantó.

— Señora, contestó Mariana con fria dignidad, podreis afligir y aterrar á mi corazon, pero no arrancais de él su confiado amor. ¡Ah! harto sabeis, por experiencia propia, que hay afecciones que nada alcanzan á destruir.

La marquesa, por un movimiento involuntario, se

llevó la mano al corazon con doloroso ademán, como para apoyar la veracidad de aquellas palabras. La vehemencia con que acababa de espresarse habia agotado sus fuerzas, y sintiendo entonces que el llanto asomaba á sus ojos, no obstante su orgullo, se apresuró á retirarse para ocultar su debilidad.

Mariana, despues que quedó sola, murmuró: «¡Pobre mujer!» y estuvo llorando largo rato.

XIX

Al siguiente dia, á las dos de la tarde, Bassompierre se trasladó al Buen-Retiro, y allí se reunió con los señores de España, á los altos dignatarios, al ejército, y la magistratura y al clero. Los plañidos coches de espléndida librea, comenzaban á correr por las calles de Madrid en direccion á palacio. Las inmediaciones de la entrada principal del Buen-Retiro estaban opulentes por una multitud de gente del pueblo. Bassompierre se apeó de su coche en la puerta de los jardines, en donde el rey le habia dicho la víspe-

llevó la mano al corazón con doloroso ademán como para apoyar la veracidad de aquellas palabras. La vehemencia con que acababa de expresarse había agotado sus fuerzas, y sintiendo entonces que el llanto asomaba á sus ojos, no obstante su orgullo, se apresuró á retirarse para ocultar su debilidad. Mariana, después que quedó sola, murmuró: «Pobre mujer!» y estuvo llorando largo rato.

XIX.

Al siguiente día, á las dos de la tarde, Bassompierre se trasladó al Buen-Retiro.

Aquel día había besamanos en palacio, ceremonia que reunia en torno del trono á todos los grandes de España, á los altos dignatarios, al ejército, y la magistratura y al clero. Los blasonados coches de espléndida librea, comenzaban á correr por las calles de Madrid en direccion á palacio. Las inmediaciones de la entrada principal del Buen-Retiro estaban obstruidas por una multitud de gente del pueblo.

Bassompierre se apeó de su coche en la puerta de los jardines, en donde el rey le había dicho la víspe-

ra que le esperase antes de que principiase la régia ceremonia. Como en aquel dia todo el movimiento reinaba en el mismo palacio, las alamedas estaban desiertas. Bassompierre comenzó á pasear por ellas con cierta emocion. Tenia que trasmitir una negativa, y esta llega á ser un mensaje engorroso, sobre todo cuando ha de darse á un rey.

No tardó en aparecer Felipe IV. Escepto el manto real y el Toison de Oro, vestia ya el lujoso traje con que habia de presentarse en la ceremonia. Estaba muy pálido y su turbacion era estremada.

—¿Qué me decís? preguntó á Bassompierre con voz temblorosa.

Bassompierre no tenia grandes deseos de hablar, y se inclinó profundamente ante el rey antes de contestar.

—Señor, dijo por fin, ya sabe V. M. el refran español. Testarudo como un aragonés... El conde de Saldaña nació en Aragon.

—¿Ha rehusado? exclamó el rey, cuyo pálido rostro se coloreó de vivo rubor.

—Señor, dijo Bassompierre, las primeras horas de emocion nunca son favorables para las negociaciones, pero la reflexion suele calmar la resistencia.

—¡Magnífico! dijo el rey con la ironía del furor, podreis decir en Francia, señor embajador, lo que es, hoy en dia un rey de España, y hacer que se rian en

el Louvre refiriendo las cosas que ocurren en Madrid!

—En el Louvre no se reirán, señor, ¡creedlo!

—¡No, vive Dios! ¡no se reirán, caballero!

Y el rey saliendo de la alameda en que se verificaba esta entrevista, se dirigió al cuerpo de guardia que había en la puerta de los jardines, y gritó desde lejos con violencia:

—Hola, soldados!

Acudieron presurosos unos cuantos.

—¿Quién es el oficial que os manda? preguntó el rey.

—¡El señor vizconde de Castro! contestó respetuosamente uno de los guardias.

—¡Llamadle!

Los soldados corrieron á avisar al oficial, quien ignorando la presencia del rey en aquel sitio y á aquella hora, estaba fuera de la verja viendo pasar los carruajes que desde todas partes se dirigian á la puerta principal del alcázar.

—¿Qué intenta hacer V. M.? preguntó Bassompierre con inquietud.

El rey seguía paseando muy agitado, y nada contestó.

Un oficial joven llegó con paso precipitado.

—¿Sois el vizconde de Castro, capitan? dijo el rey con acento breve é imperioso.

—Sí, señor, contestó el oficial que se había descu-

bierto respetuosamente.

—Escuchad dos palabras, y tened en cuenta que no he de olvidar vuestro nombre, dijo el rey apartándose con él á un lado.

Bassompierre se retiró, por discrecion, á otra calle de árboles, y vió que el rey habló durante un momento con el capitan, con suma animacion. Luego, el oficial hizo un saludo militar y salió presuroso de los jardines.

—¡Tambien mis órdenes se ejecutan algunas veces dijo el rey volviendo hácia Bassompierre con el semblante animado.

Casi en el mismo instante llegó fray Alvaro por una alameda trasversal.

—Señor, dijo, ya es hora de que principie el besamanos.

—Ya os sigo, padre mio, dijo el rey procurando disimular su agitacion, y saludando á Bassompierre con gravedad, se dirigió con rapidez hácia el palacio.

—¡Ya ha llegado el momento de la crisis! decia Bassompierre saliendo de los jardines y subiendo precipitadamente á su carruaje para hacer que le condujese al pié de la escalera principal que conducia á la sala del trono.

La sala estaba ya llena de cortesanos y altos funcionarios. Los alabarderos, con uniforme de gala, estaban en las puertas golpeando el pavimento, con

las conteras de sus alabardas cuando pasaban los personajes de la corte. Los ugieres estaban en las galerías, y en el zaguan se veía una turba de lacayos y pages cubiertos con espléndidas libreas.

Bassompierre, al entrar en el salón paseó vivamente su mirada en torno suyo, buscando al marqués de Haudessac, quien, como saben ya nuestros lectores, tenía entrada en la corte.

El marqués, estaba ya en su puesto con un traje cuajado de bordados de oro. Sus catorce lacayos, con librea de gala, se hallaban apostados al pié de la escalera.

Bassompierre se fué á él en derechura.

—Celebro mucho encontraros marqués, le dijo en alta voz, y en seguida, llevándole aparte, le dijo por lo bajo: Te necesito ahora mismo.

—Lo siento infinito, señor conde, pero estoy constipado, respondió el marqués.

—¡Eh! no se trata ahora de cantar, vive Dios! repuso Bassompierre. Dime, ¿tienes casa en Madrid?

—¿Cómo que si tengo casa? Porque estoy constipado, ¿cree el señor conde que no tengo techo ni hogar?

—Te pregunto que si tienes una casa de que pueda yo disponer al momento.

—Una casa muy hermosa y enteramente á disposición de V. E.]

—¡Sí! ¡sí! decía Bassompierre para sí, escribiendo rápidamente algunas palabras en su cartera: es preciso anticiparse á toda tentativa de violencia, pues indudablemente está el peligro por ese lado.

Arrancó la hoja en que habia escrito, la dobló y la entregó al marqués.

—Supongo que recordarás nuestros convenios, le dijo; has de ser mudo, ó hablo yo.

—Seré mudo como una espada.

—Vas á marchar ahora mismo á la puerta de Fuen-carral, ¿oyes?

—Sí señor.

—Entregarás este papel á D. Hernando.

—Permitidme, señor conde, que haga una sola observacion: si ese hombre me conoce y tened en cuenta que me ha visto en dos ocasiones memorables, va á querer devorarme. ¿Qué habré de hacer?

—No te devorará, sino que, por el contrario, te seguirá al momento, acompañado de una señora.

—¿Y á dónde me seguirá, señor conde?

—A tu casa.

—¡A mi casa!

—¿No lo entiendes?

—Absolutamente nada.

—Eso es lo que deseo. Ahora márchate, y con toda la celeridad posible. Si sucede alguna desgracia por tu lentitud, ¡pobre de ti!

—¿Y si no sucede, señor conde?

—Si no sucede, al marcharme de España te dejaré un protector mas poderoso que yo: al conde de Saldaña.

—Pero si está en desgracia, señor conde.

—Justamente. ¡Anda, anda!

—¡Ay! ¡hème aquí mezclado en política! pensó el marqués. Estoy como los Pirineos, entre España y Francia.

Dió media vuelta y desapareció.

—Si hay proyectos de raptó, no se les ocurrirá ir á buscarla á casa del marqués, dijo Bassompierre para sí. ¡Con tal que mi esquela llegue á tiempo!

Y para disimular su agitacion se volvió hácia las puertas, por las que no cesaban de entrar jefes militares, obispos y magistrados, en medio del ruido que producian las alabardas golpeando en las losas de las galerías.

El marqués, cuando hubo salido de palacio, subió en un carruaje y mandó que le llevasen á escape á la puerta de Fuencarral. Allí se apeó para dirigirse á pié á casa de Mariana.

En el momento en que iba á entrar, salió un coche y arrancó inmediatamente al galope de dos caballos briosos. No obstante la rapidez con que pasó por delante del marqués, le pareció ver dentro del carruaje la fisonomía seria y grave de D. Hernando, que

le era hartó conocida. Trató de hacer parar el coche, lanzando un grito y alzando los brazos: pero los caballos se asustaron, y el coche, en vez de parar, corrió con mayor rapidez.

D. Hernando se habia asomado vivamente á la portezuela para averiguar la causa de aquel incidente. Un papel, lanzado desde la calle, fué á caer dentro del carruaje.

—¿Qué es esto? dijo el hermano de Mariana cogiendo, casi al vuelo, aquel mensaje inesperado. ¡Dios me perdone! creo que es mi hombre de Miranda quien me ha arrojado este papel. ¿Será posible?

Inclinado entonces medio cuerpo fuera de la portezuela, iba á gritar al cochero que parase, cuando su hermana, que iba sentada á su lado, magníficamente ataviada, pero muy pálida, le detuvo con un ademán suplicante.

—¡Lee antes ese papel! le dijo.

—Leed antes, repitió con voz serena el conde de Saldaña, que iba tambien en el carruaje, con traje de corte.

Hernando desdobló la esquila y leyó lo que sigue.

«En cualquier mometo, en cualquier sitio que llegue á vuestras manos este aviso, sin perder un solo instante, sin hacer siquiera una pregunta, seguid al mensajero con vuestra hermana, y aguardad en el sitio á donde os conduzca. Ya estalla la crisis.»

—¿Qué significa este mensaje? ¿dónde está el que le ha traído? dijo Hernando. ¿Cómo llega esto ahora á mis manos, por conducto de un hombre á quien dejé en la frontera de Francia?

—La esquila es de Bassompierre, dijo el conde de Saldaña despues de haber mirado la letra.

—¿Del señor de Bassompierre? entonces no es un lazo que nos tienden, dijo Mariana.

—Entonces mando parar el coche y voy á corer en busca de ese hombre que se ha quedado atrás, dijo Hernando resueltamente; viniendo el aviso del señor de Bassompierre, debemos atenderle en un todo.

Y se inclinó de nuevo hácia fuera para dar una órden al cochero.

Esta vez el conde de Saldaña fué quien le detuvo.

—Dejad que corran los caballos, dijo el conde obligándole á sentarse.

—¿Entonces, no es la esquila del señor de Bassompierre? preguntó Hernando con sorpresa.

—Si por cierto, respondió Saldaña con la misma sangre fria.

XX.

Algunos días despues, Bassompierre hacia sus visitas de despedida para regresar á Francia. Fué á ver al rey.

D. Felipe, al salir de la capilla, fué acometido de una calentura violenta que le obligó á permanecer en su cámara durante algunos días. Aun estaba delicado y padecia; pero á pesar de todo, quiso recibir á Bassompierre. En medio de su tristeza, del pesar de ver frustradas todas sus esperanzas, le atormentaba una inquietud muy viva, y sus primeras palabras fueron relativas á esto.

—¿Qué dicen en Madrid? preguntó. ¿Hablan de

aquel momento cruel? ¿notaron mi turbacion? ¿quedó comprometida en algo la dignidad real?

—Al contrario, señor, la dignidad real está á salvo, merced á la sumision pública y ruidosa del conde, contestó apresuradamente Bassompierre, comprendiendo que en tal momento el único consuelo posible para el rey, consistia en darle aquella seguridad. Madrid está muy lejos de sospechar el misterio que hay en todo esto: solo ven en ello el poder real. En cuanto á vuestra emocion, señor, solo un hombre en medio de toda la corte, podía no verla, sino adivinarla, y era el que la compartia, era yo. Sorprendióme tan solo una cosa en aquella ocasion, y fué el imperio que tuvo V. M. sobre su propio corazon, cuando yo sentia el mio profundamente turbado.

—Segun eso, conde de Bassompierre, dijo el rey visiblemente aliviado de un peso que le abrumaba, ¿creéis que ese suceso no da márgen á comentario alguno desagradable? ¿qué nadie ha procurado investigar sus causas ocultas? ¿qué no produjo sorpresa el silencio que yo guardé en aquellos momentos? O aseguro que no hubiera podido pronunciar una palabra.

—En efecto, señor, V. M. no hubiera tenido que pronunciar palabra alguna, dijo Bassompierre; la órden habia hablado, y contestaba la obediencia. Todo estaba dicho de antemano.

El aspecto de sufrimiento de Felipe IV habia en-

ternecido vivamente á Bassompierre, y su compasion hácia unas penas de que era causa involuntaria le dictaba aquellas respuestas de cortesano. No pudiendo consolar al corazon, procuraba, al menos, calmar la inquietud del orgullo. Esto era, á la vez, ahorrar un pesar á quien ya sufría mucho, y defender á sus amigos contra el exceso de los resentimientos.

—¡Animo, pues, señor! añadió Bassompierre conmovido en el momento de separarse del rey. Ese secreto quedará sepultado en algunos corazones; el honor del trono está á salvo, y V. M. tiene ante sí una vida muy larga de juventud y de placeres.

—¡Ah! dijo el rey, en lo sucesivo pensaré muy detenidamente las órdenes antes de darlas; comenzaré por probarlas, en cierto modo, en mí mismo, antes de imponerlas á los demás! ¡Harto he sentido el sufrimiento que pueden contener para aquellos á quienes las doy! Ahora sé lo amarga que puede ser algunas veces la obediencia, porque ha habido un dia en que he tenido que obedecer mi propio mandato. Ya no volveré á escuchar con tanta facilidad la voz de los hombres despiadados para las humanas pasiones, y mi corazon recordará vuestros consejos de indulgencia.

—Esa es, señor, la despedida mas grata y dulce que puedo escuchar de los lábios de V. M., dijo Bassompierre: llegará un dia, sin duda, en que los reyes concedan á sus súbditos la libertad del pensamiento;

desde hoy, señor, conceded á los vuestros la libertad del corazon: el primer uso que de ella harán será amar á V. M.

Al salir Bassompierre del Buen-Retiro, se dirigió á casa del conde de Saldaña. Mariana, tan luego como le vió entrar, le salió al encuentro, con el rostro radiante de júbilo, y le dijo tendiéndole ambas manos:

—¡Venid, nuestro mejor amigo!

—Sí, preciosa condesa, vuestro mejor amigo, dijo Bassompierre, porque he trabajado con todas mis fuerzas para labrar vuestra felicidad; pero tambien he de confesar, y es confesion bastante rara por parte de un diplomático, que ha habido mucho de casual en mi habilidad, y que tambien han entrado por mucho en el resultado obtenido las pasiones violentas de los españoles. Ahora, confesad á vuestra vez, tambien que habeis tenido mucho miedo.

—¡Oh! lo reconozco gustosa, contestó Mariana; hubo un momento en que creí que no lograria llegar viva al pié del trono.

—Habiendo tomado las cosas un giro tan favorable, celebro infinito que D. Hernando no recibiese una esquila que le envié desde palacio un momento antes de que principiase el besamanos, y en la que le decia que sin perder un momento, y acompañado de vos, señora, siguiese al mensajero que le enviaba.

—Recibimos vuestro mensaje, señor conde, ya

que no á vuestro mensajero, en el momento en que nos dirigíamos á palacio.

—¿Y no os detuvo el aviso en el camino?

—Habiendo conocido que la esquila era vuestra, mi hermano y yo queríamos volver atrás, pero el conde de Saldaña se mostró cada vez mas decidido á seguir adelante.

—En efecto, repuso el conde, el sitio en que menos peligro habia para nosotros era el mismo palacio. En todos los demas puntos debiamos temer las tentativas violentas, como lo probaba tu mismo mensaje; pero allí, en el palacio de los reyes, ante las miradas de toda España, la misma autoridad real tenia que estar en favor nuestro. No me digiste tú mismo un dia, Bassompierre, estas palabras: «Lo que predomina en la agitacion del rey es el temor al escándalo, mas fuerte aun que la pasion. ¡Acuérdate de esta circunstancia si algun dia puede convenirte!» En efecto, lo he recordado. Ahora bien, ¿qué ocasion podia ser mas favorable que esa gran ceremonia para que nos pusiésemos resueltamente bajo la proteccion del escándalo?

—En verdad que tu golpe de audacia era irresistible, y los acontecimientos lo han probado. ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Supongo que no intentarás imitar al príncipe de Condé y refugiarte en Holanda con tu mujer?

—No, me quedo en Madrid.

—Y tienes mil razones. Aquí te hallas protegido por el mismo honor del rey; salir de España sería faltarle al respeto é injuriarle. Tiene sentimientos hartos elevados para no comprenderlo así y no agradecer tu accion, aun en medio de tu dolor.

—¡Nos quedaremos! dijo Mariana, fijando en el conde de Saldaña una mirada llena de ese sentimiento de seguridad y confianza que inspiran á las mujeres los hombres que han sabido conquistarlas á fuerza de valor y de audacia.

—Ahora, amigos míos, solo os resta disfrutar vuestra ventura con avaricia, como las personas que han conquistado penosa y trabajosamente su fortuna....

En seguida se trasladó Bassompierre á un convento de monjas situado en las cercanías de Madrid.

Un acontecimiento imprevisto, extraordinario, que habia sucedido inmediatamente al casamiento del conde de Saldaña y que llamaba la atencion casi tanto como este, hacia que el pensamiento y las miradas de todos se fijasen en aquel convento.

La marquesa de Feria, la hermosa y altiva dama de la reina madre, se habia retirado á aquel monasterio.

Segun hemos visto ya, la marquesa habia asistido, en medio de la régia comitiva, á la celebracion de la boda del conde de Saldaña en la capilla real. Cuan-

do, al finalizar la ceremonia, buscó fray Alvaro á la marquesa, ya no la halló. En efecto, habia salido de las primeras; con la imaginacion estraviada y con un lujoso traje, sin dar siquiera un adios á la córt e y al mundo, fué á encerrarse en el convento. Acababa de sufrir en su corazon y en su orgullo una de esas heridas crueles de que nunca llegan á curarse los caracteres altivos. Despues de haber creido que su amor era ódio, despues de haber prucurado vengarse del conde de Saldaña, y de haber dejado avasallar sus celos por los consejos de la intriga que prometia dar un poder inmenso á su resentimiento, llegó á conocer que padecía ella misma mas de lo que podria hacer sufrir. Mostrándose incrédula durante mucho tiempo respecto de su humillacion, al fin acabó por sentirla por completo y de una manera harto abrumadora en medio de aquella cêrmonia cruel, en que habia sido preciso disimular todas las impresiones para ocultarlas á las miradas del público, y llegó á ser para su corazon una necesidad imperiosa, y apremiante dar á su dolor un desahogo inmenso y supremo. Esas confidencias solo se hacen á Dios. Así pues, aquella mujer ardiente é infortunada salió de palacio pálida, desatalentada, adornada todavía con su lujoso atavío, y fué á refugiarse para siempre en un cláustro.

Desde que se hallaba en el convento, á nadie habia querido recibir, ni aun á sus amigos mas íntimos

aunque los personajes mas notables de la corte y de la aristocr cia habian acudido presurosos   visitarla, deseosos de penetrar aquel enigma notable. Pero cuando fueron   decirla que el conde de Bassompierre, embajador de Francia, estaba allí, se levant  en seguida, y solo para él consintió en salir al locutorio.

Apareció pálida aun, pero serena, casi risueña.

— C mo, vos aquí marquesa!  es posible? dijo Bassompierre fijando una mirada conmovida en aquel traje sombrío y severo, en aquella frente hermosa y despejada.

—Si señor, contestó con esa serenidad que de improviso suele inspirar en medio de la desesperacion mas grande, la resolucion firme y el retiro del cláustro.  Por qué mirarme con compasion? Aquí será feliz. Mi corazon habia de conducirme tarde   temprano á este sitio: era cualidad esencial de su carácter aspirar siempre á subir; debia concluir por elevarse hasta Dios.  Aqu  ya no se encuentran engaños de amor!....

Bassompierre, sin pronunciar una palabra, bes  por la verja la mano hermosa y blanca que le tendió la marquesa, y se retir ....

Por la noche estaba concluyendo los últimos preparativos de marcha, cuando se presentó en su casa el marqués de Haudessac.

El marqués, contra su costumbre y carácter, llevaba el semblante melancólico.

—¡Dios mío! marqués, ¿qué teneis? dijo Bassompierre. ¿Os creéis obligado por cortesauía, á poner una fisonomía de despedida?

—No, señor conde, sino que tengo el corazon verdaderamente trastornado. Ya no soy marqués.

—¿Cómo es eso? ¿os habeis malquistado con los catorce lacayos?

—He dado mi dimision de marqués.

—¿Por qué?

—Señor conde, hace veinte y dos años que estoy en España, y aun no pensaba en retirarme. Habeis venido; al veros, al oiros, vuestro carácter, vuestra alegría francesa, fueron causa de que el recuerdo de la pátria se hiciese mas vivo en mi corazon; al saber que os marchais, se ha hecho mas violento aquel sentimiento; ha concluido de turbarme, y me he decidido. Héme aqui, hace unos dias, soñando como un tonto con mi pueblo gascon. Esta mañana reuní á mis catorce lacayos, les ajusté las cuentas de nuestra sociedad, é hice renuncia de mi cargo de gran señor. Al pronto se negaron á aceptar mi dimision, luego se enternecieron, y esa separacion es la que desde esta mañana me ha puesto en el estado de melancolía en que me estais viendo. Como ningun deber me detiene ya en España, venia á suplicar á V. E. que se

dignase permitir regresase yo á Francia en su compañía.

Bassompierre no pudo menos de reírse al ver aquel enternecimiento inesperado.

—¿Sin duda, dijo, el señor marqués se llevará una cantidad enorme de dinero á Francia?

—No, señor conde; solo una cantidad regular y suficiente para asegurar mi bienestar.

—Corriente: has cumplido fielmente tu promesa de servirme en España, y cumpliré también la palabra que te dí de callar. Nada tengo que ver con la política de España. Pero por lo que hace á dejarte regresar á Francia, es ya cosa distinta: te impongo una condicion formal, y es que tan luego como traspongas los Pirineos, has de volver á ser hombre de bien.

—Os lo juro, señor conde.

—Con esa condicion puedes seguirme á Francia.

FIN.